

Alejandro Apo seleccionó, entre los textos que noche a noche lee en su programa de radio y comparte con el público en su espectáculo, dieciséis de los mejores cuentos de fútbol, cuyos autores son Mario Benedetti, Isidoro Blaisten, Alejandro Dolina, Roberto Fontanarrosa, Mempo Giardinelli, Pablo Ramos y Eduardo Sacheri, entre otros. Los relatos que integran esta antología recuperan personajes emblemáticos como los jugadores Martino, Rojitas, Bochini y Maradona; recuerdos memorables: el penal que atajó Roma y consagró a Boca en el '62, el primer campeonato que ganó Vélez Sarsfield en el '68; y anécdotas que reflejan el sentimiento del hinchista, la pasión por la camiseta y el entusiasmo por el más popular de los deportes. Desde ángulos y perspectivas diferentes, con cálida voz, cada una de las historias aquí reunidas abre un espacio para la memoria, el humor y la emoción. Y hacen de este libro el mejor partido para disfrutar del fútbol y de la buena literatura

Alejandro Apo

Y el fútbol contó un cuento

Para mis hijos, Paula, Juan Pablo, Alejandra, Lucas y Luciana, con cinco diferentes clases de amor. Para ustedes

Prólogo (Alejandro Apo)

La gente de la editorial Alfaguara me invitó a escribir un libro de cuentos de fútbol, por la característica de mis espectáculos y porque, desde la radio, también difundí la literatura relacionada con ese deporte. Entonces, dije, voy a ponerme a escribir. Y empecé.

Se me ocurrió una historia de barrio, de la infancia, por ejemplo, una travesura de dos hermanos que juegan al fútbol en la calle. Pero después me di cuenta de que Carlos Abín ya había escrito "Al ángulo superior derecho".

Un día, buscando algo en la biblioteca, recordé un libro de Roberto Perfumo: *Jugar al fútbol*; en el capítulo "La cancha interna" él cuenta que para ubicar a sus compañeros en el campo de juego se guiaba por los carteles de publicidad. Maschio estaba en *Renomé*; Cárdenas, en *Fernet Branca*, y en *Cinzano*, el *Toro Raffo*. A mí me fascinó esa idea. Pensé que podía escribirle un cuento a mi amigo del alma, para narrarle aquel gol que hice en la canchita de Dardo

Rocha, enfrente del hipódromo de San Isidro, donde estaba el Eucalipto Fútbol Club; ahora, allí hay una casa, al lado de donde yo vivía.

Pensé entonces en retratar a un jugador. Alguien que puede vender su alma al diablo para salvar su situación económica, para salvarse él o para salvar a su mamá; sin embargo, hay un momento en que las ganas de hacer un golazo pueden más y entonces... alguien me marca que Mario Benedetti, el gran escritor uruguayo, había inventado esa historia en 1954, y que se llama "Puntero

izquierdo”.

No me rendí ante las decepciones. Y me dije, voy a escribir un cuento sobre cómo el fútbol puede acercar afectos desencontrados. Por ejemplo, un padre que nunca ha manifestado claramente el amor, pero a quien el relato de una anécdota sobre una jugada o un jugador legendario, como Rojitas, lo acerca al hijo, y allí aparecen la tibieza, la comprensión y la calidez. Cuando lo fui a plasmar en el papel, me anuncian que Pablo Ramos había escrito “La mejor de las historias”, que habla, precisamente, de eso.

Pero, como venía embalado con la idea, decidí que la figura del padre fuera más tierna, un encuentro futbolero con un pibe, su hijo; están los dos escuchando un partido en un clima de pobreza franciscana, pero con mucho entusiasmo por el equipo (un equipo de las divisiones inferiores, por ejemplo). El padre es un tipo que sí manifiesta su afecto y también ese entusiasmo, porque el cuadro de sus amores va a ganar. Acá está, sí... para mi desilusión, esa era la trama de un gran cuento de Walter Vargas, “Del diario íntimo de un chico rubio”. De nuevo perdí.

No era cuestión de darme por vencido; tenía que hacer el primer cuento y el resto saldría más fácil. Pensé en contar una anécdota, una anécdota de dos tipos que se pelean mucho, se agarran a las trompadas en cada partido que juegan; todos especulan sobre cuáles son los motivos de la bronca y, cuando creen que han descubierto la verdad, se dan cuenta de que no es un tema de mujeres, o de estafas y otras yerbas, es simplemente una cuenta pendiente del fútbol. Pero nunca falta un lector memorioso que me advierte que esto ya lo narró magistralmente Roberto Fontanarrosa en “¡No te enloquesá, Lalita!”.

Bastante convencido de que no era tan sencillo encontrar ideas para un cuento de fútbol, me descubrí imaginando una historia que se desarrollaba en un bar; un bar de esos donde el dueño habla de fútbol con los clientes y, cada tanto, rescata a los grandes valores que uno no vio. (Porque en este deporte es un clásico decir que “todo tiempo pasado fue mejor”). Y mientras ese dueño del bar nos invita a aplaudir a los jugadores del pasado y no a estos, los de ahora, se teje una historia de amor frustrado, un desamor, un dolor. Pero Sebastián Jorgi había publicado “¿Vos lo viste jugar a Martino?”, y otra vez llegó la frustración.

Después intenté por el lado del entrenador, y cuando digo el entrenador, me refiero a los tipos de antes, que eran más bien preparadores físicos. No directores tácticos o técnicos, como los de ahora. Eran esos tipos que se sentían un libre

pensador, que creían en los jugadores, que pensaban que el equipo inventaba en la cancha. Ya sé, esa raza se extinguió. Entonces, me imaginé un encuentro, en un cumpleaños, digamos, con alguien que tiene todas estas características. Un personaje nostálgico y querible.

En esa fiesta, yo conocía al último entrenador: todo un símbolo. Pero estoy listo. Juan Sasturain en su libro *Picado grueso* había incluido esa historia. Igual no me resigné.

Mejor probar con un relato de provincia y con un recuerdo especial, un momento inolvidable en la historia del fútbol. Y allí estaba: el penal que Roma le atajó a Delem. Los protagonistas iban a ser participantes de una competencia de ciclismo y la gente, un público que, mientras mira la carrera, escucha ese partido memorable en el que Boca le ganó a River. Cuando me pongo a trabajar en la investigación, me avisan que Aldo Riera, el hombre de Junín, había escrito “¡Atajó Roma!”.

¿Y si escribía algo sobre los relatores? Un jugador que relata los partidos que él mismo juega, y se beneficia con ese relato. Pero Alejandro Dolina había compuesto “Relatores” de manera admirable: el retrato de Héctor Bandarelli. Ni me metí con eso. Algo ya se me iba a ocurrir.

Probemos por el lado de la nostalgia. Sí, alguien que escucha un partido en el tren, y sigue la campaña de su ídolo y disfruta de la complicidad de los demás. Pero qué podía hacer, si Antonio Dal Masetto había escrito “Goles”, un texto que saluda a Bochini y es un homenaje a los oyentes de radio de toda la vida.

Entonces, retomé el proyecto de contar un episodio ambientado en el interior. Pensé en un hombre que ama a su hijo y ama lo que su hijo hace: atajar. Este padre está enfermo y calcula cómo juega el pibe por los gritos que vienen de la cancha que está cerca del hospital. Con una variante más: en un momento, el chico hace una jugada tan rara que el hombre ya no puede detectar para qué lado va el grito de la hinchada. Lamentablemente, no me había percatado de que, con su experiencia como jugador, Jorge Valdano había referido esta historia en “Creo, vieja, que tu hijo la cagó”.

Se estaba complicando cada vez más el asunto, sin embargo no me desanimé. Lo mejor era hacerle un homenaje a un amigo, alguien que no está aunque vive en mi recuerdo, alguien con quien compartí muchos partidos. Una

especie de saludo a la eternidad durante el festejo de nuestro equipo. En eso andaba, cuando un conocido me llama y me dice: “¿Viste la idea que tenías para un cuento?, bueno, Eduardo Sacheri la plasmó en ‘La promesa’”. Y me digo, no puede ser.

Será cuestión de paciencia. Alguna idea iba a aparecer... Y fue un mediodía, no me olvido más. Estaba almorzando con unos amigos cuando me imaginé esta escena: una reunión familiar, más precisamente un domingo, con esos soberbios del fútbol, del automovilismo, de la vida, bah, que creen que se las saben todas.

Pero hay alguien más: un personaje casi insignificante, un tipo que aprovecha las distracciones de los otros para hacer la suya. “Perdoname”, me advirtieron nuevamente, “esa idea es de Isidoro Blaisten, un monólogo divertidísimo, ‘A mí nunca me dejaban hablar’”.

No estaba nada fácil escribir un cuento; quizá podía recuperar de alguna manera el espíritu heroico de los jugadores, su desempeño en el campo de juego como verdaderos guerreros, aunque no fueran ni famosos ni nada, pero

Hernán Rivera Letelier había escrito “Donde mueren los valientes”. Y ahora sí, estaba cada vez más complicado.

Creo que ya estaba necesitando un milagro. A ver si me dan de arriba una mano... Y pensando y pensando, comencé a especular sobre los orígenes, Dios, el diluvio, el arca de Noé, la creación del pastito, la primera pelota de fútbol, un jugador tocado por la varita mágica, como Diego. Pero eso también había sido escrito, y por Rodolfo Braceli en “El arco de Noé”.

Cuando sentí que ese pedido de la gente de Alfaguara naufragaba irremediamente, entreví a un perdedor, ese era mi personaje, un tipo del interior que perdió en todo -en el trabajo, con las mujeres, en la vida-, y que sólo podía ganar en el fútbol. Pensé, ¡qué lindo tema! Y me puse a revisar si alguien lo había tomado. Y sí, nada menos que Mempo Giardinelli, en “El hincha”, que es un bellissimo relato.

Lejos de entristecerme, esas ideas que a mí me habían gustado tanto, eran ideas que se les habían ocurrido a otras personas, pero todas, de alguna manera, tenían que ver con el fútbol, con el amor, con el hombre -con su grandeza y con su miseria-. ¿Por qué no juntar a todos estos maestros en un libro? Y entonces, sí. Salgo a la cancha para presentarlos a ellos, con sus cuentos, con sus recuerdos y

con sus anécdotas como bandera. Y los invito, a ustedes, a disfrutar de estos textos, que alguna vez me imaginé pero que otros escribieron admirablemente. Aquí están. Estos son. Y el fútbol contó un cuento...

Al ángulo superior derecho (Carlos Abin)

Volvimos a casa explorando el ambiente desde lejos. La calle estaba tranquila y no había señales de que nada extraordinario hubiera ocurrido. Yuyo me preguntó si habrían llamado a la policía. Le dije que no creía que Amelia hiciera eso, ella se consideraba medio parienta de papá. La ventana de Amelia tenía un parche de papel de embalar pegado con engrudo. Habíamos calculado bien el tiempo, papá ya había regresado del trabajo. Desde el portón oímos la voz de mamá, que estaba llenándole la cabeza con el relato del incidente. Cerramos el portón con cuidado para que no chirriara y nos demoramos escuchando. Mamá, como siempre, hablaba a gritos. No se oía a papá, pero era fácil imaginarlo sentado en el comedor, mirándola con sus ojos mansos mientras escuchaba la perorata, de vez en cuando levantaría la mano y le haría señas de que hablara más despacio o más bajo. Entramos con aire despreocupado y cara de inocentes, aunque supongo que no se les escaparía la lucecita de alerta en nuestros ojos, que nunca aprendimos a disimular.

Mamá se detuvo para tomar aire, su mano derecha sosteniéndole la garganta y preguntó:

- "¿Se puede saber dónde se habían metido?" -una nota histérica vibró en aquel "dónde" y mordió nuestros oídos.

- "Fuimos a visitar al Tata" - contesté con naturalidad y la miré a los ojos

- "Nos convidó con candeal", agregó Yuyo, "... y le puso vino Garnacha... Después le ayudamos a acomodar la leña..." Papá sonrió apaciblemente mientras mamá tomaba carrera para una nueva andanada:

- "¡Ustedes saben perfectamente el disparate que hicieron... no vengán a hacerse los angelitos! ¡Cuántas veces les dije... cuántas veces, que tuvieran

cuidado! ¡Me van a matar con los disgustos!” y girando hacia el viejo agregó: “Juan Pedro, deciles algo, ¡no puede ser que te quedes así! ¡Qué barbaridad!” -ahora de regreso sobre nosotros- ¡Ustedes no tienen arreglo! Y encima, armar este lío con una parienta de su padre...!

- “No es parienta”

Mis ojos espantados se clavaron en la cara de mi hermano. Papa adoptó un aire de sorpresa y se quedó mirándolo.

Pareció que a mamá se le atragantaba el resto de la arenga:

- “¿Qué dijiste vos mequetrefe? ¿Qué dijiste?”

La sangre fría o la inconciencia de Yuyo me aterrorizaban. “Que no es parienta, mamá, nunca fue parienta. Estuvo de novia con un primo segundo de papá que la dejó plantada porque era una pesada y una metida...”

- “¿De dónde sacaste eso?”

- “Me lo contó la tía Cuca, a mí y a Mario”

- “¿Te das cuenta, Juan Pedro? ¿Cuántas veces te lo he dicho? ¡La loca de la Cuca siempre contando disparates a los chiquilines! ¡Hay que hacer algo con esa mujer! ¡A dónde vamos a parar! Pero no te quedes ahí callado, ¿no te das cuenta...?”

La intuición de Yuyo había sido exacta; sus resultados, inmediatos. La atención de mamá cambió de objeto, ahora era la tía Cuca -un blanco antiguo y predilecto de sus broncas. Salimos por un momento del foco y eso fue un alivio. Se abría un espacio para la intervención conciliadora del viejo.

La tía Cuca era uno de los personajes más admirados de nuestra niñez. Hermana de la abuela Pía, se había quedado soltera y sin duda estaba medio chiflada. Pero en el fondo era un espíritu libre que se reía de la pacatería familiar, tenía una

imaginación inagotable, nos contaba unos cuentos delirantes y magníficos y, sobre todo, disfrutaba revelando a sus sobrinos nietos todos los secretos de los mayores, los que aparecían en las conversaciones en voz baja, en código, aderezadas con gestos de inteligencia, alusiones incomprensibles, y frases como “sabés de quién te hablo, ¿no?” o “la amiga del señor del gorro” o “el que tuvo el lío con aquella señora tan importante, ¿me entendés?”. Nosotros habíamos aprendido a no preguntar. Al principio levantábamos la cabeza y parábamos la oreja para tratar de pescar en el aire lo que evidentemente se nos quería ocultar, pero pronto aprendimos que era mejor hacerse el idiota, porque los mayores, creyéndonos ausentes en nuestros juegos, se cuidaban un poco menos y soltaban más información. Después, todo lo que había que hacer, era recordar bien y contarle a Cuca. Y ella, con fruición, se despachaba a gusto con historias truculentas o divertidísimas, que nunca podíamos entender por qué se nos ocultaban. Los niños teníamos un estatuto de idiotez consagrada, en parte por el dudoso privilegio de la “inocencia”, o para que no dejáramos escapar comentarios inoportunos delante de algún vecino o algún pariente equivocado, y en parte porque así los mayores se sentían importantes, miembros de una fraternidad que se complacía en excluirnos.

Cuca había inventado un personaje maravilloso: Policarpo. Era un niño como nosotros, que tenía la propiedad de perpetrar, en sus aventuras, desaguisados e infracciones a las reglas que imponían los mayores muy parecidos a nuestras propias obras y andanzas, bien que salpimentados por el humor irónico de la tía abuela, enriquecidos con los insumos de su extraordinaria imaginación, y siempre resueltos en beneficio de su autor, nuestro ídolo y redentor. La sabiduría de tía Cuca la llevaba aún más allá: a veces Policarpo encaraba alguna nueva empresa que en realidad encerraba una sugerencia pedagógica, una acción a imitar o una propuesta. Buenos entendedores, Yuyo y yo solíamos maquinar después alguna fechoría policarpeana que, llevada a la práctica, Cuca - maestra orgullosa y satisfecha- festejaba con unas risotadas tremendas y unos besos y abrazos de oso implacable. Hacer reír a Cuca era una de nuestras máximas aspiraciones.

Así había concebido la idea por la que ahora me disponía a pagar. Felipe -que entonces tenía cinco o seis años-, Yuyo, Janito -un vecino de la misma edad que Yuyo- y yo, jugábamos a la escondida durante las difíciles siestas del verano, en que no estaba autorizado el fútbol que perturbaba el descanso de los vecinos. Janito era “medio pasmado” según la tía Cuca, y nuestra víctima universal. La verdad es que le hacíamos trampa en todo, y él se aguantaba o no se daba cuenta, nunca lo

sabremos.

Esa tarde lo teníamos a mal traer. Hacía un buen rato que “la quedaba” él y sólo él. Habíamos inventado reglas y triquiñuelas que el pobre Janito no comprendía muy bien, pero cuyo resultado inevitable era que siempre le tocaba el papel más triste -salir a buscar a los escondidos- y a nosotros el más divertido -escondernos- y sobre todo, burlarlo una y otra vez. Janito, bobeta y todo, había empezado a cansarse y a protestar. En una nueva ronda, volvimos a embromarlo. Otra vez regresaba vencido al poste de “pica”, cuando desde atrás de las cortinas -que se suponía protegían su siesta sagrada- oímos la voz estridente de la vieja Amelia

- “No juegues más Janito, ¿no ves que te hacen trampa?”

Allí se terminó la diversión. Respaldada por la opinión de un mayor que confirmaba sus sospechas, nuestra víctima se negó a seguir jugando. Tuvimos que volver a casa, mirando con odio la ventana de la delatora. Tenía razón la tía Cuca, Amelia era una pesada y sobre todo una metida. Por culpa de ella no nos dejaban jugar al fútbol a la hora de la siesta, y ahora venía a malograrnos la única diversión que nos quedaba. ¡Vieja podrida! Tirado en la cama, releendo por enésima vez una revista de Hopalong Cassidy, empecé a pergeñar la venganza. Hubo que esperar más de una semana. El once de enero era el cumpleaños de Janito, y esa mañana apareció con una pelota nueva. Salimos a probarla, estaba buena, bien inflada y reluciente. El cuero, abundantemente engrasado olía a nuevo. Janito la picaba en las baldosas de la vereda y no nos permitía bajar a la calle, para que no se llenara de tierra. Armamos un “monito”. Con Yuyo nos entendíamos a la perfección. Al rato el mono era para siempre nuestro vecino, no se la dejábamos tocar. Lo salvó Mima, su madre, llamándolo a almorzar. Pero yo ya había encontrado la herramienta adecuada para ejecutar mi plan.

A las cuatro de la tarde terminaba oficialmente la siesta, y podíamos jugar al fútbol en la calle. Janito apareció con la pelota nueva e impusimos nuestras condiciones: si quería jugar, tenía que ser donde siempre. Era cuestión de ponerse a pelotear un rato, y ya irían apareciendo los otros jugadores: el grandote Bastor, los mellizos Vinca, la “chancha” Vicente y algún otro que pasara por ahí o se viera atraído por el picado. Entretanto, haríamos “jueguito”.

Me fui arrimando poco a poco a lo de la vieja Amelia. Yuyo se dio cuenta -me conocía de sobra- y me tiró algún pase largo para facilitarme el trabajo. Al fin quedé parado frente a la ventana. Devolví varios pases, tocando suave o haciendo un taquito. Yuyo la levantó y se la tiró a Janito al pecho. No la supo bajar -era un tronco- y la pelota volvió a los pies de mi hermano. Me miró a los ojos y me gritó "Va un centro, Mario". Tiró un centro perfecto, y sabiendo que iba a pasar empezó a correr en la misma dirección que la pelota.

Yo la ví venir, perfecta, a la altura adecuada, y cuando llegó a mí salté, giré la cabeza un cuarto de vuelta, como había visto hacer al Mingo en cancha del Federación y la golpeé con el parietal. La ventana de Amelia estaba dividida en cuatro por una cruz de madera. El balón entró exacto, como una exhalación, por el cuadrado de más arriba, del lado derecho. El ruido de los vidrios quebrados estranguló mi grito victorioso: "¡Gool... golazo!"

Salí corriendo a toda velocidad detrás de Yuyo que ya me llevaba como media cuadra de ventaja. Cuando nos juzgamos a salvo miramos para atrás. Janito estaba petrificado en medio de la calle, creo que había empezado a llorar. Amelia a los gritos en la puerta, todavía no había entendido bien lo sucedido, y no nos vio. Seguimos corriendo hasta llegar al borde del pueblo y en la avenida de hormigón doblamos hacia el chalet del Tata.

El abuelo estaba atareado en el jardín y nos vio recién cuando franqueamos el portón de hierro. Su cara se iluminó con aquella sonrisa que me hacía sentir tan bien, y mientras levantaba un poco su legendario sombrero de paja y se secaba la frente con el antebrazo nos saludó:

- "¡Qué sorpresa mis amigos! ¿Vienen a visitar al Tata?" - "Salimos a dar una vuelta abuelo, mamá estaba renegando y pensamos que mejor..."

El viejo frunció la boca y movió la cabeza en un gesto de incredulidad. "Siempre igual" alcancé a oír que murmuraba.

"Siempre la misma"

Nos miró complacido: ¿Tomaron la leche?

Yuyo me ganó de mano: “No, todavía no”

- “¿Qué les parece un candeal? Vamos a prepararlo.”

Entramos a la cocina y nos sentamos en las sillas de totora mientras el abuelo preparaba los candeales. Adentro estaba fresco, y una gozosa penumbra parecía ponernos al abrigo de todo mal. El abuelo batió las yemas, agregó la cantidad justa de azúcar y después, sonriendo con picardía se dirigió al armario verde: “¿Le ponemos un poco de vino Garnacha?” Los candeales del Tata eran fenomenales, y con el agregado del vino aromático lograba un toque mágico que los hacía inimitables. Los devoramos bajo su mirada de aprobación y después regresamos al jardín. Por el momento estábamos a salvo.

El ataque a Cuca llevó unos minutos pero llegó a su fin. Papá ya había hablado, tratando de apaciguar a mamá. Todos sabíamos que era inútil. Los primeros tres o cuatro intentos siempre fallaban. Al final, papá lo lograba, pero llevaba su tiempo. Entretanto Yuyo y yo calculábamos la penitencia y, más secretamente, el regocijo de Cuca. Yuyo me miraba expectante. Yo era el mayor y además el autor directo de la barrabasada, me correspondía asumir la defensa. Había que esperar el momento, ya sabía que cuando amainara el chaparrón, papá iba a hacer preguntas: la hora de los alegatos.

Mamá seguía con la cantilena, ahora el tema era el gasto. Había que pagarle el vidrio a Amelia, más lo que cobraba el vidriero, sin contar con la vergüenza y la humillación que había soportado. Amelia había cruzado la calle a los gritos: “¡Martinaaaa...Martinaaaa.! ¡Mirá tus hijos... mirá la que me hicieron!” Todo el barrio se había enterado, y la vieja se había despachado a gusto contra nosotros y de paso, manifestado de viva voz sus discrepancias con la educación que nos estaban dando. Comentada luego en una prolongada tertulia de zaguanes con doña Cata y la Nena, enemigas de siempre, pero aliadas circunstanciales ante el ataque de los vándalos.

Entonces papá asumió la dirección de los acontecimientos. “Tranquila, Martina, calmate un poco. Vamos a ver bien qué pasó.” Me miró desde su eterna paz, como

para darme confianza: “A ver Mario, contame cómo fue, m’hijo”

Yo me había quedado mudo. Me daba pena que mamá hubiera pagado el pato, y me daba más rabia todavía con la vieja de mierda y las otras vecinas, siempre dispuestas a hablar mal de todo el mundo. Yuyo esperaba que dijera algo en defensa de ambos, pero yo no podía articular palabra. Miré a papá sin saber qué hacer, sentía que mis pies se hundían en las baldosas. Mamá esperaba respirando con fuerza, apenas contenidas sus ganas de seguir con la rezongadera.

Empecé a balbucear una explicación y me detuve, no encontraba qué decir. Felipe se había arrimado a mí y me agarraba de una pierna. Mi silencio llegaba ya al límite de lo tolerable. Entonces Yuyo soltó:

- “Papá, le tiré un centro al Mario y la clavó en el ángulo superior derecho.”

El viejo abrió la boca para decir algo, mamá parecía a punto de saltar, yo no me animaba a pestañear. Magistral, Yuyo liquidó el asunto para siempre. Antes que nadie pudiera hacer o decir algo más, agregó:

¡Te juro que fue el mejor cabezazo que vi en mi vida! ¡Te lo juro!”

Puntero izquierdo (Mario Benedetti)

A Carlos Real de Azúa

Vos sabés las que se arman en cualquier cancha más allá de Propios. Y si no acordate del campito del Astral, donde mataron a la vieja Ulpiana. Los años que estuvo hinchándola desde el alambrado y, la fatalidad, justo esa tarde, no pudo disparar por la uña encarnada. Y si no acordate de aquella canchita de mala muerte, creo que la del Torricelli, donde le movieron el esqueleto al pobre Cabeza, un negro de mano armada, puro pamento, que ese día le dio la j.oca de escupir cuando ellos pasaban con la bandera. Y si no acordate de los menores de Cuchilla

Grande, que mandaron al nosocomio al back del Catamarca, y todo porque le habían hecho al capitán de ellos la mejor jugada recia de la tarde. No es que me arrepienta, ¿sabés? de estar aquí en el hospital, se lo podés decir con todas las letras a la barra del Wilson. Pero para poder jugar más allá de Propios hay que tenerlas bien puestas. ¿O qué te parece haber ganado aquella final contra el Corrales, jugando nada menos que nueve contra once? Hace ya dos años y me parece ver al Pampa, que todavía no había cometido el afane pero lo estaba germinando, correrse por la punta y escupir el centro, justo a los cuarenta y cuatro de la segunda etapa, y yo que la veo venir y la coloco tan al ángulo que el golerito no la pudo ni pellizcar y ahí quedó despatarrado, mandándose la parte porque los de Progreso le habían echado el ojo. ¿O qué te parece haber aguantado hasta el final en la cancha del Deportivo Yi, donde ellos tenían el juez, los línema y una hinchada piojosa que te escupía hasta en los minutos adicionados por suspensiones de juego, y eso cuando no entraban al fiel y te gritaban: ¡Yi! ¡Yi! ¡Yi! como si estuvieran llorando, pero refregándole de paso el puño por la trompa? Y uno haciéndose el etcétera porque si no te tapaban. Lo que yo digo es que así no podemos seguir. O somos amater o somos profesional. Y si somos profesional que vengan los fasules. Aquí no es el Estadio, con protección policial y con esos mamitas que se revuelcan en el área sin que nadie los toque. Aquí si te hacen un penal no te despertás hasta el jueves a más tardar. Lo que está bien. Pero no podés pretender que te maten y después ni se acuerden de vos. Yo sé que para todos estuve horrible y no preciso que me pongas esa cara de Rosigna y Moretti. Pero ni vos ni don Amílcar entienden ni entenderán nunca lo que pasa. Claro, para ustedes es fácil ver la cosa desde el alambrado. Pero hay que estar sobre el pastito, allí te olvidás de todo, de las instrucciones del entrenador y de lo que te paga algún mafloso. Te viene una cosa de adentro y tenés que llevar la redonda. Lo ves venir al jalva con su carita de rompeshueso y sin embargo no podés dejársela. Tenés que pasarlo, tenés que pasarlo siempre, como si te estuvieran dirigiendo por control remoto. Si te digo que yo sabía que esto no iba a resultar, pero don Amílcar que empieza a inflar y todos los días a buscarme a la fábrica. Que yo era un puntero izquierdo de condiciones, que era una lástima que ganara tan poco, y que cuando perdiéramos la final él me iba arreglar el pase para el Everton. Ahora vos calculá lo que representa un pase para el Everton, donde además de don Amílcar que después de todo no es más que un casho de putas pobres, está nada menos que el doctor Urrutia, que ése sí es Director de Ente Autónomo y ya colocó en Talleres al entrea de ellos. Especialmente por la vieja, sabés, otra seguridad, porque en la fábrica ya estoy viendo que en la próxima huelga me dejan con dos manos atrás y una adelante. Y era pensando en esto que fui al café Industria a hablar con don Amílcar. Te aseguro que me habló como un padre, pensando, claro, que yo no iba a aceptar. A mí me

daba risa tanta delicadeza. Que si ganábamos nosotros iba a ascender un club demasiado díscolo, te juro que dijo díscolo, y eso no convenía a los sagrados intereses del deporte nacional. Que en cambio el Everton hacía dos años que ganaba el premio a la corrección deportiva y era justo que ascendiera otro escalón. En la duda, atenti, pensé para mi entretela. Entonces le dije el asunto es grave y el coso supo con quien trataba. Me miró que parecía una lupa y yo le aguanté a pie firme y le repetí que el asunto es grave. Ahí no tuvo más remedio que reírse y me hizo una bruta guiñada y que era una barbaridad que una inteligencia como yo trabajase a lo bestia en esa fábrica. Yo pensé te clavaste la foja y le hice una entradita sobre Urrutia y el Ente Autónomo. Después, para ponerlo nervioso, le dije que uno también tiene su condición social. Pero el hombre se dio cuenta que yo estaba blando y desembuchó las cifras. Graso error. Allí no más le saqué sesenta. El reglamento era éste: todos sabían que yo era el hombre gol, así que los pases vendrían a mí como un solo hombre. Yo tenía que eludir a dos o tres y tirar apenas desviado o pegar en la tierra y mandarme la parte de la bronca. El coso decía que nadie se iba a dar cuenta que yo corría pa los italianos. Dijo que también iban a tocar a Murias, porque era un tipo macanudo y no lo tomaba a mal. Le pregunté solapadamente si también Murias iba a entrar en Talleres y me contestó que no, que ese puesto era diametralmente mío. Pero después en la cancha lo de Murias fue una vergüenza. El pardo no disimuló ni medio: se tiraba como una mula y siempre lo dejaban en el suelo. A los veintiocho minutos ya lo habían expulsado porque en un escrimaye le dio al entrea de ellos un codazo en el hígado. Yo veía de lejos tirándose de palo a palo al meyado Valverde que es de esos idiotas que rechazan muy pitucos cualquier oferta como la gente, y te juro por la vieja que es un amater de órdago, porque hasta la mujer, que es una milonguita, le mete los cuernos en todo sector. Pero la cosa es que el meyado se rompía y se le tiraba a los pies nada menos que a Bademian, ese armenio con patada de burro que hace tres años casi mata de un tiro libre al golero del Cardona. Y pasa que te contaglás y sentís algo dentro y empezás a eludir y seguís haciendo dribbles en la línea del córner como cualquier mandrake y no puede ser que con dos hombres menos (porque al Tito también lo echaron, pero por bruto) nos perdiéramos el ascenso. Dos o tres veces me la dejé quitar, pero, ¿sabés?, me daba un dolor bárbaro porque el jalva que me marcaba era más malo que tomar agua sudando y los otros iban a pensar que yo había disminuido mi estándar de juego, Allí el entrenador me ordenó que jugara atrasado para ayudar a la defensa y yo pensé que eso me venía al trome porque jugando atrás ya no era el hombre-gol y no se notaría tanto si tiraba como la mona. Así y todo me mandé dos boleos que pasaron arañando el palo y estaba quedando bien con todos. Pero cuando me corrí y se la pasé al ñato Silveira para que entrara él y ese tarado me la pasó de nuevo, a mí que estaba solo, no tuve más remedio que

pegar en la tierra porque si no iba a ser muy bravo no meter el gol. Entonces mientras yo hacía que me arreglaba los zapatos el entrenador me gritó a lo Tittarufo: «¿Qué tenés en la cabeza? ¿Moco?» Esto, te juro, me tocó aquí adentro, porque yo no tengo moco y si no preguntale a don Amílcar, él siempre dijo que soy un puntero inteligente porque juego con la cabeza levantada. Entonces ya no vi más, se me subió la calabresa y le quise demostrar al coso ése que cuando quiero sé mover la guinda y me saqué de encima a cuatro o cinco y cuando estuve solo frente al golero le mandé un zapatillazo que te lo vogliodire y el tipo quedó haciendo sapitos pero exclusivamente a cuatro patas. Miré hacia el entrenador y lo encontré sonriente como aviso de R'der y recién entonces me di cuenta que me había enterrado hasta el ovario. Los otros me abrazaban y gritaban: «¡Pa los contras! », y yo no quería d'rigir la visual hacia donde estaba don Amílcar con el doctor Urrutia, o sea justo en la banderita de mi córner, pero en seguida empezó a ¡legarme un kilo de putiadas, en las que reconocí el tono mezzosoprano del delegado y la ronquera con bíter de mi fuente de recursos. Allí el partido se volvió de trámite intenso porque entró la hinchada de ellos y le llenaron la cara de dedos a más de cuatro. A mí no me tocaron porque me reservaban de postre. Después quise recuperar puntos y pasé a colaborar con la defensa, pero no marcaba a nadie y me pasaban otro. Difícil, dijo Cañete. 1, enfermera que me trata como al rey Farú y que tiene como ya lo habrás jalviado, su bruta plataforma electoral, dice que tengo para un semestre. Por ahora no está mal, porque ella me sube aúpa para lavarme ciertas ocasiones y yo voy disfrutando con vistas al futuro. Pero la cosa va a ser después; el período de pases ya se acaba, sintetizando, que estoy colgado. En la fábrica ya le dijeron a la vieja que ni sueñe que me vayan a esperar. Así que no tendré más remedio que bajar el cogote y apersonarme con ese chitrulo de Urrutia, a ver si me da el puesto en Talleres como me había prometido.

La mejor de las historias (Pablo Ramos)

Esta historia me la contó mi padre a orillas del mar, una semana antes de Navidad, un año y medio antes de su muerte. La noche nos había agarrado en la barra de un club italiano, picados de vermú, mirándonos, como siempre, sin hablar.

De golpe salté de la banquetta y le dije que estaba escribiendo, que las cosas me iban mal, que ya no me gustaba mi empresa ni mi familia, y que me había dado cuenta, de golpe, de que lo único que quería hacer era escribir historias. Se lo digo

en un ataque de sinceridad alcohólica. Después me arrepiento, a él no le importaban esas cosas, siento que va a minimizarlo, a hacer de cuenta que no escuchó nada.

- Encontré la máquina de mi abuelo y la estoy usando -digo.

- Historias -dice él.

- Yo espero cualquier cosa.

Yo sé la mejor de las historias.

Me quedé confundido, esperando para no decir una tontería, para que no se me notara la confusión. Mi padre iba a contarme algo: mi padre iba a ser mi padre. Pido otra vuelta y le digo que empiece.

Yo estaba borracho, felizmente borracho. Permanentemente al borde de la risa, como si en vez de tomar vermú me hubiera fumado un porro. Él, distendido y un poco, apenas, suelto de lengua. Miré la hora: mi madre ya debía tener la comida lista, pero nos conocía bien a mi padre y a mí; aparte de tener el corazón en la boca porque estábamos juntos, iba a tener la precaución de no echar los fideos en el agua hasta que nos hubiéramos sentado a la mesa.

Me quedé en silencio y él, ahora, fue al grano.

- ¿Querés o no querés que te la cuente?

- Está bien, pero que sea una historia que a vos te interese no es garantía de que a mí me interese también.

- Sentí (siempre decía 'sentí' por 'escuchá'), ¿te acordás de Ángel Clemente Rojas: Rojitas, el Pelado? Los pibes de tu generación no lo vieron jugar. Pero yo lo vi nacer, y crecer con la pelota. Lo más grande que tuvo Boca, lo más grande que tuvo este país, más grande que Bochini, más grande que Maradona. Lo que pasa es que eran otras épocas.

- Seguro que estás exagerando.

- No sé. El asunto es así: una noche de verano, un calor insoportable, estábamos Coco, el Pelado Rojitas, Rabanito y yo. En el club Brisas, sentados como

ahora estamos sentados nosotros dos. Lo jodíamos al Pelado porque había firmado con Boca, él, que era hincha de Independiente, como el Diego, ¿entendés lo que te digo?

Le dije que entendía, y le pedí que nos apartáramos un poco. Mi padre nunca me había contado una historia. Pedí la botella de Gancia y un sifón, reforcé las medidas de Fernet y nos fuimos a sentar a la última mesa. Yo, con mi vaso en una mano y el sifón en la otra.

Mi padre dio dos pasos y apoyó su mano libre sobre mi hombro. Fue la primera vez que él tuvo un gesto así conmigo. Nunca me voy a olvidar de lo que sentí. ¿Con tan poco se podía allanar tanto el camino hacia la paz? La tormenta seguía, pero despuntaba algo parecido a un sol tibio en el horizonte. Si con solo un toque de su mano mis resentimientos le daban algo de espacio al amor, ¿qué no podía ser posible entonces con un poco de tiempo? Ese abrazo suave, corto, casual, sobre mi hombro. Ese abrazo único, pero tan cierto como aquella noche de verano, es lo importante, lo que recuerdo perfectamente.

Nos sentamos y siguió. De golpe entró mi hijo Cristian. Mi madre, que sabía perfectamente dónde estábamos, nos había mandado llamar. Cristian tenía pelada la nariz. Mi padre le dijo que le dijera a su abuela que le pusiera crema.

- Y decile también que en media hora estamos allá, hijo.

Era como si el chico fuera yo. Tantas veces mi madre me había mandado a buscarlo y mi padre que ya venía, que ya venía y terminábamos comiendo sin él. El club fue siempre la segunda casa, o la primera casa, de mi padre. Las cartas y el vermú, los rivales más duros de mi madre.

- Te sigo contando. El Pelado debutaba mañana, o sea, al otro día, ¿entendés?

- Mañana, está bien.

- Claro, como si fuera mañana, contra Vélez, en el Boca de Rattín, y ponele que ahora fueran la una o las dos de la madrugada. Se tenía que ir a dormir. Él tomaba granadina y nosotros todo lo que te puedas imaginar, en esa época sí que se tomaba. Dale que dale a la pavada hasta que la noche se cae, por el alcohol, y porque a veces la alegría es más grande que lo que uno tiene para decir. Vienen unos minutos de silencio. Ruidos de vasos, la risa tardía de Coco o de Rabanito, y

así como así el Pelado nos invita a conocer su casa nueva de Flores. Se la había alquilado Boca y él la había puesto con todo porque había cobrado una prima que equivalía al sueldo de un año en la fábrica de fósforos, la misma en la cual trabajó tu madre hasta que me conoció a mí. Que vamos a verla, que vamos a verla; que sí, que no y fuimos nomás. Él estaba con el auto del padrino aunque apenas manejaba, o había aprendido hacía muy poco. Lo importante es que el Pelado era un peligro con el auto, y por más que le insistí quiso manejar él, aunque cualquiera de nosotros era preferible, aun con el pedo que teníamos. El viaje fue pura risa por cualquier cosa, bocinazos y gritos a todo lo que se pareciera a una mina. Yo iba atrás, en silencio, dejándole el monopolio del ruido a los otros tres; me había ensimismado, ¿entendés? Porque no es que ese carácter sea exclusividad de tu madre, yo también muchas veces soy así, y vos también sacás eso de mí.

- ¿De verdad?

- Claro. Recuerdo eso: que yo estaba así, en ese estado, por las copas y porque estaba así. Sentía pena por todo lo que veía. Pero no una pena fea, quiero decir que no una pena porque menospreciara a las demás personas y a las cosas. Todo lo contrario, pena porque me sentía cerca de ellas. Porque la noche había sido hecha para nosotros, lodo era la noche. Los otros autos, los gatos, los árboles, los pocos perros que perseguían a algún linyera ladrándole al paso. Y de golpe un auto que nos venía de frente y las siluetas de mis amigos que se iluminaban como apariciones; lo recuerdo tan nítidamente. Y sé que no es una boludez, sé que es algo, aunque no pueda decirte qué.

- Seguí -le digo-, no te vayas a poner melancólico y rompas el invicto a esta altura de tu vida.

- Sentí. Llegando a la casa, nosotros íbamos por una de esas calles de Flores que de noche son todas iguales, doblamos en contramano. Estábamos a una cuadra y ninguno de los boludos se dio cuenta; entonces yo despierto de esa en la que me había quedado colgado y le digo que tenga cuidado, que se había metido contramano. No termino de decirlo que nos para un policía. Yo escucho el silbato primero y veo la moto después. Pensé que estábamos sonados. Pero después me tranquilizo, porque manejaba el Pelado y él no había tomado ni una copa. El cana nos ilumina con la linterna. Nos pide que bajemos despacio. Era una época tranquila, no se tenían los miedos que se tuvieron después. Un cana era algo más parecido al cartero que a un milico. Pero nosotros éramos unos pibes. Bajamos y supongo que mi cara no debería ser muy diferente de las de mis amigos.

El cana nos dice que nos pongamos todos abajo de la luz del farol, y es ahí que lo veo: negro, no como yo, como Louis Armstrong, ¿entendés? Negro mota. Rabanito suelta una risita pero la reprime enseguida. Los demás nos quedamos callados. El cana le pide al Pelado la licencia de conducir, así le dice, no registro, licencia de conducir, como si el tipo hiera de otro país, de otro planeta. ¿Y sabés qué? El Pelado no tiene. Me la olvidé, dice, y es mentira, y todos nos damos cuenta de que es mentira. Te la olvidaste de sacar, le dice el cana. Después nos hace hacer el cuatro, nos palpa de armas y dice que nos va a tener que confiscar el auto. Mi padrino me mata, señor, dice el Pelado.

Coco lo arenga a más: decile quién sos, decile, boludo. Al Pelado ya lo conocía todo el país porque le había hecho tres goles a Uruguay en una selección de la "C" que se había formado para jugar un amistoso. Todo el mundo hablaba de él porque Armando se lo compró a Arsenal de Llavallol después de ese partido. Soy Ángel Clemente Rojas, dice el Pelado, Rojitas, no el Tanque, eh, Rojitas. El cana lo mira, parece dudar. Pregunta qué hacemos tan tarde si mañana "el señor" debuta en Primera. El Pelado le cuenta lo de la fiesta, jura que no tomó, nosotros juramos que él no tomó, pide por favor. Entonces escuchá lo que dice el cana: Esta no es tu noche, pibe, dice. Te encontraste con un cana negro, hincha de Vélez e hijo de uruguayos. Qué le vas a hacer. Capaz que te meto en la gayola para satisfacción de mis viejos y para que no nos hagás ningún gol a nosotros.

El Pelado tenía una cara que no me voy a olvidar jamás. Le prometo que si me deja ir, no hago ningún gol, señor, dice. El cana se ríe, nos pregunta si alguno de nosotros tiene registro. Yo le muestro el mío, me lo revisa y me permite manejar el auto. Antes de dejarnos ir le recuerda la promesa. Rojitas, acuérdesese, le dice. Ningún gol, repite dos o tres veces, y nos vamos.

- ¿Nada más? -digo.

Sí, algo más. ¿Por un momento te pensaste que era una tontería, no? Sentí. Al otro día Boca le ganó a Vélez tres a cero. Tres goles de Corbatta, tres jugadas de Rojitas que lo dejaron solo a Corbatta. Tres jugadas electrizantes, así dijo el diario del domingo. Se habló de la generosidad del crack, ¿entendés? Generosidad. Tres gambetas dentro del área, pero ningún gol. ¿Por miedo al negro? No sé. El otro fin de semana pasó algo que no te incumbe, y yo nunca más volví a hablarle al Pelado. Tres jugadas electrizantes y ningún gol. ¿Entendés? Eso sí que es una historia.

Le sonreí. Pagamos y nos fuimos. Yo pensaba. Qué hombre, de qué está

hecho que es tan difícil de entenderlo para mí. Pensaba esto con tranquilidad, sin poder salir del asombro todavía. Él sólo caminaba, adelante, en silencio, meneando de vez en cuando la cabeza. Jamás volvió a contarme una historia. Jamás volvió a tomarme del hombro.

(Relato que forma parte de la novela "La ley de la ferocidad, Buenos Aires, Alfaguara, 2007)

¡No te enloquesá, Lalita! (Roberto Fontanarrosa)

El más sorprendido fue Chalo cuando (no iban ni cinco minutos de empezado el partido) el Lalita se cruzó toda la cancha y le entró muy fuerte y abajo a Pascual y Pascual, aún antes de caer pesadamente junto a la línea del área, le preguntó al Lalita por que no se iba a la recalcada concha de su madre puta. Pensándolo bien, recordaba luego Chalo (los brazos en jarra, algo alejado del quilombo) antes de empezar, había escuchado a los muchachos conversando mientras se cambiaban en ese vestuario de mierda y Polenta se había dicho que, seguramente, Pascual y Lalita se iban a cagar a trompadas otra vez. Es más --rememoró Chalo, viendo como los muchachos trataban de separar a los calentones-- Salvador lo había cargado bastante a Pascual preguntándole si esa tarde lo iban a echar de nuevo por cagarse a trompadas con el Lalita.

-- ¿Será posible? --pasó a su lado el ocho de ellos, buen jugador, callado--. Siempre lo mismo con estos dos infelices.

-- Cosa de locos --dijo el Chalo, tocándolo en la panza, en gesto de amistad.

-- ¡Aprendé a jugar al fútbol, choto de mierda! --gritaba, ya de pie, Pascual, contenido a medias por Norberto.

-- ¡Sí, seguro que vos me vas a enseñar, pajero! --respondió Lalita.

-- ¿Ah no? ¿Ah no? ¿No te voy a enseñar yo? ¿No te voy a enseñar yo? ¡Sabes cómo te enseño, la puta madre que te parió!

-- ¡Seguro! ¡Vos me vas a enseñar, forro! ¡Vos me vas a enseñar a jugar al

fútbol!

-- ¡Choto de mierda, en la puta vida jugaste al fútbol, sorete!

-- ¡Vos me vas a enseñar, maricón!

-- ¡Sorete, sos un sorete mal cagado!

Tal vez ese concepto de "maricón" exaltó más a Pascual, que se libró del esfuerzo de Norberto y se le fue encima al Lalita. El Alemán se abalanzó para agarrarlo, con Prado y el flaco Peralta. El referí pegaba saltitos en torno al tumulto como un perro que no puede zambullirse en una pelea multitudinaria.

-- ¡Pero dejalos que se maten! --gritó desde lejos el cuatro de ellos--. ¡Dejalos que se maten de una vez por todas esos boludos!

-- ¡Así nos dejan jugar tranquilos!

-- ¡Vení, vení a enseñarme, maricón! --insistía Lalita, contenido por sus compañeros, viendo como Pascual se debatía entre una maraña de brazos.

-- ¡Callate, pelotudo! --se anotó, desde lejos, Hernán, con escaso sentido de la oportunidad en el uso del humor--. ¡Si vos tuviste poliomelitis de chico y no te dijeron!

-- ¡Pero pisale la cabeza a ese conchudo! --saltó de pronto Antonio corriendo también hacia Lalita--. ¡Siempre el mismo hijo de puta ese hijo de puta!

Allí Chalo pensó que el conflicto se generalizaría.

-- ¡Antonio! ¡Antonio! --trato de pararlo el Negro.

-- ¡Agarralo! ¡Agarralo, Pedro!

-- ¡Hijo de mil putas, la otra vez hiciste lo mismo! --recordaba Antonio, medio estrangulado por un brazo de Pedro, las venas del cuello a punto de estallar, la cara roja como una brasa.

-- ¿Qué querés vos? ¿Qué querés vos? --Lalita se volvió hacia Antonio, estirando el mentón hacia adelante. Dos de ellos lo agarraron de la camiseta y otro de la cintura.

-- ¡Te hacés mucho el gallito porque nunca te han puesto una buena quema!

-- ¡Aflojá, Lalita, no seas boludo!

-- ¡Te echan, pelotudo, te van a echar!

-- ¿Qué querés vos? ¿Qué querés negrito villero y la concha de tu madre?

-- ¡Tito! ¡Paralo, carajo, paralo!

-- ¡Cortala, cinco, no te metás que es peor!

-- ¡Pará, Mario, pará!

-- ¡Te voy a reventar, la concha de tu madre! --Pascual se había zafado de los que lo contenían y corría en un movimiento semicircular hacia su enemigo tratando de eludir los nuevos componedores que se le interponían. Chalo se dejó caer sentado sobre el césped sin llegar a entender demasiado bien como se podía armar semejante quilombo cuando incluso algunos no habían llegado siquiera a tocar la pelota (como él). Miró al dos de ellos y enarcó las cejas en señal de complicidad.

-- ¿Podés creer, vos? --dijo el otro, parado en el círculo central y acomodándose los huevos. Escupió a un costado.

Prácticamente todos los muchachos, sin olvidar al tío del Perita (fiel y único hincha del "Olimpia" se habían metido en la cancha y estaban separando a los beligerantes. Eran dos grupos que se movilizaban en bloque, hacia atrás o hacia adelante, correlativos unos con otros, como dos arañas negras y deformes, de acuerdo a los impulsos más o menos homicidas de los contendientes.

-- ¡Vos me vas a venir seguro a enseñar a jugar al fútbol, sorete! --la seguía Lalita--. ¡Seguro que vos me vas a venir a enseñar!

-- ¡No te enloquesá, Lalita! ¡No te enloquesá! --repetía una voz aguda, desde afuera, como un sonsonete.

-- ¡Choto de mierda! ¡Choto de mierda! --Pascual se atragantaba con las palabras y despedía por la boca una baba blanca, casi acogotado por los compañeros--. ¡Claro que te voy...! ¡Choto de...! --obnubilado, no encontraba los

más elementales sinónimos para enriquecer sus agravios y recaía siempre en las mismas diatribas--. ¡Choto de mierda! ¡Chotazo!

El árbitro, apreciando un claro en el tumulto, dió dos zancadas mayúsculas hacia adelante, manoteó el bolsillo superior y anunció a Pascual.

-- ¡Señor! --y le plantó una tarjeta roja incandescente frente a los ojos.

Pascual ni lo miró. Después el árbitro giró con la misma aparatosidad, caminó tres pasos hacia Lalita y repitió el gesto de la mano en alto, como dando por terminado el problema. A Pascual ya se lo llevaban hacia el costado. Lalita caminaba medio ladeado, aplastado en parte por el peso de sus compañeros, buscando todavía con los ojos a su rival, respirando fuerte por la nariz, como un toro.

-- ¡Dejame! ¡Dejame, Miguel! --pidió, sofocado, y hasta llegó a tirar un par de piñas a sus amigos.

-- Ya está, Lalita --le recitaba el cuatro al oído--. Cortala.

El lungo que jugaba al arco le pasó un par de veces la mano por el pelo, comprensivo, pero el Lalita apartó la cabeza, negándose a la caricia.

-- ¡Señores! ¡Señores! --gritó el referí--. ¡Miren! ¡Miren! --y mostró la fatídica tarjeta roja casi oculta en la palma de la mano, como una carta tramposa--. ¡No la guardo! ¡No la guardo! ¡La tengo en la mano! ¡Al primero que siga jodiendo lo echo de la cancha! ¿Estamos? --y salió corriendo para atrás, elástico, señalando con la mano donde debía ponerse la pelota--. ¡Juego, señores!

Y decían que no había que joder mucho con ese árbitro. Que era cana. Que siempre andaba con un bufoso dentro del bolso. Así le había contado Camargo al Chalo, porque lo conocía de la liga de Veteranos Mayores, los que están entre los 42 y la muerte.

Ya sentado en la vereda, la espalda empapada contra la pared del quiosco, las piernas extendidas sobre el piso, desprendidos los cordones de los botines, Chalo se apretó fuerte los parpados para mitigar el escozor profundo que le producía el sudor al metérsele en los ojos. Sin decir palabra, el Lito, al lado suyo, le alargó la botella de Seven familiar, casi vacía. Chalo tomó unos seis tragos apurados, puso

después el culo frío y húmedo de la botella sobre su muslo derecho, eructó con deliberación y se secó la boca.

-- Hay que joderse --exhaló--. Qué manera de correr al pedo --y le extendió la botella a Salvador que esperaba, mirando la calle, las manos en la cintura, a su lado.

-- ¡Chau, loco! --gritó Antonio, subiendo al auto de Pedro, yéndose-- ¡Chau, Salva!

-- ¿Hablastes con el referí? --le preguntó Lito. Antonio se encogió de hombros.

-- ¿Para qué?

-- Para que no te escrache en el informe.

-- Me echó por tumulto.

-- Por pelotudo te echo --rió Salvador. Antonio levantó la mano, se metió en el auto de Pedro y Pedro puso marcha atrás cuidando de no caerse en la cuneta.

-- Veinte fechas le van a dar a este --dijo Salva, limpiando el pico de la botella de Seven con la manga de la camiseta verde. Chalo no contestó. Apenas si tenía aliento para hablar. Lito, más que sentarse a su lado, se derrumbó, con un quejido animal.

-- Parece mentira --dijo Chalo--. Cuando yo jugaba en la "25 de Mayo", donde no hay límite de edad, pensaba que los veteranos serían más tranquilos, que cuando pasara a la liga de veteranos las cosas se iban a tomar de otra manera.

-- Nooo... --Lito se reía.

-- ¡Pero es peor! Es indudable que las locuras se agudizan cuando viejos. Acá me he encontrado con tipos de cincuenta, cincuenta y pico de años, que se cagan a trompadas, le pegan al referí, se putean entre ellos, más que los jóvenes.

-- Y... --dijo Lito--. Las manías, cuando viejo, se agudizan...

-- Además, Chalo --Salvador ya había encontrado las llaves del auto entre

los mil bolsillos de su bolsón deportivo--. El fútbol es así. Hay tipos que descargan todas las jodeduras de toda la semana acá en la cancha. Yo he visto a tipos cagarse a trompadas en un partido de papi, en un mezclado, que no son ni por los puntos ni por nada. Un picado cualquiera y se han cagado a trompadas, oíme.

-- Sí --aprobó Chalo--. Son calenturas del juego...

-- Es así --cerró Salvador. Dijo "Chau muchachos", puso en duda su presencia para el difícil compromiso del sábado siguiente contra el Sarratea y se fue hacia el auto rengueando ostensiblemente de su pierna derecha.

Chalo se inclinó con esfuerzo hacia sus medias, ceñidas bajo las rodillas por dos banditas elásticas, y las fue bajando hasta enrollarlas sobre los tobillos. Recién allí cayó en la cuenta de cuanto necesitaba liberar su circulación sanguínea de tal tortura y se preguntó como había podido sobrevivir hasta ese momento bajo presión semejante. Volvió a recostarse contra la pared caliente.

-- De todas maneras --retomó-- por más que sean cosas del fútbol, esto de Pascual es difícil de entender.

-- No son cosas del fútbol, Chalo --dijo Lito, sin mirarlo.

-- Dejame de joder... ¡No iban más de cinco minutos!

-- No son cosas del fútbol, Chalo... --Lito hizo un paréntesis largo--. Acá el asunto viene de lejos. Un asunto de guita.

-- Ah... Ah... --se contuvo Chalo. Empezaba a comprender. Lito bajo la voz, confidente, como si alguien pudiese oírlo.

-- Pascual le salió de garantía de un crédito a Lalita. Y el Lalita lo cagó. De ahí viene la cosa.

-- Ahhh... Ese es otro cantar.

-- Claro... Eran socios, o algo así. A mí me conto el Hugo, que era cuñado del Lalita en esa época. Tenían una gomería o algo así, no sé muy bien. Y la cosa vino por el asunto del crédito.

-- Bueno, ya me parecía --dijo Chalo--. No te digo que uno no vaya a

entender que dos tipos se agarren a piñas en un partido, porque es lo más común del mundo... Pero, cuando ya uno ve que un tipo, a los cuatro minutos de estar jugando, se cruza la cancha para estrolarlo a otro, y después se repudian de arriba a abajo... Ya sale de lo común, es sospechoso.

-- No --precisó Lito--. La cosa viene de antes. Son cosas extrafutbolísticas --. Con un esfuerzo digno de un levantador de pesas, Chalo se puso de pie.

-- Y ahora les van a dar como ocho fechas a cada uno--dijo.

-- Lo menos. Porque son reincidentes --aprobó Lito.

Fueron ocho las fechas, o diez, o quince. Lo cierto es que, en la segunda rueda, en el partido revancha contra Minerva, Pascual y Lalita estaban en la cancha. Hasta los veinte minutos del segundo tiempo no sucedió nada e incluso dio la impresión de que habían surtido efecto los reiterados consejos de los compañeros de ambos bandos en el sentido de que los seculares contendientes evitaran la conflagración. Hubo un par de cruces, sí, alguna trabada dura, fuerte pero abajo, pero Pascual y el Lalita ni se miraron después tras el choque, atentos a aquello de "reciba y pegue callado" que tantos futboleros pregonan virilmente. Pero, casi sobre el final, en una jugada tonta que no los tuvo como protagonistas directos, los envolvió esa violencia recurrente que parecía ser su sino. Hubo de nuevo corridas, gritos, insultos y el consabido intercambio de golpes entre Pascual y el Lalita, al punto que todos se olvidaron de los otros dos anónimos jugadores que habían iniciado la escaramuza para ocuparse de ellos. La tarjeta roja en alto, elevada por el árbitro con la firmeza y pomposidad con la que puede elevarse un cáliz, marcó, simplemente, el final de un nuevo capítulo para los duelistas.

Una hora después, sentados a una mesa de "El Morocho de Abasto", Chalo apuraba una cerveza con el Alemán. Y el Alemán no cesaba de preguntarse cómo podía ser Pascual tan pelotudo.

-- Es que... --inició Chalo, consciente de que quien tiene la información tiene el poder--. No es un fato meramente futbolístico, Alemán. Hubo un quilombo de guita entre ellos.

El Alemán lo miró, curioso.

-- Me contó Lito --siguió Chalo--. Una cuestión de un crédito. Parece que Pascual salió de garantía.

-- No --la respuesta del Alemán fue lo suficientemente breve y segura como para cortar a Chalo-- Eso fue después.

-- Me lo contó Lito.

-- Te lo contó Lito. Pero Lito solamente sabe esa parte porque el llegó al equipo hace tres años recién. Eso fue después. Yo sé la justa, Chalo. El quilombo fue de polleras. Lala, en la facultad, estuvo a punto de casarse con una mina y el Pascual se la chorió.

-- ¿En la facultad?

-- Y el Pascual se la chorió.

-- ¡Entonces se conocen de hace una punta de años!

-- ¡Añares! Amigos de pendejos. Entonces Pascual se casó con esa mina, su actual mujer para más datos, sin saber que la mina le había salido de garantía al Lalita en un crédito para una moto.

-- ¡Ah! ¡Y ese es el crédito famoso!

-- Ese es el crédito famoso. Por supuesto, Lalita, en llamas porque el otro le había choreado la mina, dejó de pagar el crédito, y el Pascual se tuvo que poner rigurosamente hasta el último mango. Eso le hizo un buen buco al Pascual.

-- Mirá vos. Así había sido la cosa.

En el camino de vuelta hasta la casa, Chalo no dejó de pensar en las mujeres, en el dinero, temas por siempre conflictivos que pueden llegar a torpedear una amistad, en apariencia milenaria, como la de Pascual y el Lalita. Y siguió cavilando sobre eso casi hasta el final de la segunda rueda, máxime que se había hecho bastante compinche con el Pascual mismo, hombre en el que había descubierto una afabilidad y un certero sentido del humor tras la apariencia rústica y silenciosa del áspero cuevero. Y quiso el destino ("empeñado en deshacer" diría el tango) que en la cuarta fecha del torneo Consuelo, volvieran a encontrarse en el campo con Minerva. Y que volvieran a enfrentarse sobre el campo de juego Pascual y Lalita, quienes, para colmo, no faltaban nunca a sus compromisos futboleros. Como arrastrados por un designio oriental y fatalista, los presentes asistieron puntualmente a las consabidas trompadas, insultos y forcejeos que terminaron,

esta vez, con cinco hombres fuera de la cancha.

Suplente de un ocho nuevo que habían traído de "La Cortada", Chalo, recostado sobre un césped que se hacía yuyo, miraba el despelote desde bastante lejos, sin siquiera levantar la cabeza de la pelota que le servía de almohada, propiedad del hijo más chico del Cabezón Miraglia.

-- El asunto no es futbolístico, Cabezón --le confío, locuaz, al Cabezón Miraglia, que todavía estaba rumiando su bronca por no haber entrado de titular--. Hubo un problema de mujeres.

Miraglia no contestó. Siguió masticando chicle, mirando como el Pascual, desaliñado, caminaba hacia afuera de la cancha y se tiraba unos veinte metros más allá, en su ya remanido sendero hacia el exilio de la expulsión.

El Cabezón giró hacia Chalo, se acercó un poco más como para que el viento que favorecía al equipo adversario no llevara sus palabras hacia Pascual y, mientras pateaba prolijamente un hormiguero, le dijo al Chalo:

-- Eso fue después, Chalo.

-- ¿Como después?

-- Lo de la mina fue después. La cosa fue política, más que nada...

Chalo frunció el entrecejo sin quitar sus manos entrelazadas de bajo la nuca, sintiendo el roce auténtico y voluptuoso de la pelota a gajos hexagonales. Le parecía mentira asistir a ese relato por capítulos futbolísticos, fecha a fecha, expulsión tras expulsión, que lo iba ahondando en la vida de dos sujetos conocidos casualmente en las canchas de fútbol, abocados a la defensa de una divisa. El Cabezón se agachó para seguir contando.

-- En la secundaria, Pascual era dirigente estudiantil de izquierda. Estaba en una de esas agrupaciones como el P.T.P., el R.T. nosecuanto, una de esas. Te estoy hablando de los sesenta. Y el Lalita militaba con él. Y un día, yo pienso que debe haber habido uno de esos clásicos celos por la dirigencia, una cosa así, el Lalita se aparece en la escuela, ya estarían por sexto año, con una foto del Pascual, de traje blanco, bailando en una fiesta del Jockey Club.

-- ¡No me jodás! --se asombró Chalo.

-- ¡Te imaginás! --se rió el Cabezón--. En esa época, pasabas nomás frente al Jockey Club y ya eras un conservador, un facho...

-- ¡Claro! Estaba todo tan politizado...

-- Y de traje blanco para colmo el Pascual. En una de esas fiestas a todo culo que se daban ahí.

-- Lo crucificaron.

-- Lo hicieron mierda. Los compañeros de ruta no se lo perdonaron.

-- El Pascual habrá dicho que el puesto que no se ocupa lo ocupa el enemigo --volvió a reírse Chalo.

-- No sé, no sé. Pero se le acabó la carrera política. Pasó de golpe a ser un chanco burgués, un enemigo de la clase obrera.

Se quedaron un rato en silencio, mirando el partido. Tatino acababa de perderse un gol increíble.

-- Es por eso que, después... --retomó el Cabezón--. Pascual se empecinó en afanarle la mina al Lalita. Porque creo yo que fue un capricho, nomás. En venganza.

-- Pero mirá vos --se quedó pensativo, Chalo, mirando al cielo. El Cabezón había empezado a trotar porque Salvador le gritaba "Calentá, calentá!", mientras se agarraba el rebelde aductor derecho que lo tenía loco desde hacía mucho.

Fue Pascual quien le pidió a Chalo que lo alcanzara con el auto. Se había puesto un viejo pantalón de salir sobre el pantaloncito de fútbol y después se había vuelto a calzar pero sin atarse los trabajosos cordones, a los que arrastró hasta que salieron del predio. "Un chico" comparó Chalo, mientras desestimaba la idea de decirle que se atara los cordones porque se podía cagar de un golpe. Y luego, ya en el auto, siguió dando vueltas a los conceptos de dinero, mujeres y política, que entreveraban sus coordenadas y llevaban a dos personas mayores, como Pascual y Lalita, a romperse literalmente la crisma del mismo modo formal y caballeresco con que aquellos románticos personajes cruzaban sus espadas en el relato de Conrad.

--... porque me han dicho que vos, con el Lalita, se conocen de hace mucho

--se animó a decirle, por fin, al Pascual, tras un largo silencio en el auto, solo amenizado por el sobrio comentario radial de José Pipo Parattore desde el estadio "Gabino Sosa" de Central Córdoba. El mismo Pascual le había dado pie, tras quejarse de que le ardía una peladura en la rodilla y también el piñón voleado que le había acertado Lalita en medio del despelote.

-- Mucho. Demasiado --crispó una sonrisa, Pascual, tocándose una ceja--. Es al pedo --concluyó, con esa críptica frase donde no se entendía bien si encerraba un escepticismo existencial frente al misterio de la vida, o una desalentada conclusión ante el inútil acopio de años de amistad, o de la convicción del guerrero de cara a una lucha que adivina estéril e inconducente.

-- Pero... claro... --se animó Chalo, quizá ante la ambigüedad de la afirmación de Pascual--. Me contaban que no es un asunto futbolero, ¿no? De lo contrario, sería difícil de entender. Por más que uno entienda perfectamente que te podes cagar a trompadas incluso jugando un cabeza en un pasillo...

Pascual volvió a sonreír, o quizá fue solo la expulsión de un poco de aire de sus pulmones.

-- ¿Qué te contaron? --apuró.

Chalo esgrimió la mano derecha en el aire, como espantando una mosca, antes de depositarla de nuevo sobre la palanca de cambios.

-- El asunto de un crédito --intentó ser vago--. Un fato relacionado con la política, algo así...

Omitió el detalle de la mujer, temiendo meterse en temas demasiado privados o bien deschavar al ocasional informante. Pascual estiró otra sonrisa apretada mientras se tocaba la nariz. Pareció que iba a sumirse en uno de sus habituales silencios de cuevero. Pero la siguió.

-- Te informaron mal --dijo.

-- Bueno... te cuento...--mintió Chalo-- que no fueron conversaciones formales. Fueron, digamos, comentarios al pasar, opiniones...

-- Ya sé, ya sé... Pero te informaron mal.

Ya habían llegado. Chalo puteó para sus adentros. Tal vez hubiese debido retrasar la marcha, pero la maniobra dilatoria hubiera sido demasiado ostensible. Pascual abrió la puerta de su lado, puso el bolso sobre sus muslos y sacó el pie derecho como para bajarse. "Me pierdo el final" pensó Chalo.

Pascual se había tomado del borde del techo del auto con su mano diestra para dar el empujón de salida. Era muy grandote.

-- ¿Sabés de cuando lo conozco yo al Lalita? --dijo, pese a todo--. ¿Sabés de cuando lo conozco yo a ese hijo de puta? --Chalo lo miraba fijo--. De cuando teníamos los dos cinco años y jugábamos en el baby del club Fisherton.

-- Mirá vos --dijo el Chalo.

-- ¿Y sabés de donde arranca todo? ¿Sabés de donde arranca la bronca?

Chalo negó con la cabeza.

-- De un día en que jugábamos contra El Torito y al Lalita le hacen un penal y nos peleamos por patearlo. Mirá lo que te digo. Cinco años teníamos.

Pascual, ya incorporado, medio cuerpo metido dentro del auto, osciló los cinco dedos de su mano derecha frente a los ojos de Chalo.

-- ¿Qué? --amagó reírse Chalo--. ¿Lo quería patear él?

-- ¡Tomá, patear él! --percutió el puño cerrado como un émbolo, Pascual--. El penal se lo habían hecho a él, pero el que los pateaba siempre era yo. Esa era la orden que yo tenía del director técnico. Pero él ya era un pendejo caprichoso. Y nos cagamos a trompadas --Pascual se refregó la cara con la palma de la mano, como con intención de desfigurarse--. ¡Cómo nos cagamos a trompadas ese día, Dios querido! Y de ahí viene todo...

Se irguió por completo y cerró la puerta. Chalo se inclinó un poco para verle la cara.

-- ¿De ahí viene todo?

-- De ahí. Lo demás llega por añadidura. Pero el quilombo empieza con aquel penal.

Pascual dijo chau con la mano y se metió en su casa. Chalo puso primera y se fue, pensando. La vida era más simple de lo que uno suponía, al final de cuentas.

¿Vos lo viste jugar a Martino? (Sebastián Jorgi)

A Pedro Leguizamón

y Pascual Malerba

No vendrá. Te dejó de seña en la parada del colectivo, con ganas de decirles a esos que te miran desde la ventana del café: Qué les importa. Pero la cosa es así. Pensás que el amor es como tirarle la manga a la vida o al destino.

Ayer había algo extraño en sus ojos, una premonición, una advertencia. Hace un mes que la conoces y tanta milonga. Seguro que le habrá pasado algo o la vieja le tiró la bronca o simplemente se demoró. Anda a saber. No te resignas y pensás que en unos segundos ella doblará la esquina con el saquito azul y una sonrisa grande como un sol y abrazará fuerte tu cuore con un ¡Hola, mi amor! Hola, y entonces caminarás con ella mirando las baldosas; habrá de contarte esto y lo otro mientras en tu mente carburarás cómo fajarle un beso.

Ambos se dirán: No me vas a dejar nunca (a la sombra de ese arbolito que todos los días los cobija), mientras la luna desparrama su albura sobre Pompeya. Le propondrás para el sábado una película que ella elegirá o ir a Unidos a bailar y después a comer pizza. Enloquecerá de contenta y dirá te quiero para siempre, aunque a papá y a mamá todavía no les caigas bien. No le preguntarás el motivo, porque responderá (como la semana pasada): Entre mamá y papá las cosas no andan bien, además ellos me necesitan, ¿entendés?

Seguramente no vendrá. Estás viendo una risita burlona en la gorda que también espera el colectivo, como lo esperaban ustedes. Sí, ella los vio acaramelados todo este tiempo. Pero hoy, no. Aunque dudes de que venga, no te convences y la seguís esperando. Y si viene, no le recriminarás como otras veces lo que dijo el padre: Nena, sos muy joven todavía, espera un tiempo. No insistirás esta vez con que el padre exagera y que la madre es una sometida, para no contrariarla.

No discutirás.

El tiempo de la espera ha pasado de largo igual que el canillita morocho pasa con la sexta. Pero mañana puede ser nunca (lo sabés); hoy ella tendría que llegar con su pelo largo acariciando las miradas de los muchachos del café, los mismos que en este momento te fichan con cierta comprensión.

No pensás que hoy es lo mismo que ayer. Te metes en el café pidiendo un cortado sin dejar de mirar hacia la calle a través de la ventana. El señor que se llama don Carlos se acercará y le contarás todo porque él adivinó de qué se trata y te dirá: Ya sé, pibe, ella no vino. Necesitarás que te escuche. Mientras tomas una ginebra, él te aconsejará: Bebida blanca, no, pibe, tomate un feca. Te aburrirá un poco con su conversación sobre los jugadores del '40: ¿Vos lo viste jugar a Martino?

Jugadores de fútbol eran los de antes, Dios me libre. Y entre otras cosas, hablará de su experiencia y vos le hablarás de ella (entonces, no te aburrirás), y él escuchará con atención mientras vaya por la cuarta ginebra. Interrumpirá tu lloriqueo preguntándote si viste a San Lorenzo el domingo y por qué no jugás al billar con los muchachos. Mirarás segundo por medio a la calle (por las dudas), aunque ya serán como las doce, lo mismo que ayer y que (invariablemente) mañana. La luna te contestará que ella no vino y mientras don Carlos cuenta el famoso gol que hizo Martino en la final contra Boca en la Bombonera (¿en el cuarenta y seis?), volverás a mirar y la ventana es y Será una pintura gris con la luna seca, como el foco sucio y gastado de la esquina.

Luego se presentará el Fino a la mesa y te invitará a una partida de billar para más tarde. Pero vos seguirás carpeteando la ventana, mientras el Fino le dirá a don Carlos que el "Coco" Rossi es un fenómeno y él responderá que Pontoni y Martino fueron grandes pisadores de pelota. De vez en cuando te consolarán diciéndote que quizá mañana venga y diga que estuvo enferma. Entonces vos le gritarás que el Flaco la vio en el 115 cuando lo tomaba en Retiro.

El tiempo ha cambiado de semana. Parece que fue ayer cuando ella no vino (o simplemente hoy). Se había despedido con un beso dulce. Ella había dicho que te quería tanto y que mamá había comprendido que a vos te gusta la contabilidad y por eso estudias comercial. Esto se lo contaste mil veces a don Carlos. Ella te había mostrado la libreta de ahorros y mañana ibas a sacarte una para vos (mejor dicho, para los dos).

Estás otra vez en la parada del colectivo, como si el tiempo no hubiera pasado. En un rato entrarás al boliche para escuchar a don Carlos: Divertite, pibe, mirá al Fino o al Flaco, van al baile. Olvidala, no es para vos. No te dirá (como los otros) que ella anda de filo y que la vieron en el cine Roca el sábado pasado. Don Carlos te transportará al mundo del fútbol para contarte alguna gambeta de Martino y, cuando vea tu cara tristonca, te dirá que la vida empieza cuando vos crees que termina y que conocerás a otra piba y a otra... Un día te casas y cuando te querés acordar, sos padre. Lo tuyo, pibe, es un punto pequeñito, anillos de humo que se pierden o se desfiguran. El dolor también pasa. Y le dirás sintiéndote comprendido: Usted es un poeta, don Carlos. Poeta fue Moreno o el Chueco, responderá, vos no viste jugar a Martino. También te aconsejará que no largues el estudio (igual que tu viejo), pero vos...

No importa que te quedaras libre en la escuela por la cantidad de faltas y tampoco importa que el sábado no fueras a la farra que organizó don Carlos para todos los muchachos del café. Estarás en la pizzería, cerquita del Roca, para campanear. En una de esas, ella entrará (sola) y con el alboroto de las pizzas que van y vienen le chamuyará que la querés para siempre (igual que la semana anterior). Ella te volverá a contar el problema que tuvo el padre: Intentó pegarle a mamá cuando estaba un poco en curda, porque papá toma, sabes, Cachito. Confesará que la madre le dijo: Estás como loca desde que conociste a ese vago que no trabaja; entonces prometerás buscar un laburo.

Lo que no te imaginas es que tu vieja le prendió una velita a la virgen de Pompeya y que rezaba por su Cachito mientras vos dormías. Ella te tapó porque de tanto dar vueltas en la cama se había deslizado la frazada. Soñás que llegará a la pizzería o a la esquina del boliche por un truco del mago Dios y que le contarás a don Carlos: Vio, ella vino, y él te reprochará: No fumes tanto, pibe. Además, la bebida blanca hace daño, dejala. Daña tanto como el recuerdo.

Así que San Lorenzo jugó bien el domingo, bueno, me alegro. Hola, Fino, qué tal, don Carlos, qué decís Cachito, y aquí estamos. Si están hablando de cosas particulares, me hago humo, les dirás. No, por favor, quedate, vos sabes, conocí una piba fenómeno en Congreso, dirá el Fino.

Vos no contestarás nada. Ni si quisieras escucharás cuando Pirolo diga que el Flaco vio a tu piba el sábado a la salida del Roca. Sabes que es mentira porque estuviste allí, si vas todos los sábados, hasta rondas los domingos el trocén y los cines de Lavalle.

Te quedas mirando el pocillo de café vacío, tan vacío como tu corazón sin ella. Don Carlos te repetirá como ayer (como siempre) que sigas el consejo de uno que fue otario y que se hizo vivo recién de viejo, y que la olvides, porque no te puede ver con el alma joven pero estropeada por eso tan lindo y tan filoso que llaman amor. Seguramente caerá Pirolo y se armará un truco. Tus pensamientos volarán cuando el Flaco diga envido y vos no cantarás nada y, al final, qué haces, te gritará el Flaco tirando el ancho de espadas sobre la mesa cuando ya hayan perdido el truco. Y serás barro cuando el Pirolo pregunte quién lleva a Cachito, porque tendrás una curda de órdago.

Ahora estás en Retiro y ella no aparece. No sabés ya qué pensar. El Fino dijo que la encontró (casi tropezó con ella) como a las cuatro de la madrugada del otro lado del puente. Debió confundirse. ¡A esas horas! ¿El Fino inventa para hacerte chivar? El laburo debió dejarlo, porque ni rastros de ella, a ningún horario, hasta le preguntaste a la gorda que viaja en el 115 y tampoco la vio más.

Parece mentira que hayan pasado seis meses y que siempre alguien la vea, menos vos. El Fino, Pirolo y el Flaco siempre se la encuentran. Les decís que vos también la querés encontrar, por curiosidad, nomás. Dentro de un rato estarás en el boliche con don Carlos que repetirá: Lo que pasa es que ustedes no vieron jugar a Martino ni a Pedernera. ¡Qué me vienen con estos! ¡No saben patear un penal! Mientras viajas, vas pensando en lo que dijo el Fino aquella vez, que la vio a las cuatro de la madrugada del otro lado del puente. ¡Qué raro! Vos sabes que ella vive cerca de Riestra pero no tenés idea de cuál es la casa.

La parada es una estaca que se clavó en tus sentimientos, en tu duda. Estás de vuelta en el boliche, miras y miras hacia fuera, como si el tiempo no hubiera pasado. Don Carlos caerá de un momento a otro. Cuando lleguen el Fino y el Flaco dirán que Pirolo consiguió una mina para fifar en el galpón grande, cerca del Riachuelo. Te invitarán pero vos no les harás caso.

Don Carlos te insinuará que vayas; vos te negarás a ir al galpón como te negaste aquella noche en que fueron el Fino y Pirolo. Don Carlos te reprochará tu cobardía diciéndote que la bebida blanca daña más que una mujer, te gritará que si sos hombre tenés que divertirte y que su recuerdo te jode porque no es más que una irrealdad, que la vida para vos recién empieza.

Seguís mirando hacia fuera, aunque ya no sentís ese amor de hace unos meses. Junás con disimulo la ventana para que los muchachos no se den cuenta. No

compartirás la opinión de don Carlos de que Sanfilippo es un jugador oportuno. Para vos es un crack y debió ser tan bueno como Martino. Don Carlos se molestará un poco e insistirá en que no viste jugar a Martino y que los pibes de ahora no saben nada de fútbol, mientras sorbe su café. Te pedirá disculpas por haberse metido con tus sentimientos y confesará que sólo busca tu bien. Vos lo conformarás prometiéndole que irás al galpón con el Fino y Pirolo cuando se presente otra oportunidad.

No le dirás a ninguno de los muchachos que la viste en Unidos bailando con media humanidad, porque ya casi no hablas de ella. No les dirás que te rechazó de lleno porque apenas te reconoció cuando la saludaste. El Pirolo le dirá que la vieron por Vicente López en una milonga con un tendero de la calle Boedo. Vos le contestarás que no es verdad, que la habrán confundido con otra. Ni los muchachos ni don Carlos te insistirán en el asunto y, poco a poco, dejarán de batirte que la vieron aquí o allá porque ya no te importa.

Tampoco sabrán que la del pelo cortito es ella, e incluso vos te convences de que nadie la reconoció, como te negaste a reconocerla aquella vez que fuiste solo al galpón. Que no es la misma, aunque ella te entusiasmó más que la otra, y sonreirás cuando don Carlos te vuelva a decir: Viste, pibe, que la olvidaste, mientras ficharás hacia la calle a través de la ventana. Le contestarás, vio cómo jugó el "Coco" Rossi y don Carlos te preguntará: ¿Vos lo viste jugar a Martino?

(Tomado de Eliot Ness. Pérez and Company, Buenos Aires, Fondo Nacional de las Artes, 1986)

El último entrenador (Juan Sasturain)

Me lo encuentro de casualidad el sábado en Adrogué, en el cumpleaños de la hijita de un amigo. Salta el apellido que es raro, poco frecuente, y enseguida asocio a ese viejo, ese abuelo materno sentado casi de regalo a un costado de la mesa puesta en el extremo del living, con los recuerdos de infancia.

De las figuritas, no. No es un jugador pero es un nombre y una vaga cara del fútbol. Aprovecho que los pibes se van al patio a devastar lo que queda de un jardín con más calas que pensamientos y le busco la memoria con una pregunta

respetuosa, como tocar a un oso despeluchado con un palo a través de las rejas:

- Su apellido me suena -le digo mientras nuestras manos convergen sobre la fuente de masitas-. Lo asocio con el fútbol de los cuarenta y cincuenta, cuando yo era chico, ¿Puede ser?

Tras un momento me confirma que sí, que es él, y el reconocimiento al que no está acostumbrado lo ilumina un poco, apenas, como las velitas de esa torta de nena, sin jugadores, que espera en medio de la mesa.

- Ya nadie se acuerda.

- No crea.

Nos trezamos a charlar y no sé bien cómo pero al rato, mientras los otros destapan botellas, nosotros estamos en el dormitorio -porque esa es su casa, la de siempre- destapando una caja de alevosos recuerdos.

- Ese año que usted dice salimos campeones -revuelve, encuentra-. Fíjese, acá estoy yo.

Y me señala lo evidente, lo alevoso de su figuración. Es la foto de una revista y él está parado a un costado, el penúltimo de la fila de arriba, entre un colado habitual y un marcador de punta de los que todavía no se llamaban así.

- Qué pinta.

Tiene bigotitos, el jopo tieso de Gomina o Ricibrill y una E bien grande de pañolenci pegada -acaso con broches- en medio del pecho. El rompevientos -así se llamaban los inevitables buzos azules de gimnasia de entonces- está algo descolorido y los pantalones abombachados se le ajustan a la cintura un poco demasiado arriba, le dan un aire ridículo. El equipo, los colores del equipo que enfrenta a la cámara en dos niveles -atrás y de pie, la defensa; abajo y agachados los delanteros del siete al once, y el nueve con la pelota-, no importa demasiado ni viene al caso. Pero la cancha está llena.

- Linda foto -digo, porque es linda foto en serio.

- Psé.

Me muestra otra parecida de esa época, de un diario, y después otra más, posterior, coloreada a mano al estilo fotógrafo de plaza. Ya el equipo es otro y las tribunas detrás, mucho más bajas. El rompevientos -es el mismo, estoy seguro de que es el mismo- está un poco más descolorido.

Pone las tres fotos en fila y me dice, me sorprende:

- No estoy.

- Cómo que no.

Y por toda respuesta, contra toda evidencia, pone el dedo en el epígrafe, va de jugador en jugador, de nombre en nombre, y el suyo en todos los casos brilla -como el Ricibrill- por su ausencia.

- No era costumbre, supongo -y me siento estúpido.

- No era el tiempo, todavía -recuerda sin ira.

- Claro.

Él sigue revolviendo, elige y me alcanza. Y yo pienso que ese hombre de destino lateral, anónimo adosado al margen del grupo de los actores con una E grotesca en el uniforme de fajina era casi, para entonces, como un mecánico junto al piloto consagrado, o como el veterano de nariz achatada que se asoma al borde del ring junto al campeón. Su lugar estaba ahí, al ras del pasto; su función se acababa entre semana.

- No era el tiempo todavía -repite.

Y sabe que llegó empírico y temprano y se metió de costado en la foto en que salió borrado.

- En esa época había pedicuros, dentistas, porteros... -dice de pronto con extraño énfasis-. Era el nombre de lo que hacían. Ahora les dicen podólogos, odontólogos, encargados... Esas boludeces, como si fuera más prestigioso... Y yo era entrenador.

- No director técnico.

- Pts... Ni me hable, por favor... -y se le escapa cierta furia sorda, muy masticada.

- No le hablo. Tiene razón.

Compartimos en silencio certezas menores, módicos resentimientos.

- Vinieron con la exigencia de diploma -dice de pronto.

- Claro.

Me sumo a su fastidio y de ahí saltamos a desmenuzar los detalles, el contraste: el banquito con techo, el verso táctico, el vestuario aparatoso y la pilcha elegida para salir el domingo, esa que nunca se puso. Cuando quiero atenuar tanta simpleza sin lastimarlo, se me adelanta:

- Le digo: no se lo cambio.

- Le creo.

En eso, los primeros padres que vienen a recoger a sus niños irrumpen en el dormitorio y entre disculpas se llevan los pulóveres, las camperas apiladas sobre la cama grande. Entra la mujer de mi amigo, incluso.

- Ah, papá... estabas acá -y suspira como si encontrarlo en una casa de tres habitaciones fuera un trabajo-. Y siempre con esas cosas viejas. Sabés que no te hace bien.

Ella me mira como si yo tuviera alguna culpa que sin duda tengo y se lo lleva, lo saca de la vieja cancha despoblada para que vaya a saludar a alguien que se va o se sume para la foto con la nieta que -lo sé- no le interesa. El veterano me mira resignado. -Ha sido un gusto.

Asiente y se lo llevan. Apenas se resiste.

Me quedo solo y guardo las viejas revistas que han quedado abiertas sin pudor ni consuelo. No es cuestión de que cualquiera meta mano ahí. Después busco mi propio abrigo y escucho los ruidosos comentarios del living. Me imagino que para las fotos familiares el viejo se debería poner una remera grande con la letra A de Abuelo, para que al menos alguno pregunte quién es.

Pero no me quedo para verificarlo. Me basta con sentir o imaginar que he conocido al último entrenador.

¡Atajó Roma! (Aldo Riera)

Si sabes encontrar el triunfo tras la derrota,
y recibir a estos dos mentirosos con el mismo
gesto, si puedes conservar tu coraje y tu
cabeza cuando todos los demás la pierdan,
entonces los reyes, los dioses, la suerte,
la victoria serán para siempre tus esclavos
sumisos y, lo que vale más que los reyes
y la gloria, serás un hombre, hijo mío.

RUDYARD

KIPLING

- ¡Hola, hola, probando!

José Bolzoni, don Pepe para el barrio, está probando los parlantes para transmitir la carrera.

Sí, otra vez carreras de bicicletas y el barrio está de fiesta. La Sociedad de Fomento organiza.

El micrófono conectado a la consola, los cables en su lugar, en minutos todo estará listo, con tiempo y a la perfección, como a él le gusta. No deja nada librado al azar. Es un perfeccionista, tiene experiencia, esta es la centésima carrera que va a transmitir. Una bocina colgada de cada plátano y las tres cuadras principales tendrán información. Todo está saliendo a pedir de boca.

Las densas nubes que se habían juntado en el poniente a las primeras horas de la mañana se van disipando. No lloverá, les espera otro día bochornoso de calor. La champion tapó los pozos. El regador por la tarde humedecerá la tierra, solo falta eso. Lo demás todo listo. Pero Pepe no está conforme, esa tarde tiene otra cita impostergable, esa tarde Boca puede asegurarse el campeonato; está aun punto de River; al que debe enfrentar hoy, ¡el clásico nada menos! El partido del siglo, exageraba la prensa capitalina. Ganar y la gloria.

El partido comenzará a las cinco, la carrera también. Lo que dura el partido, durará la carrera. Imposible escucharlo; estaba realmente malhumorado. No concebía a Boca jugándose un campeonato y él ausente, aunque solo fuera como oyente. La solución se la dio su sobrino Ricardo.

Rolando Narciso Rivero echa el agua de la palangana sobre su cabeza calva, no ha podido dormir la siesta, las sábanas se le pegaban en su piel lampiña, el calor es insoportable. Pero este hecho no lo ha puesto mal. Está feliz; debuta después de un centenar de carreras. Sí, debuta con la famosa bicicleta del Pescado Gaveglio, recientemente retirado, que con dolor y por necesidad tuvo que venderla. Aquella, casi una leyenda, la que encontró en un basural y con paciencia y artesanía puso competitiva. La que lo llevó a destacadas actuaciones por las rutas nacionales. Grande fue el esfuerzo de Rolando Narciso, pesito a pesito fue juntando con horas extras y changas. Y por fin se le cumplió su sueño. Hoy es el día. Hoy se va a prender con los Uturriaga, los Lomónaco, los Impala, en fin, con los líderes de la categoría.

Está lleno de expectativa y ansiedad. Se seca la cabeza con una toalla, arranca del almanaque el día 8, hoy es el día 9 de Diciembre de 1962, Boca puede ser La tierra, solo falta eso. Lo demás todo listo. Pero Pepe no está conforme, esa tarde tiene otra cita impostergable, esa tarde Boca puede asegurarse el campeonato; está aun punto de River; al que debe enfrentar hoy, ¡el clásico nada menos! El partido del siglo, exageraba la prensa capitalina. Ganar y la gloria. El partido comenzará a las cinco, la carrera también. Lo que dura el partido, durará la carrera. Imposible escucharlo; estaba realmente malhumorado. No concebía a Boca jugándose un campeonato y él ausente, aunque solo fuera como oyente. La solución se la dio su sobrino Ricardo.

Rolando Narciso Rivero echa el agua de la palangana sobre su cabeza calva, no ha podido dormir la siesta, las sábanas se le pegaban en su piel lampiña, el calor es insoportable. Pero este hecho no lo ha puesto mal. Está feliz; debuta después de un centenar de carreras. Sí, debuta con la famosa bicicleta del Pescado Gaveglio, recientemente retirado, que con dolor y por necesidad tuvo que venderla. Aquella, casi una leyenda, la que encontró en un basural y con paciencia y artesanía puso competitiva. La que lo llevó a destacadas actuaciones por las rutas nacionales.

Grande fue el esfuerzo de Rolando Narciso, pesito a pesito fue juntando con horas extras y changas. Y por fin se le cumplió su sueño. Hoy es el día. Hoy se va a prender con los Uturriaga, los Lomónaco, los Impala, en fin, con los líderes de la

categoría. Está lleno de expectativa y ansiedad. Se seca la cabeza con una toalla, arranca del almanaque el día 8, hoy es el día 9 de Diciembre de 1962, Boca puede ser campeón, a él no le preocupa, ni le interesa. Solo piensa en ganar, ha participado en más de cien eventos y nunca ha ganado, pero ahora no es una utopía pensar en un triunfo. Por primera vez tiene máquina para pelearles a los más encumbrados de la Tercera Libre. Le puso grafito al piñón, la rueda giró y giró libremente durante largos minutos. ¡Es una maravilla!, está conforme. Se ató el pañuelo en la frente. Un beso a Matilde. "Que triunfe, hijo", su deseo de madre, "pero en caso contrario, recíbalo con el mismo gesto", y con ternura la anciana completa el consejo, "Serás un hombre, hijo mío". Le abre la precaria puerta; Rolando Narciso Rivero (Revire, para los muchachos del ambiente, apodo que se ganó por méritos propios, pues sus reacciones eran un tanto díscolas) salió del interior de la casucha montado en su máquina, parado sobre los pedales, balanceándose, camino a la gloria. Su madre se queda con el brazo levantado despidiéndolo hasta que se pierde en el fondo de la calle polvorienta. Será una sorpresa para todos, está seguro.

Un mundo de gente alborotada en derredor del palco. Por los parlantes el dúo Gardel-Razzano y sus guitarras amenizan. El sol cae a plomo, insoportable, no importa; un sombrero, una gorra, un pañuelo, una sombrilla y el entusiasmo por ver el espectáculo lo aplacan. Don Pepe, con la radio a válvulas al hombro, llega al palco.

- Mi sobrino es un genio. El transmitirá la carrera, el gordo Muñoz el partido y todos felices.

Marino Castellani, una gloria del pedal de las décadas de los cuarenta y cincuenta, bajó la bandera a cuadros y...

- ¡Largaron! -gritó el viejo Bolzoni.

Nai Foino, pitó con energía.

- ¡Comenzó el clásico! -tronó la voz del Gordo Muñoz- ¡Valentín para el Beto Menéndez! -pero no se escuchó, la radio bajita para que no interfiriera en sus relatos.

- ¡Y, allá se va el pelotón, en busca de la grandeza que solo uno logrará. Son treinta pasiones, son treinta almas que ansiosas pedalean hacia la gloria! ¡Se pierden en el fondo de la recta! ¡Señores y señoras! acaban de presenciar la largada

de la tercera edición de la vuelta del barrio Emilio Mitre, que organiza la Sociedad de Fomento. La Tercera Libre está en carrera; disputan el trofeo "Joyería Biondini". Don Miguel Difeo, representante de la firma, se ha hecho presente y él mismo en persona hará entrega en mano al ganador este bonito trofeo que ustedes están visualizando, aquí mismo en este palco.

Eufórico Pepe, en su lenguaje tan personal, transmite los primeros minutos del evento. Con sus gritos tapa la voz de Muñoz, que es difundida por el receptor casi sin volumen.

- Doblaron en la esquina de Irigoyen y avenida La Plata, Aquiles Tonarelli marcha en punta, muy de cerca lo escolta Felipe Impala, su compañero de equipo. Atrás los hermanos Cottini, luego el pelotón como un enjambre de abejas.

A Rolando Narciso Rivero el sudor se le desliza por la frente, el pañuelo que le hace de vincha se empapa, los lentes ahumados le cortan los reflejos. Está último, ni se da cuenta, está tan concentrado, tan poseído, solo piensa en su carrera. Me mantendré expectante, debo sorprenderlos, planea su estrategia.

- ¡Centro laaargo de Sarnari, sale Roma y controla bien! -la vieja radio a válvulas sobre la mesa con el volumen muy bajo; Muñoz, relata, don Pepe no la escucha.

- ¡Caballero quiere vestir elegante y distinguido, un traje a su medida, Casa Rizzo el as de la tijera! -los ciclistas transitan la recta opuesta, Rolando Narciso agacha su cabeza calva, los músculos de sus piernas se tensan, la bicicleta se desliza con una velocidad increíble, es liviana, una pluma, está sorprendido, es bárbara.

- ¡Su Paperino lo espera en Casa Meypa, la moto del futuro! ¡Panadería La Equidad!; el petiso Conti, un amigo que aquí lo visualizo y saludo, le llevará el pan calentito a la puerta de su casa, patrona. El panadero con un gesto le devuelve la atención.

- ¡Allá vienen, allá vienen! -gritó el público, los corredores han doblado y enfilan por la recta principal.

- ¡Aquiles, el eterno Aquiles, comanda el pelotón, Impala, su compañero de equipo, le cuida la espalda; los siguen el Claro Cottini, atrás, su hermano Tarcisio, Cucaracha para todos; marchan bien los lecheros, después viene Jesús Domínguez,

siempre firme con su piñón fijo, en tenaz persecución, el Nato Becerra, atrás de este Luisito Uturriaga, ganador de la última edición; luego muy juntitos vienen Mediasuela Jiménez y el Ladrillo Minervino, representante de Chacabuco... cierra el pelotón el Pelado Rivero.

Si una virtud tenía el Pepe, era lo claro y ligero que transmitía, habilidad de nombrar a todos los integrantes del pelotón sin equivocarse nunca en los puestos que cada uno llevaba al cruzar frente al palco. Tanta era su seguridad que los organizadores recurrían a él cuando había duda en alguna clasificación final. Y ya se había hecho costumbre pues el planillero oficial, don Prudencio Dell' Gesso, no solo estaba viejo, sino que a causa de las cataratas estaba prácticamente ciego, y por el respeto a su larga trayectoria no lo desplazaban del puesto.

Sin grandes variantes transcurrieron las primeras vueltas. Pepe alternaba transmisión y publicidad, una cobertura muy profesional. Pero del partido, nada. Boca se iba con todo sobre el arco de Amadeo Carrizo. Muñoz, lo gritaba cada vez más fuerte, como para que Pepe lo escuchara. Pero éste no, seguía con la transmisión. Cuarenta segundos de relato, cuando pasaban frente al palco, un minuto de propaganda cuando los ciclistas transitaban la recta opuesta. Pero no aguantó más, perdió la paciencia. Entonces conectó la radio al equipo, y por los amplificadores, se empezó a escuchar la estridente voz del gordo Muñoz. El público lo recibió con una gran algarabía.

- Los anunciantes comprenderán, que me perdonen. En la quinta vuelta los hermanos Cottini se escaparon del pelotón y se mandaron a mudar. Van nueve minutos de carrera.

- ¡Aquí pasan los Cottini, en punta! ¿Aguantarán el ritmo? Los persiguen, Impala, Aquiles, Luisito Uturriaga, el Omar Lomónaco, el Jesús, Ladrillo Minervino, Becerra, Gardenia, Mediasuela, De Biasi, Azcurra, Linares, el Pingüino Broggi, Chumillo, Crisanfulli, y... cerrando el pelotón el Pelado Rivero.

Y Rolando Narciso piensa, todo va bien, las gotas de sudor se deslizan por su cráneo brillante y mueren indefectiblemente en su pañuelo anudado.

Y en la repleta Bombonera: Primer tiempo minuto nueve.

- Pelotazo del Beto, para el pibe Pezzi, que lo deja solo frente a Carrizo, ¡tapa el arquero! -el gordo a voz en cuello, hace que los de River festejen a la distancia.

Rolando Narciso alarga las pedaleadas, la bici se desliza en la tierra, como pejerrey en la laguna. Se da cuenta que le sobra máquina, está tranquilo, no siente el esfuerzo, espera el momento.

Entran en la octava vuelta y los hermanos, abdican ante la tenaz persecución del pelotón, van catorce minutos de carrera.

- 1º Uturriaga, 2º Impala, 3º Tonarelli, 4º Becerra, 5º Lomónaco, luego vienen el Aldo Chumillo, el Ladrillo, Gardenia, Jesús Domínguez, Claro y Cucaracha Cottini, Mediasuela, De Biasi, Azcurra, Linares, el Pingüino, el pibe Crisanfulli, y... cerrando el pelotón, el Pelado Revire, perdón Rivero.

- ¡Catorce minutos, pared de Pueblas y Menéndez, toque para Valentín! ¡Ditro que queda en el camino, el brasileño en posición de gol, sale Amadeo lo engancha! ¡Penal! ¡Penal! ¡Claro penal! José María Muñoz le pone emoción a uno de los momentos culminantes del partido.

- No le quedaba otra al excelente arquero, era penal o gol. La pena máxima siempre da una posibilidad más. Enzo Ardigó y su criterioso comentario. Silencio total en el barrio.

- El mismo Valentín lo va a ejecutar. ¡Toma carrera, tiraaa... gol, gol, gol, goool de Boocaa...! -por las bocinas se difunde el gol. ¡Gool de Boca! todos se llenan la boca de gol; nadie le presta atención a Aldo Chumillo, que ha comenzado a comandar la carrera.

¡Boca, Boca, Boca, para todo el mundo!

Es una topadora, su andar es firme y sostenido! Este grandote de gran porte y mucha polenta que es el Aldo, se ha cortado del pelotón y es el nuevo puntero. Veremos cuál será la reacción del resto. ¡Gana Boca viejo y peludo nomás!

Respira con ritmo, se siente bien, su corazón acelerado pero sin sobresaltos, le dice que esta es su carrera. Está último como de costumbre, pero en otras ocasiones ya las piernas le han aflojado. Hoy no, está entero. Rolando Narciso espera su momento.

- Fue un tiempo de poco fútbol, River no apareció. Sarnari no tuvo las luces prendidas, Delem deambuló por el medio campo sin poder hacerse de la pelota. Rattín y Gonzalito conduciendo a un Boca que, con más garra que fútbol, empujó

dentro de su área a un River timorato y sin ideas. Merecido el uno a cero y el resultado no fue más abultado gracias al gran Amadeo, que como es su hábito siempre respondió con solvencia. Pero ya nadie escucha a Ardigó. Don Pepe ha bajado el volumen y comienza a ponerse al día con los anunciantes.

- Su Roma Sport está en Casa Carballeira. ¡Olvídese del carbón, la leña y el kerosén, sea moderna, patrona! Ahora, gas en garrafas en Casa Richelmini Hermanos.

El Aldo Chumillo les ha sacado más de trescientos metros de ventaja, siempre firme en el pedal -Bolzoni, transmite la carrera-.

Vuelta cuarenta y cinco, comienza el segundo tiempo, Aldo Chumillo pasa frente al palco oficial, lleva el pie estirado, a los pocos metros salta de la bicicleta, siempre con la pierna tensa, un calambre lo ha dejado fuera de carrera.

¡Se quedó el grandote, se quedó Chumillo!, ahora la punta es del Ñato Becerra, 2º Tonarelli, 3º Uturriaga, 4º Impala, 5º Minervino, 6º Gardenia, luego Lomónaco, De Biasi, Jiménez, Domínguez, Azcurra, Crisanfulli, Broggi, Linares, los lecheros Cottini que se van quedando, y... cerrando el pelotón, el Pelado Rivero.

- Este segundo tiempo no tiene nada que ver con el primero. River ha dado un vuelco total a las acciones. Delem se ha transformado en la figura del partido... se ha juntado con Pando y Sarnari y se han adueñado del medio campo. Enzo Ardigó comenta las vicisitudes del clásico. -Van treinta minutos; River está cerca del empate -los boquenses sufren, la carrera continúa.

- ¡Uturriaga es el puntero ahora, el vasquito guapo! Van cincuenta vueltas, a este ritmo, llegarán a completar un total de sesenta. El Ornar Lomónaco se va para arriba, va a ser protagonista, el de Chacabuco también en franca avanzada, el Ñato no le da tregua -Pepe Bolsón comenta las vicisitudes de la competencia-. De estos cuatro saldrá el ganador, estoy seguro -ahora anticipa un pronóstico-. Luego vienen Aquiles, el Chiche Impala, Gardenia, Crisanfulli, Di Biase, Mediasuela, Azcurra, Broggi, Linares, Piñón Fijo, el Claro, el otro Cottini, Cucaracha ha abandonado y... cerrando el pelotón el Pelado Rivero. Faltan quince minutos de carrera y tendrá un desenlace de incógnita.

Pepe se prepara para transmitir un final emocionante.

Al partido también le faltan quince minutos.

- River dominador absoluto, Boca se defiende con garra y entereza, nada está definido, habrá un final de incógnita también -José María Muñoz, le pone cada vez más énfasis, para un final emocionante.

Ya pasaron las dieciocho y treinta. ¡Es el momento! Piensa Rolando Narciso. Solo depende de mí, una hora y media de carrera, y es como si recién hubiera largado, no he sentido el esfuerzo. Es la máquina, estoy entero. ¡Ahí voy! Hundió el pie izquierdo en el pedal y luego el derecho, y otra vez el izquierdo, agachó la cabeza, le puso toda su fuerza, le puso toda su alma.

Los tomadores de puesto se fueron preparando, tres vueltas más, y se cumple la hora de llegada. A la vuelta sesenta se define, ya no hay dudas. A Claro Cottini le pasó como un poste. Linares, Azcurra y Mediasuela, también fueron superados. Ahora Rolando Narciso busca a los punteros. Tengo aire, firmes las piernas, me sobra máquina. Sigue pasando rivales. ¡Esta carrera es mía! ¡Es mía! El pelotón enfila la última recta.

¡Ahí viene el pelotón, los corredores están por entrar en la última vuelta! ¡Última vuelta! ¡Campana de última vuelta! -grita don Pepe y clasifica-: 1º Uturriaga, 2º Lomónaco, 3º Becerra, 4º Minervino, 5º Gardenia, 6º Crisanfulli, y luego una sorpresa, Rolando Rivero, el pelado. Han quedado atrás, Aquiles, el Chiche, el Pingüino, Piñón Fijo Domínguez, Mediasuela, Azcurra, Linares y... cerrando el pelotón, el Claro Cottini. -Ha sonado la campana, los tomadores de puesto han clasificado, cotejan los puestos están de acuerdo.

El público se aprieta para ver -¡Un final ELECTRIZANTE! -enfatisa el relator-. El vasquito al frente, el Omar no le da tregua. Final abierto, nadie se pudo escapar del pelotón. Sorprendente lo del pibe Crisanfulli, en su avanzada, pero más sorprendente aún lo del pelado Revire, perdón, Rivero, que desde el fondo del pelotón se ha encaramado entre los punteros, pero lamentablemente no le va a alcanzar.

Nai Foino da tres minutos de descuento. Una eternidad piensa Pepe, pero mejor, la carrera terminará antes, la podré transmitir, luego disfrutaremos del triunfo de Boca, se consuela.

- Van cuarenta y tres minutos, este resultado se está haciendo insostenible para Boca, River carga con todo. Delem para Roberto, toque para Artime, que pisa

el área, el Cholo Simeone se le tira atrás, ¡Penal!, ¡penal! -grita Muñoz, las bocinas aturden. Silencio helado en la tarde tropical del barrio.

Primero Crisanfulli y luego Gardenia, no le hacen resistencia en la curva opuesta. Faltan solamente ochocientos metros, ahora Rolando Narciso, va en busca de los punteros. ¡Es mía! ¡Es mía!

Pepe también se quedó mudo. Ya estaba, dos minutos y ya estaba, se lamenta. Adiós campeonato.

Van por avenida República, las cabezas gachas, los lomos inflados, las piernas tensas, los corazones acelerados, nadie afloja. FINAL ELECTRIZANTE, al que ya nadie le presta atención, todos atentos a los parlantes que cuelgan de los árboles.

Última curva, último esfuerzo. Las gotas de sudor le bajan por la frente, el pañuelo se ha saturado, ya no las contiene, le arden los ojos. Los punteros están rueda a rueda; Rolando Narciso, media bici atrás. El pasacalle anuncia LLEGADA, es lo último que ve, cierra los ojos, aprieta los dientes. Va por la gloria. Uturriaga, Lomónaco, Becerra y ahora él también rueda a rueda.

Pepe los ve venir pero no reacciona, está totalmente compenetrado en el relato de Muñoz.

- Toma carrera Delem, tirooo... ATAJÓ ROMA! ¡ATAJÓ ROMA! Una explosión de júbilo y algarabía en el barrio. Don Pepe arrojó su sombrero al aire. Empezó a gritar como un energúmeno: -¡Atajó Roma! ¡Atajó Roma! Los cuatro ciclistas cruzaron la meta, pegados.

Los controladores se abrazaban entre sí, nada controlaron. Atrás el pelotón como un enjambre. Cuando le preguntaron a don Pepe, el partido había finalizado y contestó ¡Ganó Boca! ¡Ganó Boca! La decisión fue salomónica, clasificaron como pasaron en la vuelta anterior, la cincuenta y nueve. Coronaron a Luisito Uturriaga. Miguel Difeo, emocionado le entregó el trofeo. Nunca nadie supo quién ganó verdaderamente esa carrera.

¡Dale campeón, dale campeón! La barra de Boca, en una chatita de Ford 'A' embanderada de azul y oro, lenta y ruidosamente cruzaba por la plaza principal.

- ¿Quién es ese?, ¿está loco?

Un pelado, totalmente desnudo, izaba su bicicleta en el mástil junto a la enseña patria.

- Es Revire, un tumbado, es corredor de bicicleta, un crudo, jamás ganó una carrera. Se volvió loco del todo.

La chatita siempre lenta y con su barra bullanguera se fue hacia el centro de la ciudad a completar los festejos. Las bombas estallan a lo lejos. Los últimos rayos del sol se reflejaban en su cuerpo lampiño y transpirado.

La ambulancia del Hospital Regional lo vino a buscar.

Este cuento está dedicado, a todos aquellos

que nunca ganaron y que siempre hicieron

deporte por amor a éste.

(Tomado del libro "El fútbol chico y el fútbol grande", Buenos Aires, 2003, edición del autor)

Relatores (Alejandro Dolina)

Los griegos creían que las cosas ocurrían para que los hombres tuvieran algo que cantar. Las guerras, los desencuentros, los amores trágicos, los horrendos crímenes, las gestas heroicas: todo tenía para los dioses impíos el único fin de proporcionarles tema a los cantores. La Historia pone al alcance del menos docto centenares de ejemplos de relatos que fueron más ilustres que los sucesos narrados.

Resulta difícil concebir una idea más triste del destino humano. Sin embargo, a los juglares, cantores, cronistas y narradores de cuentos les complace pensar que el mundo se mueve para favorecerlos en su oficio.

Héctor Bandarelli, el relator deportivo de Flores, creyó pertenecer a la estirpe de Homero. Durante toda su vida se esforzó para que la narración deportiva alcanzara las alturas artísticas de la épica.

En sus comienzos, Bandarelli hizo algo que nadie había hecho antes. Siendo entrea la izquierdo del equipo de Empalme San Vicente, acostumbraba relatar los partidos que él mismo jugaba. Era héroe y juglar, Aquiles y Homero, Eneas y Virgilio.

Según dicen, no era del todo imparcial en sus narraciones. Cuando se hacía de la pelota, comenzaba a elogiar su propia jugada.

- Extraordinario, Bandarelli avanza en forma espectacular.

Muchas veces, por elegir las palabras e impostar la voz, se perdía goles cantados. Cantados incluso por el mismo.

A medida que pasaba el tiempo, el relator iba superando al jugador. Algunos viejos que lo vieron jugar cuentan que pasaba la mayor parte del tiempo parado en el medio de la cancha, relatando, casi sin tocar la pelota.

Finalmente fue excluido del equipo. Sin rencor ni tristeza, siguió acompañando las modestas giras del Empalme San Vicente, solo para relatar desde un costado de la cancha el partido que jugaban sus antiguos compañeros. Lo hacía sin micrófono y sin radio, de modo que nadie lo escuchaba, salvo algún wing peregrino que alcanzaba a oír de paso su voz emocionada.

Después, según se sabe, el Empalme San Vicente dejó de jugar y sus futbolistas pasaron a integrar otros equipos.

Y en ese momento, cuando todo hacía sospechar la decadencia de Bandarelli, el hombre dio un paso genial: descubrió que su narración no necesitaba de un partido real. Era posible relatar partidos imaginarios, hijos de su fantasía.

Parece una evolución previsible: los antiguos poetas cantaban hazañas más o menos reales. Después las inventaron.

Lo mismo sucedió con Bandarelli. Y al no tener que ceñirse al rigor de los hechos ciertos, los partidos que relataba empezaron a mejorar: se lograban goles estupendos, los delanteros eludían docenas de rivales, había disparos desde cincuenta metros, los arqueros volaban como pájaros, se producían incidentes cruentos, los árbitros cometían errores perversos. De a poco, el artista fue incorporando elementos más complejos a su obra. El tiempo, por ejemplo, manejado en un principio de un modo convencional, pasó a tener durante el

apogeo de Bandarelli un carácter artístico y psicológico. Los partidos podían durar un minuto o tres horas.

Algunas veces, el relator omitía cantar un gol, pero daba claves y mensajes sutiles para que el oyente descubriera la terrible existencia del gol no cantado. Aparecían, cada tanto, unas historias laterales que provocaban un falso aburrimiento, que no era sino una trampa para mejor asestar la alevosa puñalada del gol sorpresivo.

Todos recuerdan el famoso partido Boca-Alumni que Bandarelli relató en un asado del club Claridad de Ciudadela. En esta obra mezcló jugadores actuales con glorias de nuestro pasado futbolístico. Los viejos hacían fuerza por Alumni, los más jóvenes por Boca. Ganó Alumni, pero en su magistral narración, Bandarelli dejó caer -con toda sutileza- la sensación de que los boquenses, por respeto a la tradición, se habían dejado ganar.

Las audiencias de Bandarelli no siempre fueron numerosas. Algunos partidos los relató solo, en una mesa del bar "La Perla" de Flores, ante el estupor de los mozos y parroquianos. Pero poco a poco, los muchachones del barrio fueron descubriendo sus méritos y con el tiempo hubo quienes prefirieron escucharlo a él antes que ir a la cancha.

En 1965, Héctor Bandarelli organizó su campeonato paralelo de fútbol. Todos los domingos narraba el encuentro principal, mientras un colaborador lo interrumpía para comunicar lo que sucedía en el resto de los partidos.

Algunas firmas comerciales de Flores lo ayudaron a solventar los nulos gastos del certamen a cambio de avisos publicitarios.

Las narraciones tenían lugar en la puerta de la casa de Bandarelli y, cuando llovía, en la cocina. Hay que decir que el relator poeta nunca trabajó para ninguna emisora y jamás utilizó micrófono, salvo en la grabación que realizara del segundo tiempo de Barracas Central-Barcelona, ya en el final de su carrera.

El campeonato paralelo terminó en un desastre. El artista no tuvo mejor ocurrencia que sacar campeón a Unión de Santa Fe y mandar al descenso a River, lo que irritó a muchas personas, que hasta llegaron a agredir a Bandarelli.

Pero todos los que saben algo del relator coinciden en afirmar que su mejor partido fue Alemania-Villa Dálmine, relatado en el Colegio Alemán de la calle José

Hernández, a pedido de la Asociación Cooperadora.

Ese encuentro fue un verdadero canto a la hermandad entre los hombres. Los zagueros entregaban banderines a los delanteros rivales en cada jugada. El árbitro abrazaba llorando a los futbolistas que quedaban en offside. Los de Villa Dálmine hicieron una suelta de palomas celestes y blancas a los quince minutos del segundo tiempo para celebrar el segundo gol de la selección alemana. En el final, todos se abrazaron e intercambiaron obsequios.

Fue inolvidable. En el Colegio Alemán, los padres lloraban de emoción añorando la tierra de sus antepasados. Algunos miembros de la Asociación Cooperadora le pidieron a Bandarelli que volviera a relatar el encuentro en diferido, pero el artista se negó.

En el esplendor de su actividad, tal vez advirtiendo el carácter efímero de su obra, resolvió escribir libretos detallados que luego archivaba prolijamente. Desgraciadamente, sus familiares quemaron este valiosísimo cor-pus argumentando que juntaba mugre. Nos queda apenas un breve fragmento, correspondiente al encuentro Boca Juniors 3-Vélez Sarsfield 3.

"Solidario, agradecido, ayuno de envidias, Javier Ambrois entrega la pelota a Nardiello. El viento agita las banderas en los mástiles de la Vuelta de Rocha. Nardiello tira un centro rasante... Arremete J. J. Rodríguez, pero ya es tarde... tarde para remediar los errores del pasado... tarde para volver a unos brazos que ya no nos esperan... Ya es tarde para todo."

Según sus seguidores, el libreto le quitaba frescura a Bandarelli y -como hemos visto- recargaba un tanto su estilo.

Un día desapareció. Algunos dicen que se mudó, o que se murió, es lo mismo. La gente volvió a preferir los partidos sonantes y contantes de la radio.

Los relatores de hoy tienen la posibilidad de seguir al maestro e intentar la ficción y la fantasía en sus narraciones. ¿Por qué depender de la actuación, muchas veces mediocre, de los futbolistas? ¿Por qué no crear con la voz jugadas más perfectas? ¿Por qué no dar nacimiento a deportistas nobles, diestros y mágicos que nos emocionen más que los reales?

Se puede ir más allá. Todo el periodismo podría tener un carácter fantástico y abandonar los vulgares hechos de la realidad para aludir a sucesos imaginarios:

conflictos, tratados, discursos, crímenes e inauguraciones de ilusión.

En este último instante comprendo que nadie me asegura que estos artistas no existen ya. Tal vez, todo cuanto uno lee en los diarios no es otra cosa que un invento del periodismo de ficción.

Sin embargo, esta clase de incredulidad conduce a sospechar la falsedad del Universo mismo. Suspendamos semejante astucia porque algunos hasta podrían pensar que el propio Bandarelli es imaginario y sus partidos, sombras de una sombra.

(Tomado de "El libro del fantasma", Buenos Aires, Booket, 2005)

Goles (Antonio Dal Masetto)

Un recuerdo de hace años.

Estoy en un tren suburbano que salió de Retiro con veinte minutos de atraso y en la primera estación vuelve a detenerse unos quince más. Los pasajeros comentan en voz alta, protestan. El único que parece no darse cuenta de nada es el flaco de piernas largas que está sentado frente a mí. Mantiene la radio portátil pegada a la oreja, escucha un partido de fútbol. Mira a través de la ventanilla y llora. Lloro en silencio, sin gestos, inexpresivo. Las lágrimas ruedan por las mejillas y van a mojar la remera color crema.

Termina el primer tiempo y apoya la radio sobre el asiento. Advierte que lo estoy observando.

- Qué grande -dice.

- ¿Qué cosa? -pregunto.

- El Bocha. Grande, grande. Bochini es lo máximo.

Saca un pañuelo y se seca los ojos.

- Siempre me hace llorar.

Suspira. Se sopla la nariz. Guarda el pañuelo en el bolsillo de la campera.

- La primera vez que lloré fue en mil novecientos setenta y tres. Esa tarde me escapé de la escuela y fui a ver por televisión el partido de Independiente con la Juventus. Jugaban en Roma. Los rojos iban en busca del título mundial. Veintiocho de Noviembre de mil novecientos setenta y tres. Faltaban unos quince minutos para que terminara el partido, menos de quince, y de pronto apareció el Bocha, agarró la pelota y no lo paró nadie, se fue solito hasta el fondo del arco de los tanos.

Se cierra la campera, se frota los brazos con fuerza.

- Cada vez que empiezo a hablar del Bocha y de Independiente me dan escalofríos.

Se para, golpea los tacos de los zapatos contra el piso, se despereza, vuelve a sentarse.

- Poco después de aquel partido con la Juventus tuve la suerte de conocerlo personalmente al Bocha. Mi padrino, el primero que me llevó a una cancha, el que me enseñó a amar a los rojos, me lo presentó en los vestuarios del club. Yo tenía doce años, el Bocha diecinueve. Fue algo increíble. Desde entonces jamás le fallé un partido. Voy de cualquier manera. A menos que jueguen afuera, como hoy. Bochini es único, el más grande, un adelantado.

El tren arranca y se detiene apenas salido de la estación. Se oyen las voces indignadas de los pasajeros.

- Tengo un amigo, un tipo grande, siempre me dice que De la Mata era mejor. Me cuenta cómo una vez, en la cancha de River, se apiló a siete y se la mandó a guardar. Yo no le discuto, pero después del triunfo con Estudiantes en la copa, cuatro a uno, lo encontré y lo paré en seco: "Ya sé, ya sé, no me digas nada, De la Mata era mejor, pero ayer Dios se puso la camiseta número diez y goleamos".

El tren da marcha atrás y regresa a la estación. Algunos pasajeros bajan, se juntan en el andén y tratan de averiguar qué está pasando.

- Y aquella noche del verano del setenta y ocho, jugábamos con Talleres, habíamos quedado con ocho hombres, y de pronto, cuando ya estábamos resignados, cuando todo parecía perdido, apareció el genio del Bocha. Lloré.

Después vino la final del setenta y nueve, con River, y el Bocha se mandó dos goles. Dos. Y de nuevo lloré. Me acuerdo de otro gol para la historia, en el Monumental, perdíamos uno a cero, Bochini la agarró en nuestra área, el área del río, y se la llevó hasta el otro arco: uno a uno. En un ratito ya estábamos ganando dos a uno. Y otra vez a llorar.

Saca el pañuelo y se lo pasa por los ojos.

- Mi mamá se preguntaba por qué lloraba cada vez que ganaba Independiente y me mandó al psicoanalista. Pero nadie podía entender, ni mi vieja, ni el psicoanalista, ni los amigos, ni mi novia, que me dejó porque no aceptaba mi compromiso de los domingos con Independiente. ¿Cómo se hace para explicar ciertas cosas? Para ellos no significa nada que mi apellido tenga trece letras, igual que Independiente, o que el Bocha sea de mi mismo signo.

Se oye el silbato del guarda. Los pasajeros que habían bajado al andén se apresuran a subir.

- Cuando mi padrino se puso mal lo fui a ver a la clínica, no reconocía a nadie, le tomé la mano y me quedé un rato sentado al lado de la cama, le hablé al oído: "Padrino, ayer le ganamos a Ferro y el domingo nos toca con Boca, ya estamos a un punto del primero".

Me levanté para irme, llegué a la puerta y oí la voz de mi padrino que me preguntaba: "Jugamos en Avellaneda o en la Bombonera?". Fueron sus últimas palabras, murió esa noche.

Siguen unos minutos de respetuoso silencio. Una vez más el tren se pone en movimiento, deja atrás la estación, levanta velocidad.

- Ahí empieza el segundo tiempo -dice el flaco.

Se apoya la radio contra la oreja, se acomoda en el asiento y fija la mirada en las grandes nubes blancas inmóviles sobre el horizonte. El flaco se está yendo, me abandona, se va, se fue.

Ese es el recuerdo.

Pienso en la imagen de aquel flaco y, lo mismo que entonces, me digo que quizás, en alguna parte del mundo, también a mí me esté esperando uno de los

tantos paraísos perdidos. El paraíso perdido que me corresponde. En alguna parte. ¿Pero dónde?

(Cuento publicado en "El padre y otras historias", Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 2002)

Del diario íntimo de un chico rubio (Walter Vargas)

El día amaneció lluvioso. Me despertó el ruido de las gruesas gotas cayendo sobre el techo de chapa. Oí a papá levantarse, encender el calentador y poner agua para el mate. Volví a dormirme. Soñé que Estudiantes ganaba, después soñé que perdía, después soñé que empataba, pero era como si hubiera perdido: los jugadores se iban de la cancha llorando. Los hinchas lloraban con ellos y yo lloraba con los hinchas. Me levanté de buen humor, porque comprendí que había sido, apenas, una pesadilla. Papá no había ido al trabajo y eso me alegró. A mamá no. A mamá no le alegró nada. La enfureció. Siempre el mismo, le dijo a papá, buscás cualquier excusa para quedarte leyendo historietas. Papá trató de explicarle que las casas no se construyen con buena voluntad, que cuando llueve no hay Cristo que te salve, la obra se para, mañana será otro día. Mamá dijo que eran puros pretextos, cosas de holgazán. Papá le dijo pensá lo que quieras, yo no soy mago, soy albañil. Mamá masculló no se que cosa. Creí entender que después del almuerzo se iba a visitar a no se cuál hermana. Papá no dijo nada: estaba leyendo el libro de oro de Patoruzú. Cuando lo termines, pásamelo, viejo. El viejo me guiñó un ojo. En eso llegó Felipe, mi hermano mayor. El otro, Osvaldo, no sé dónde andaba, seguro que con su mejor amigo, el Indio Salinas. Mi hermana, Clarita, estaba en la escuela. Jamás falta. Ni cuando llueve a cántaros y se embarra hasta la que te dije.

Almorzamos mamá, papá, Felipe y yo. Mamá hizo revoltijo de papa, huevo y zapallito. El revoltijo no me gusta, pero es preferible a la polenta, que me gusta menos que el revoltijo. Comí igual. Mamá volvió con el asunto de porque papá no fue a trabajar. Siempre con la misma cantinela, vos, contestó papá. Mamá le dijo, maldito el momento en que me casé con un albañil. Yo estaba para otra cosa.

Siempre con la misma cantinela, vos, insistió papá.

Felipe hizo té para cuatro. Raro, muy raro. Felipe jamás hace té, ni para él, ni para nadie. Toma mate, nomás. Se nota que esta vez tenía ganas de tomar té. Hizo

té, Felipe, para cuatro. Papá dijo que no, que no quería, que se iba a dormir la siesta.

Me voy a la esquina, le dije a mamá. Bueno, dijo mamá, vení dame un beso que me voy a la casa de tu tía Negra.

Toqué timbre en el chalet dónde vive el Mono. Es el único chalet del barrio. ¿Cómo será vivir en el chalet?

Salió la mamá del Mono y después salió el Mono. La mamá le dijo te me quedás por acá, nomás. Fimos a jugar al campito de al lado. Hicimos un uno contra uno, arco chico, con la pelota chiquita, de plástico duro, difícil de llevar sobre el pasto mojado. El mono es más grande que yo, yo soy más rápido. El Mono es más fuerte que yo, yo gambeteo mejor. Gané 7 a5, casi siempre le gano. A veces me pregunto si no será que el Mono se deja ganar. Es tan bueno... Que bueno es ese chico, el de los Frattini, ese chico no tiene maldad, dicen en el barrio.

Pero para mí que le gano porque juego mejor que él.

Cuando volvía a casa, mamá no estaba, ni Felipe, ni Osvaldo, ni Clarita, que seguro se había quedado en lo de Susana Bárzola. Papá recién se levantaba de la siesta. Ni bien me vió, me dijo: la radio no anda, se le gastaron las pilas.

Tuve ganas de llorar, pero me las aguanté. No lloré nada. Sabía que papá no tenía plata para comprar pilas nuevas.

¿Y si el partido lo escuchamos en la casa del padrino?

Papá me dijo que no, que el partido iba a terminar muy tarde, que no había que molestar al padrino y a los primos. Y hay mucho barro, agregó.

Me quedé pensativo, triste. Papá me dijo ahora te hago la leche y puso a calentar mate cocido. Cuando puso la tasa sobre la mesa y un pedazo de pan, me dijo quedate tranquilo, Banana, el partido no te lo vas a perder.

Me gusta que papá me llame Banana. Cuando pasa eso lo siento mas cerca, descubro que quiere confortarme y una de sus maneras de confortarme es llamarme Banana, porque sabe que me gusta.

A eso de las ocho vamos a hervir las pilas, prometió papá. Lo abracé y sentí

en el una mezcla de incomodidad y emoción. Después me metí en el cuarto de dormir a leer revistas viejas. Me gusta el olor de las revistas viejas. Y me encanta mirar fotos de futbolistas de otros tiempos, tiempos en los que los futbolistas parecían muy, muy viejos, había muchos con bigotes, había muchos pelados, usaban pantalones largos, casi todos los arqueros usaban gorras.

Le pregunté la hora a papá. Las ocho, me dijo, mientras sacaba las pilas de la radio, las metía en una lata y ponía la lata arriba del brasero.

Al rato llegó mi hermana y preguntó que hay de comer. Papá cayó. Sacó la lata del brasero y en el brasero puso una olla llena de agua. Después agregó un caldo, papas cortadas en cuadraditos y medio paquete de municiones.

Papá secó las pilas con un trapo viejo y las colocó en la radio.

Se va a escuchar, pero muy bajito, vas a tener que ponerte la radio en el oído, Banana, me dijo papá.

Yo le pregunté: ¿Y vos papá? ¿Vos no vas a poder escucharlo?

No importa, vos me contás, Banana, me dijo papá mientras revolvía la olla y Clarita ponía tres platos hondos sobre la mesa.

Otra vez estuve a punto de llorar y otra vez me las aguanté.

Pelota en movimiento, empezó el partido, gritó Muñoz.

Le avisé a papá que había empezado y enseguida le dije gol del Pincha, viejo, Conigliaro de cabeza .

Falta mucho, me dijo papá. Platense tiene buen equipo

Papá tenía razón: al ratito, Platense ganaba dos a uno. Y cuando llegó Felipe y se sentó a tomar la sopa, les conté a los dos que se había lesionado Barale.

Se desarma la defensa, opinó papá. ¿Barale es el cinco?, preguntó Felipe. No, no es el cinco, Barale juega abajo, contesté, ¿no es cierto, papá? Papá hizo que si con la cabeza. A Felipe no le interesa mucho el fútbol. Es de Estudiantes porque si, por tradición. A Osvaldo si que le gusta, pero Osvaldo no estaba, seguro que se había quedado en la casa del Indio Salinas. Clarita no entiende ni jota. Clarita es hincha

de Gimnasia. Y se fue a acostar temprano: tenía miedo de quedarse dormida y perder un día de clase.

Cuando arrancó el segundo tiempo nos fuimos todos al cuarto de dormir. Hacía mucho frío, sacamos todos los sacos viejos del ropero y los pusimos encima de las frazadas. Papá prendió la lámpara y la colgó en un clavo de la pared, arriba de la cama grande. Me metí en mi cama empujando un poco a Clarita. No se despertó. Clarita si que tiene el sueño profundo, comenta, a veces, mamá.

En la otra cama, Felipe se tapó la cabeza y ahí nomás se durmió.

Platense metió el tercero, le dije a papá, al borde del llanto.

Falta mucho, dijo papá. Apagó la lámpara y prendió un cigarrillo. Me gusta el olor de los fósforos Ranchera. Me gusta ver, en la oscuridad, el humo que desprenden los cigarrillos que fuma papá. Papá fuma Clifton.

¿A qué hora viene mami, pá?

Papá no contestó. Después preguntó por el partido:

¿Y, Banana? ¿No mejora la cosa?

No, viejo, le respondí, Muñoz dijo que Estudiantes se salvó providencialmente. Dos veces se salvó. El Flaco Poletti es figura.

Acomodé mi cabeza en la almohada, mirando el techo, los dibujos que siempre hago cuando miro el techo en la oscuridad. De reojo veía a papá, las chispitas de su cigarrillo en cada pitada.

¡Papá papá! ¡Gol del Pincha, Verón, de palomita!

¡Papá, papá! ¡Empatamos! Lo hizo Bilardo.

Pincha corazón, Banana, me dijo papá, y prendió otro cigarrillo.

Pensaba que estaría pensando papá. ¿Estaba preocupado, enojado o que? ¿Y todo eso por el partido?

¡Papá, papá! ¡Penal para el Pincha!

Se lo vamos a ganar a lo macho, pronosticó el viejo. Y ese pronóstico me tranquilizó.

Le conté que Muñoz decía que había cabildeos entre los jugadores de Estudiantes, parecía que nadie quería patear el penal.

Que patee el tordo, dijo papá, como si él decidiera desde ahí, sentado en la cama grande, fumando en la oscuridad. El tordo es Madero, el doctor Raúl Madero.

¡Gol, papá! ¡Estamos cuatro a tres! Lo pateó Madero ¡Pincha corazón!

Pincha corazón, dijo papá, y apagó el cigarrillo.

Le conté que Muñoz decía que faltaban quince.

Labruna es un zorro y Platense tiene un buen equipo, comentó papá, mientras prendía otro cigarrillo.

Papá, ¿vos sabés a qué hora vuelve mami?

Papá preguntó como íbamos, si estábamos aguantando bien, me preguntó que decía Muñoz.

Apoyé la radio más fuerte sobre el oído izquierdo (cambiaba de oído a cada rato: se me cansaban) y le dije que Muñoz decía que Platense estaba dispuesto a vender cara su derrota y que Aguirre Suárez había salvado la valla de Estudiantes en un esfuerzo supremo.

Papá admira la valentía de Aguirre Suárez. Tucumano viejo y peludo, dijo, pero sin euforia. Quise mirarle la cara y se la vi gracias a una chispita del cigarrillo. El viejo estaba preocupado.

Le conté a papa que estaban en el descuento, que un tiro libre de Platense había pasado rozando el vertical derecho, había dicho Muñoz.

No nos empatan más, te lo firmo, dijo papá, y como papá dijo te lo firmo, di por hecho que no nos empataban más, el corazón dejó de retumbar dentro de mi pecho, por un momento sentía que no tenía fuerzas, que me hundía sobre la cama, pero a lo mejor era el elástico que estaba viejo y desvencijado.

¡Ganamos, viejo! ¡Pasamos a la final! ¡Pincha corazón!

Pincha corazón, Banana.

¿Papá?, el domingo es el Día del Niño, ¿no?, le pregunté a papá, pero yo sabía que si, que el domingo es el Día del Niño.

Papá me dijo que si, y yo le dije que no se preocupe por el regalo, porque el regalo me lo van a hacer los jugadores de Estudiantes, que van a ganar la final y seremos campeones por primera vez en la historia.

Papá apagó el cigarrillo, me dijo Pincha corazón, hijo, hasta mañana.

Yo apagué la radio y le dije Pincha corazón, viejo, hasta mañana.

Creo, vieja, que tu hijo la cagó (Jorge Valdano)

Juan Antonio Felpa era de talante tranquilo, pero resolvió asegurarse el sueño de la noche previa a la del día del partido con medio somnífero porque estaba inquieto, y no le faltaba razón. El hábito lo despertó a las siete de la mañana, e instantáneamente un cosquilleo nervioso en el estómago le anunció que era domingo, día de fútbol, y decidió quedarse un poco más en la cama a pensar en el partido. Consumió varios minutos parando penaltis en idénticas versiones. Era su sueño favorito, su fantasía recurrente: 0-0 faltando un minuto y penalti en contra; silencio expectante, miradas de ojos grandes, intuición exacta y él en el aire abrazado a la pelota y otra vez él en el suelo sintiéndose dueño de los aplausos, responsable de la catástrofe diminuta que sufrían las emociones de cientos de aficionados; 0-0 final. A veces imaginaba lo mismo con ventaja de 1-0 para su equipo, pero esa historia le gustaba menos porque tenía que repartir la gloria con el compañero que había marcado el gol. A Juan Antonio Felpa, obrero de Fábricas Unidas y portero del Sportivo Atlético Club, se le dibujaba una sonrisa estúpida cuando paraba penaltis mentalmente, aunque él no se daba cuenta. Se acordó del tiempo con la preocupación de un agricultor; saltó de la cama y se fue hasta la puerta rogando que no lloviera, Aquel 16 de septiembre de 1964, la primavera se había adelantado cinco días al calendario. Era una mañana irreprochable. Ese sol que invitaba a vivir le recordó, la enfermedad de su padre: "Día peronista", hubiera dicho él. Luego pasaría a visitarlo para hacerle olvidar por un rato la tristeza de perderse el clásico. Entró a la humilde cocina a tomarse un té, como era su

costumbre dominguera, sin poder sacarse el partido de la cabeza. Clavó la vista en un poster arrugado de Amadeo Carrizo que había pegado años atrás en la pared. Sin haberlo visto nunca jugar, había sido siempre hinchado del River Plate. Buenos Aires estaba a muchos kilómetros y a muchos pesos de distancia, pero él idealizaba la trayectoria del equipo capitalino y la de su portero legendario a través de la radio y de la revista El Gráfico. Como admirar es identificarse, Felpa se sentía el Carrizo del pueblo, le emulaba algunos gestos y hasta había conseguido una gorra a cuadros parecida a la que el portero riverplatense usaba para defenderse del sol. "Grande maestro", le murmuró Juan Antonio a la foto de Amadeo en el preciso instante en que su mujer, con ojos todavía dormilones, entraba en la cocina:

- Hablás solo.

- No, pensaba.

Recibió el beso cariñoso y joven de Mercedes y los dos hablaron durante largo rato de simples cosas suyas.

Juntos escucharon a Johnny Lambard anunciando el partido: "A las cinco de esta tarde, en el campo comunal, Sportivo y Argentino de Las Parejas se juegan el título de Liga en el partido más esperado del año". Esa voz emotiva, que paseaba en un coche lento y que era ampliada por dos grandes altavoces ubicados sobre el techo, lograba que Felpa se sintiera importante. Piel de gallina se le ponía.

HONOR EN JUEGO

Todavía faltaban cinco partidos para que terminara el campeonato, y los dos equipos que dividían el pueblo -los celestes del Argentino y los verdirrojos del Sportivo- compartían el primer puesto de la Liga Cañadense de Fútbol. Esa tarde ponían el honor y la vergüenza en juego para definir de una vez por todas quién era quién en la Liga.

Desde hacía una semana no se hablaba de otra cosa. Circulaban las apuestas, se espesaban las bromas y los más impacientes ya se habían cruzado algún puñetazo. Estaba clarito en el ambiente que lo que se jugaba era el clásico más importante de los últimos tiempos.

- ¿Qué tal en la fábrica? -preguntó Mercedes.

- Y... esta semana, ya sabés, los muchachos me volvieron loco.

Orgullosa, Juan Antonio le contó a su mujer, entre otras cosas, que el patrón, palmeándole la espalda, le había dicho: "Juan, el domingo te tenés que portar, ¿eh?".

Felpa era un buen tipo, de 26 años, casado no hacía mucho tiempo y con un niño de meses. De gustos sencillos, querido y popular, era de esa clase de hombres que teniendo poco no necesitan más. Se vistió con ropa de domingo, revisó la bolsa de deportes, olió con ganas y sin ruidos la habitación del hijo dormido y se despidió de su mujer sin mucha ceremonia.

En el sanatorio San Luis, sentado en la cama donde convalecía su padre de una operación estomacal, recibió con paciencia consejos futbolísticos. Recordaron aquel día que habían ido a cazar y Juan Antonio, con 10 años, salió corriendo y se tiró de panza sobre una liebre a la que el padre había apuntado y pretendía disparar con su vieja escopeta. La liebre se escapó y el imprudente proyecto de guardameta, que vivía abalanzándose sobre cualquier cosa, recibió una paliza de la que no se olvidaría nunca más. En esa época le empezaron a llamar Gato. Su padre, hombre de carácter fuerte, que amaba al Sportivo con la misma intensidad con que odiaba al Argentino, nunca estuvo de acuerdo con que su hijo fuera portero, y no sólo porque le espantaba las liebres, sino porque siempre había pensado que los porteros eran medio imbéciles. Pero quería tanto a su único hijo que mudó el prejuicio y terminó mirando los partidos desde detrás de la portería, aunque era más lo que molestaba con sus gritos que lo que respaldaba.

En la cama del sanatorio, don Jesús Eladio Felpa se sentía mejor, pero no poder ver ese clásico lo tenía algo excitado. Iba a tener que conformarse con abrir las ventanas de su habitación para interpretar los gritos que Regaran desde la cancha. A 200 metros de distancia era capaz de identificar, aguzando el oído, las jugadas peligrosas, el equipo que dominaba y, sin dudar, a qué equipo pertenecía el gol que se marcaba. Treinta y cinco años viendo al Sportivo le habían enseñado mucho. Su pobre mujer tenía que soportar en silencio el relato aproximado que don Jesús hacía de las jugadas.

Juan Antonio se fue a la sede del club llevándose una última recomendación paterna:

- Métnle cinco goles, así no hablan nunca más.

FABRICAR UN PENALTI

En el camino volvió a fabricar un penalti en la cabeza. Siempre se tiraba hacia la derecha y apresaba entre sus manos el balón que llegaba a media altura. "La esperanza es el sueño de los despiertos", escuchó un día.

En la sede encontró más gente que nunca y un clima prebélico. Las manos se le posaban en los hombros como mariposas brutas y contestó con una sonrisa los comentarios de siempre: "No te preocupes, que hoy ni se acercan...". A las cinco cerrará las persianas, ¿eh?...". "¿A quién le ganaron éstos?"... Llegó a la tranquilidad del restaurante y saludó a sus compañeros, la mayoría de pueblos y ciudades cercanas a los que no veía desde el domingo pasado. Eran buena gente, pero él envidiaba la capacidad que tenía el Argentino para formar jugadores del pueblo. El Tano Perazzi lo explicaba bien: "Los del pueblo juegan por la camiseta, y los de afuera juegan por la plata". Pero siempre había sido así, y, la verdad, mucha plata no había.

Comieron carne asada con ensalada, y después la Bruja Mirage, ex jugador y en aquel momento entrenador, dio la alineación y dijo las cuatro tonterías de siempre con tono de haber inventado el fútbol.

Los Felpa, padre e hijo, no lo tragaban porque nunca había defendido el fútbol local. Cuanto de más lejos le traían los jugadores, más contento estaba. Además, jugaba sin wines, y tácticamente se equivocaba mucho. Los dos solían acordarse del día en que el Negro Moyano lo saludó a los gritos en mitad del bar Victoria:

- ¿Cómo te va, embrague?

- ¿Por qué embrague? -preguntó el entrenador con poca prudencia.

- Porque primero metés la pata y después hacés los cambios -le soltó el Negro para que se riera todo el mundo.

Cómo sufrió el odio Mirage esa vez.

Los jugadores decidieron irse para la cancha distribuidos en cuatro coches particulares de directivos de la comisión de fútbol. Salieron por la puerta trasera para no darle oportunidad a los pesados. En el vestuario empezaron a respirar el

clima del partido. Ahí adentro olía a fútbol. El partido estaba cerca, y afuera crecía el ruido. Apretados por los nervios, se vistieron, se masajearon e hicieron movimientos de calentamiento como si se tratara de un ritual.

El Gato Felpa, en un rincón, sólo movía los brazos y de vez en vez tiraba algún golpe al aire como los boxeadores. Se ponía rodilleras y unos pantalones cortos acolchados en las caderas para amortiguar los golpes de las caídas. No usaba guantes ni entendía cómo se podía atajar con ellos. Si alguien se lo preguntaba, había aprendido una frase que le gustaba repetir: "Me quitan sensibilidad". Los hierros entre los que trabajaba durante la semana habían modelado manos fuertes, y a él le gustaba sentir la pelota entre sus dedos. El equipo, como era su costumbre, hizo un corro y todos encimaron las manos sobre las del capitán para dar tres gritos de guerra que contribuían a darles confianza y a hacerlos sentir más juntos. De rebote, también valía para asustar a los del vestuario contiguo. Se fueron para el túnel, con música de tacos de cuero sobre el suelo y cuidando de no resbalarse en el cemento. Cuando asomaron la cabeza estalló la mitad roja-verde del campo. Los celestes ocupaban el lado opuesto y homenajearon a sus jugadores tres minutos después: Ahí estaba todo el pueblo. Era día grande, de esos que dejan hablando al pueblo durante semanas; banderas, papeles picados, bombos, matracas gigantes, cantos; no faltaba nada.

El sermón arbitral fue breve: "A jugar y a callar", dijo a los capitanes en el centro del campo antes de sortear las porterías.

El griterío de la gente y la emotividad de lo que estaba en juego dignificó en parte el fútbol pobre que se jugó en la primera mitad. Los dos equipos trataban de aprovechar el descuido del adversario, pero, eso sí, sin descuidarse. Se tenían miedo y estaban tensos, y eso, procesado futbolísticamente, da como resultado un partido trabado e impreciso.

Acertó don Jesús Eladio Felpa, en el sanatorio, cuando le resumió el primer tiempo a su mujer:

- Partido malo, vieja, ni ocasiones de gol crearon.

Se jugó mal, es cierto, pero se jugó en serio. Las piernas se metían fuertes y entre los jugadores se escucharon palabras duras.

El segundo tiempo pareció un poco más abierto, pero pisaron poco las áreas. Los dos equipos malograron alguna oportunidad, pero no fueron frutos de balones

claros, sino de rebotes afortunados o de errores cometidos por piernas cansadas.

Pero de un clásico de pueblo nadie se va antes de tiempo. Certero otra vez don Jesús, le advirtió a su paciente mujer, faltando unos 15 minutos, que "todavía podía pasar cualquier cosa". En ese segundo tiempo, Juan Antonio se calzó la gorra, porque el sol estaba bajo y pegaba de frente. Sus pocas intervenciones las había resuelto con sobriedad, salvo aquella pelota que llegó combada y despejó por encima del travesaño tirándose para atrás. Una parada más espectacular que difícil. Desde atrás dio órdenes, animó a sus compañeros y en ningún momento perdió concentración. Hasta el momento de la jugada que nunca más olvidarían quienes estaban ahí, el partido no se había dado para que él se luciera.

Faltaban cuatro minutos para el final cuando el Gringo Santoni, siempre tan apresurado, despejó a córner sin necesidad. Había llegado ese momento en el cual los menos interesados miraban el reloj con ganas de que aquello terminara de una vez, los borrachos hablaban solos y los fanáticos estaban trepados a las vallas totalmente desenchajados. El córner venía fuerte y el Gato Felpa, todo hay que decirlo, dudó en la salida y se quedó a mitad de camino. El Oso. Antuña, defensor central del Argentino, no necesitó saltar para cabecear seco al ángulo cruzado. El Enano Zárate, que con esa altura no podía marcar a nadie por arriba y que en los córneres era el encargado de cuidar el primer palo, supo instintivamente que con la cabeza jamás podía llegar a esa pelota, y la despejó de un manotazo. ¡Penalti!

Aquello calentó a los indiferentes, congeló a los fanáticos y hasta calló a los borrachos. El lado celeste de la cancha se puso de fiesta y la gente del Sportivo esperaba, inmóvil y muda, a que los dioses del fútbol les dieran una mano. Todo lo que estaba pasando se parecía mucho a la fantasía de Juan Antonio Felpa.

LA FE DE LOS HÉROES

El sol, del otro lado de la cancha, se había caído detrás de los cipreses, y Felpa, parado en el centro de la línea de meta, se quitó la gorra muy resuelto y la tiró adentro de la portería. Sintió un frescor agradable en la cabeza sudada y quizá por eso experimentó la fe de los héroes.

A 11 metros de distancia, el Beto Nieva ya estaba frente a la pelota. Se cruzaron una mirada huidiza; medio cómplice y medio asesina.

Juan Antonio Felpa flexionó levemente las rodillas y con los ojos fijos en el

lanzador escuchó la orden del árbitro. Ya tenía la decisión tomada. Cuando el Beto golpeó la pelota, Felpa ya volaba en la dirección del sueño. Al lado del palo derecho, se abrazó a la pelota en el aire, y antes de caer al suelo sintió, como un relámpago, la alegría más grande de su vida.

Ahora era la mitad rojo-verde del campo la que se había puesto de fiesta al grito de "Felpa", "Felpa", "Felpa". Yo no sé lo que le pasó en ese momento, porque en 25 años nadie logró hablar con él del tema sin que se enfadara, pero para mí que esos gritos lo confundieron y eso lo llevó a tomar el camino más absurdo de su vida. Lo cierto es que se levantó del suelo endiosado, y queriendo prolongar ese momento mágico, cometió el error de ir a buscar la gorra dentro de la portería con la pelota debajo del brazo. El árbitro dudó antes de dar el gol, y el campo entero tardó en echarse las manos a la cabeza entre eufóricas risas celestes y sorprendidos lamentos verdirrojos. El extraño coro de murmullos que quedó flotando en el ambiente desconcertó a don Jesús Eladio Felpa, que había sufrido con el penalti ("hay que reconocer que fue justo, vieja") y se había alegrado con el paradón. Intuyó que algo malo había pasado, y con una mínima esperanza de haberse equivocado, miró a su santa mujer y le comentó entre triste y preocupado:

- Creo, vieja, que tu hijo la cagó.

La promesa (Eduardo Sacheri)

Decime vos para qué cuernos te hice semejante promesa. Se ve que me agarraste con la defensa baja y te dije que sí sin pensarlo. Pero esta mañana, cuando me levanté, y tenía un nudo en la garganta, y una piedra que me subía y me bajaba desde la boca hasta las tripas, empecé como loco a buscar alguna excusa para hacerme el otario. Pero no me animé a fallarte, y a los muchachos los había casi obligado a combinar para hoy, así que no podía ser yo quien se borrara.

- ¿A dónde vas? -me preguntó Raquel, cuando vio que a las doce dejaba el mate e iba a vestirme.

- A la cancha, con los muchachos -le dije. No agregué palabra. Ella, que no sabía nada, pobre, se moría por preguntarme. De entrada había pensado en contarle. Pero viste cómo son las minas. Capaz que las agarras torcidas y te empiezan con que no, con que cómo se te ocurre, con que yo que Rita los saco a escobazos, a vos te parece hacer semejante cosa. Y yo no estaba de ánimo como

para andar respondiendo cuestionamientos. Por eso no abrí la boca. Y Raquel daba vueltas por la pieza mientras yo me ponía la remera y me ataba los cordones. Me ofrecía un mate más para el estribo. Me decía te preparo unos sandwiches y te los comés por el camino. Me seguía por la casa secundando mis preparativos. A la altura del zaguán no pudo más:

- Pensé que habían dejado de ir -me soltó. Me volví a mirarla. No era su culpa.

- Pero hoy vamos -respondí. La besé y me fui.

Eran las doce y cuarto. Llegué a lo de Beto a la una menos veinte.

- Pasa que estoy terminando de embolsar el papel. Dame una mano. -Me hizo pasar a un comedor sombrío, donde el rigor del mediodía de noviembre se había convertido en una penumbra agradablemente fresca.- Llené esa bolsa, que yo termino con ésta. -Lo obedecí. Al salir pasó llave a la puerta y me dio una de las dos bolsas para que cargara.- Metéle pata que llegamos al de menos cinco.

Con la lengua afuera subimos al tren y nos tiramos en un asiento de cuatro. Casi no hablamos en todo el viaje. Cuando bajamos, el Gordo estaba sentado en los caños negros y amarillos del paso a nivel. Nos hizo una seña de saludo y se desencaramó como pudo.

- Quedé con Rita que pasábamos una y media. Métanle que vamos retrasados. ¿Se puede saber por qué tardaron tanto?

- Cómo se ve, Gordo, que esta mañana no tuviste que hacer un carajo -le marcó Beto, con un gesto hacia las bolsas repletas de papelitos.

Caminamos las tres cuerdas en silencio. Rita estaba esperándonos, porque apenas el Gordo hizo sonar el timbre nos abrió y nos hizo pasar a la sala. Nos turnamos para intercambiar besos y palmadas, pero después no supimos qué decir y nos quedamos callados. En eso se sintió ruido de tropilla por el pasillo, y entró Luisito hecho una tromba pateando la número cinco contra las paredes y vociferando goles imaginarios. Cuando nos vio, largó la pelota y vino a abrazarnos entre gritos de alegría.

- ¿Te gusta, tío Ernesto? -me preguntó mientras estiraba con ambas manos la camiseta lustrosa que tenía puesta.

- Che, dejáme mirarte un poco. -Hice un silencio de contemplación admirativa.- Pero ya parecés de la Primera, Luisito. ¿Vieron muchachos?

Los otros asintieron con ademanes grandilocuentes.

- Andá a buscarte el abrigo, Luis -mandó Rita, y dirigiéndose a nosotros: - ¿Toman algo, chicos?

- No, nena, gracias. Vamos un poco atrasados -respondí por todos.

- Vení, Ernesto, acompañáme.

Rita me hizo seguirla hasta el dormitorio, mientras el Gordo y Beto le tomaban lección a Luisito sobre la formación del equipo en las últimas dos campañas.

- La verdad, es que mucho no lo entiendo, Ernesto. Pero bueno, si te lo pidió habrá sido por algo.

Yo, para variar, no supe qué decir. Preferí preguntar: -¿A Luisito qué le dijiste?

Me miró con ojos húmedos -Le dije la verdad. -Y luego, dudando:- ¿Hice mal?

¿Y yo qué sé?, pensé. -Quedáte tranquila, nena. Hiciste bien -respondí.

Cuando volvimos a la sala, el Gordo me informó en tono solemne que el pibe se había trabucado únicamente con el reemplazante de Cajal entre la quinta y la décima fecha del torneo anterior.

- Por lo demás estuvo perfecto -concluyó sonriendo.

Nos turnamos para estrechar, ceremoniosos, la mano del aprendiz, que no cabía en sí del orgullo. Después nos despedimos de Rita y partimos.

En la esquina compramos una Coca grande. Nos la fuimos pasando mientras esperábamos el colectivo.

- El que toma el último sorbo, la liga -lancé.

- No seas asqueroso -me reconvino Beto.

- Y vos no seas pelotudo -lo cortó el Gordo. Valió la pena la chanchada sólo por verle la cara de repugnancia al pobre Beto. Como es de práctica en estos casos, el último trago se fue prolongando hasta límites inverosímiles. Y se cruzaron acusaciones recíprocas de: «¡Che, vos no tomaste, escupiste!», y otras por el estilo. El Gordo, en un acto de arrojo, terminó con el suplicio cerrando los ojos y bebiendo de un trago. Ahí Beto pudo desquitarse con cinco o seis cachetazos a la espalda monumental del otro. Luisito se reía como loco. Y yo por un ratito me olvidé del asunto que traíamos entre manos.

Bajamos del colectivo a cuatro cuadras de la cancha, en la parada de siempre. Eran las dos y media, más o menos.

- ¿Alguno sabe cómo cuernos vamos a pasar los controles de la cana? -A veces Beto y su buen criterio me sacan de quicio.

- Dame una de las dos bolsas -le contesté haciéndome el impaciente.

Porque en el fondo tenía razón. Si nos paraba la cana, ¿qué decíamos? Disimulé el asunto cuanto pude, entre los rollos de cinta y papel de diario picado. Se la di a Luisito. Rita tenía razón, pensé. Mejor que el pibe sepa.

- Ustedes esperen acá a que entremos. Nos vemos en la puerta tres.

Si pasamos acá ya está, me dije mientras nos acercábamos al cordón policial. Caminábamos sin apurarnos. Mi mano descansaba en el hombro de Luisito. Me nacía llevarlo de la mano, pero como ya cumplió los diez pensé que a lo mejor lo ponía incómodo. A él lo revisó una mujer policía, que apenas hojeó por encimita el contenido de la bolsa. A mí faltó que me sacaran radiografía de tórax y me pidieran el bucodental, pero finalmente pasé. En el acceso mostré los carnets y seguimos viaje. Menos mal que había ido a pagar las cuotas atrasadas en la semana, porque cuando pasamos por la ventanilla vi que la cola era un infierno. Entramos a la cancha y me fui derecho adonde me pediste: contra el alambrado, debajo del acceso tres, a mitad de camino entre el mediocampo y el área. Un lugar de mierda, bah. Para el arco más cercano te da el sol de frente desde media tarde. El otro arco no se ve, apenas se adivina. Desde esa altura te lo tapa desde el juez de línea hasta el pibe que alcanza la pelota. Además, cualquier tumulto que haya en las gradas se te vienen encima y te dejan hecho puré contra los alambres. Pero al mismo tiempo es un lugar histórico: el único sitio que supimos conseguir aquella tarde gloriosa en

que salimos campeones por primera (y hasta ahora única) vez en nuestra perra y sufrida vida. Por eso me lo pediste. Y por eso enfilamos para ahí apenas entramos.

Beto y el Gordo llegaron a los cinco minutos.

- ¿Cuándo empieza la reserva? -preguntó el Gordo, que venía jadeando.

- En diez minutos -contesté.

- No es por nada, pero ¿vieron la altura que tiene el alambrado? -Beto seguía empeñado en su maldito sentido común.

- Ya veremos -lo fulminé con una mirada de no hinchas más, te lo pido por lo que más quieras.

- Déjense de pavadas y vamos a jugar a algo. -El Gordo estaba decidido a cumplir los rituales adecuados. Se plantó contra el alambrado y nos invitó a acompañarlo.

- Ahora vas a ver cómo matan el tiempo los turros de tus tíos -le expliqué a Luisito.

- ¿Cuál querés? -El Gordo le cedió la iniciativa a Beto.

- Dame al cuatro de ellos.

- Como quieras. Yo me quedo con el diez nuestro.

- ¿A qué juegan, tío?

- Esperá -contesté-. Esperá y vas a ver.

Apenas empezó el partido de reserva le vino un cambio de frente al diez de nuestro equipo. Como la cancha es un picadero, la pelota tomó un efecto extraño y se le escapó por debajo de la suela.

- ¡Dale pibe! -tronó la voz frenética del Gordo-. ¡A ver si te metés un poco en el partido! -El muchacho pareció no darse por enterado.

Al rato el cuatro visitante pasó como una exhalación pegado al lateral y tiró un centro precioso, aunque ningún compañero llegó a cabecearlo. Beto se colgó

bien del alambrado e inició su participación en la competencia.

- ¡Levantá la cabeza, pescado! ¡Hacé la pausa! ¿Siempre el mismo atorado? ¿Será posible? -Beto vociferaba mientras el cuatro intentaba volver a recuperar las marcas.

Luego el diez nuestro eludió a un par de tipos y largó la pelota a tiempo. Enseguida se volvió hacia el alambrado y buscó al que lo había increpado, como diciendo a ver qué pavada decís ahora. El Gordo no perdió tiempo.

- ¡Por fin, muerto! ¡Por fin diste un pase como la gente, finadito!

Beto estaba nervioso. Su candidato estaba muy tirado atrás, y no frecuentaba nuestro territorio. El Gordo se encaminaba a una victoria indiscutible. Su hombre recibió el balón cerquita nuestro, lo protegió, y antes de que pudiera hacer más recibió la atropellada de un rival que lo dejó tendido encima de la línea de cal.

- ¡Ma sí! ¡Lo mejor de la tarde! ¡Partílo en dos, total, pa' lo que sirve...! ¿Qué hacés juez? ¿A quién vas a amonestar? ¿Por qué mejor no lo echas al petiso ése, que tiene menos huevos que mi tía la soltera?

El diez, pobre pibe, saturado, apenas se puso de pie se acercó al alambrado, lo ubicó al Gordo y le vomitó todos los insultos que pudo antes de que el línea lo llamara al orden. Era el final.

- ¡Tiempo! -gritó el Gordo, con los brazos en alto-. ¡Beto, pagá los panchos!

- Si serás turro, Gordo, no te gano desde el año pasado...

- Es una ciencia, pibe, es una ciencia -agregó el Gordo con aires de importancia, mientras se sacaba la camisa empapada en el sudor del esfuerzo.

La verdad es que mientras los escuchaba me divertí de lo lindo. Creo que hasta por un momento me olvidé de toda nuestra tormenta, de toda la bronca que teníamos adentro, de toda la rabia que juntamos desde abril hasta la semana pasada. Pero apenas volvimos de comprar los panchos y nos tiramos en las gradas a comerlos, el asunto se impuso en todo su tamaño.

- Vamos a tener que hacernos caballito -de nuevo la voz de Beto, llamándome a la realidad. Miraba el alambrado de arriba a abajo, tratando de

calcular la altura-. Está mucho más alto que cuando dimos la vuelta, ¿no?

- No, lo que pasa es que ahora sos quince años más viejo, nabo. -El Gordo era un optimista de raza, no cabían dudas.

- Déjate de joder, que hablo en serio. Cuando salimos campeones nos hicimos caballito y saltamos enseguida. Y aparte no estaba el de púas arriba de todo. ¡Mirá ahora!

- Tiene razón, Gordo -intervine-. Por las púas no te preocupes. Para eso me traje la campera gruesa. Lo que me da miedo es la cana. No nos van a dejar ni mamados.

Pero el Gordo no era hombre de dejarse derrotar rápidamente.

- ¿Y vos te pensás que con la gente que va a haber a la hora del partido se van a andar fijando? No te calentés, Ernesto.

- Ojalá, Gordo. Ojalá sea como vos decís.

- La única es hacerlo rápido, en medio del kilombo de la entrada. -Beto hablaba mirándose los zapatos. Estaba tenso.

- Creo que Beto tiene razón -concedí-. Igual tenemos que apurarnos.

Terminamos los panchos y volvimos al alambrado. La cancha se iba llenando de a poco. Pensé que era una suerte. Porque así, a cancha llena, era mejor. Somos una manga de ilusos, me dije: ganamos tres partidos y venimos como chicos a esperar que rompan la piñata. Cuando terminó el preliminar, la gente que estaba sentada tuvo que pararse porque ya no se veía nada. Habían llegado las banderas. Un par de pibitos las ataban en la parte alta del alambrado. Estaban sonando los bombos. De repente, un cantito nació del codo más cercano a la platea. La gente empezó a prenderse. Nosotros también cantamos. Cuando Luisito se sacó la camiseta y empezó a revolearla por sobre su cabeza, y le vi los hombritos pálidos y las pecas, retrocedí treinta años, me acordé de vos y me puse a llorar como un boludo. Beto me pegó dos bifes y me sacudió la melancolía:

- No seas imbécil, a ver si te ve el pibe.

El Gordo cantaba como un poseído. Desde el codo llegó otro canto a

encimarse con el primero. Pero ahora la gente saltaba. Y yo sentí esa sensación indescriptible de estar en una cancha envuelto por el canto de la hinchada nuestra, el vértigo del piso moviéndose bajo los pies y ese canto que cinco mil tipos vociferan desafinados pero que todo junto suena precioso, como si hubiesen estudiado música.

Corrieron la tapa del túnel y el Gordo hizo una seña. Se plantó bien firme sobre las dos piernas abiertas y se agarró fuerte del alambrado. Beto se le trepó como pudo, escalando la carne rosada de la espalda del otro.

- ¡Aaaaayyyyyy! ¿Para qué mierda venís a la cancha en mocasines, tarado?

- ¡Calláte y quedáte quieto, Gordo, que me estoy cayendo al carajo!

- ¡Metánlé, metánlé! -Yo miraba para todos lados buscando a los canas, pero no se veía nada.

Beto llegó por fin hasta los hombros del otro, atenazó el alambrado con las manos finitas y me gritó que subiera. Me di vuelta hacia Luisito, que interrumpió la revoleada de camiseta para darme un abrazo tan fuerte que me temblaron de vuelta las piernas.

- Gracias, tío -me dijo. ¿Te das cuenta, el mocosó? Va y me dice gracias, tío. Y yo con esta cara de boludo, llorando como una madre, semejante grandulón de cuarenta y tres pirulos, pelado como felpudo de ministerio, socio conocido y respetado de la institución, subiéndome a babuchas de un gordo que insulta en dos idiomas mientras sostengo entre los dientes una bolsa de papel picado.

Pero por otro lado, mejor, porque el llanto y la sensación de ridículo me lavan, ¿entendés?, me purifican. Porque mientras le piso la cabeza al Gordo suelto una risita al escuchar su puteada, y mientras flameo a punto de caerme, y me agarro como puedo de la camisa de Beto y siento cómo ceden las costuras, empiezo a ver la cancha como aquella vez, hasta las manos de gente, ¿te acordás? Un gentío increíble, mientras subíamos al alambrado para tirarnos a dar la vuelta. La soñada, la prometida, la imprescindible vuelta olímpica que nos juramos dar cuando fuimos por primera vez a la cancha los cuatro, un miércoles que nos rateamos de séptimo grado, y aunque perdimos tres a cero dijimos «el fin de semana volvemos», y volvimos a perder como perros, pero de nuevo juramos «hasta que salgamos campeones vamos a seguir viniendo». Y ese día, el glorioso, vos me decías: «¿Viste, Ernesto?, ¡mira lo que es esto, mira lo que es esto!», y desde lo alto

del alambre me mostrabas las dos cabeceras llenas, el hervidero del sector Socios, la platea enloquecida. Y ahora es casi igual, porque mientras me acomodo en los hombros de Beto y trato de recuperar el aliento veo a todo el mundo saltando y gritando, y escucho los petardos, y veo las banderas que brillan en el sol de noviembre y es casi lo mismo, porque viendo la cancha así pienso que si salimos campeones una vez podremos salir de nuevo, y me duelen los dientes de tan apretados que los tengo sobre la bolsa pero no me importa, ni me importan los cuatro policías que vienen abriéndose paso entre la gente para bajar a esos tres boludos que se creen equilibristas soviéticos. Porque al final entiendo todo, porque ahora se me borra el dolor de tu ausencia, o mejor dicho ahora te encuentro, y me parece que todo cierra, que nos rateamos en séptimo y que vinimos en las buenas y en las malas y que te enfermaste y que me pediste y que te prometí solamente para esto, para que yo me estire y me agarre del alambre de púas y con la mano libre abra la bolsa y hurgue en el fondo y encuentre bien guardada la cajita. Para que vocifere dale campeón, dale campeón, junto con el Gordo, con Beto, con Luisito y con los otros cinco mil enajenados; para que la abra mientras miro al cielo y al sol que se recuesta sobre la tribuna visitante, para que entienda al fin que allí te vas y te quedás para siempre, en ese grito tenaz, en ese amor inexplicable, en las camisetas que empiezan a asomar desde el túnel, y en ese vuelo último y triunfal de tus cenizas.

Cuento incluido en el libro: "Esperándolo a Tito y otros cuentos de fútbol" de Eduardo Sacheri, año 2000 , ED: Galerna

A mí nunca me dejaban hablar (Isidoro Blaisten)

Para colmo, yo tengo la voz bajita. Bajita, dije, no finita, que no es lo mismo. Mi voz es seria y grave, modulable, se adapta perfectamente a lo que quiero decir, pero eso sí: no se me escucha. No se me escucha y si me esfuerzo, si hago fuerza con la garganta, me duele.

Nosotros, los domingos, nos reunimos en el patio de tierra en el fondo de mi primo el Chochi, debajo de la parra. Todos los domingos hacemos el asado. Después les voy a contar cómo son los asados. Sepan por ahora que mis tres primos son unos animales y siempre me tapan con la voz. Mis tres primos hablan a los gritos y de coches. Mis tres primos se denominan: el Chochi, como ya dije; el Beto y, por fin, Tito el millonario. Después voy a explicar bien por qué Tito el

millonario es millonario. Por ahora voy a decir que ni bien yo quiero decir algo desde mi taburete, mis tres primos, como a propósito, gritan más todavía. Dije ya que son bestias sin educación y respeto. Sin embargo, siempre, por más que griten llega un momento en que algún silencio se produce. Yo aprovecho, pero es lo mismo porque justo en ese momento a alguna de las tres hijitas de mis tres primos les pasa algo y todos se levantan bruscamente de los perezosos ya sea porque la Cynthia Roxana que andaba gateando por el almácigo de las lechugas se acaba de quemar la rodilla con la parrilla, o la Carla Selene se volcó el andador entre las brasas candentes o bien la Romina Lorena se metió a la boca un ají entero de la planta. No sé si dije que mi primo el Chochi tiene una planta de ajises para los chorizos a la portuguesa. A mi primo el Chochi le corresponde hacer los chorizos a la portuguesa para lo cual hace un espanto bárbaro. Que nadie le vaya a pinchar un chorizo porque pone el grito en el cielo. Porque como los pincha él, no los pincha nadie. Pero me fui del tema. Dije que todos los asados se efectúan en el patio terrado de mi primo el Chochi pero lo que no dije es que Tito el millonario tiene una quinta en Bancalari. Esto sería lo de menos porque en todas las familias hay cosas así y cosas peores, ya van a ver. Lo que a mí me fue desembocando a los sucedidos que les voy a contar fue soportar domingo tras domingo esos gritos de bestias de perezoso a perezoso. Dejemos de lado que nunca me dejaran pasar un aviso, pero tirarle de la camiseta al otro para que el otro se calle, eso a mí me parece una indignidad. Tito el millonario usa camiseta que tiene mangas y en los últimos años empezó a usar camisetas de distintos colores, todo para diferenciarse de los demás que usamos musculosa. Hay que reconocerles a mis otros dos primos, el Beto y el Chochi, que en esto de las camisetas supieron mantener la conducta y no le siguieron el tren a Tito el millonario porque si no hubiera empezado la guerra de las camisetas como empezó la guerra de los coches.

Ni bien llegan a la casa del Chochi, el Beto y Tito el millonario se cambian en el dormitorio. Se ponen los pantaloncitos cortos y se quedan con la camiseta de salir ya puesta. El Chochi no, el Chochi ya está cambiado y bañado desde antes porque está en su casa. El año pasado para esta época Tito el millonario se vino un domingo con un pantalón de gimnasia hasta el suelo, pegado al cuerpo y con una franja así. Nadie le dijo nada y se cocinó en su propia salsa porque se moría de calor. Se podrán tener todos los millones que quieran, pero para comer asado no hay cosa mejor que el pantaloncito corto. Y de color azul, porque condensa los rayos del sol como hacen los beduinos. Pero me retrotraigo porque me estoy yendo del tema. Decía que cuando mis tres primos se ponen a hablar de coches, entre los tres, no paran más. Después del postre helado y mientras se come la sandía monumental que Tito el millonario trae de la quinta, ya están roncos de tanto gritar

y la voz se les vuelve aguardentosa y se escupen a la cara los carozos de la sandía y golpean sobre la mesa con el mango del cuchillo. De manera que si yo quería emitir algo sobre el árbol de levas, los cojinetes de bancada, los aros de pistón o el estéreo car de base móvil, parecía que las achuras sobrantes y arrugadas eran los únicos seres vivos que me escuchaban. Siempre fue así. Todos los domingos. Siempre fue así y al final yo y las tres esposas de mis tres primos optamos por el silencio. Siempre fue así, hasta que pasó lo que pasó. Las tres esposas de mis tres primos no hablaban nunca. Se cambiaban el solero en el dormitorio después de los varones, después cambiaban a los chicos, después armaban en el patio la mesa en los caballetes, y después se ponían a hacer la ensalada como si estuvieran en misa. Las tres esposas de mis tres primos eran: la Zule, la esposa del Chochi (que en realidad se llamaba Zulema) y además la mamá de la Cynthia Roxana. La Zule es muy importante, ya van a ver por qué. Después estaban: la Pitusa, esposa de Tito el millonario y mamá de la Carla Selene, y la Yolanda, esposa del Beto y mamá de la Romina Lorena.

La edad de la Cynthia Roxana, la Carla Selene y la Romina Lorena era alrededor de los nueve meses, meses más, meses menos. Así fueron siempre las cosas. Fueron así cuando todavía las nenas no habían nacido, fueron así cuando Tito el millonario todavía no era millonario y fueron así cuando las tres mujeres estaban embarazadas todas al mismo tiempo. Siempre fue así hasta que llegó aquel domingo. Aquel domingo el humo de la parrilla venía para mi lado y yo me di vuelta para toser, cuando de repente, desde mi taburete, vi algo en los ojos de la Zule. Vi algo como una cosa. La Zule me estaba mirando vaya a saber desde cuándo. Di vuelta mi cabeza alrededor de su eje y miré. A primera vista todo estaba igual a todos los domingos: la Cynthia Roxana jugando lo más tranquilita en el almácigo de las lechugas, el Chochi agachado junto a la asadera pinchando los chorizos en el agua, el Beto y Tito el millonario discutiendo como todos los domingos si lo mejor era un cacho de pan duro o un cacho de pan fresco para mojar en el querosén. No sé si dije que nosotros optamos por la costumbre de mojar un cacho de pan en querosén para que el carbón agarre el fuego enseguida. Hay muchos que mojan todo el carbón con querosén y después la carne se impregna y nadie le saca el olor. Pero estaba diciendo que si uno miraba alrededor, ese domingo nada había cambiado. Ahí estaba la Romina Lorena tironeando los ajises de la planta y la Carla Selene haciendo fintas con el andador alrededor del fuego que ya había empezado a agarrar lindo. La Pitusa cortaba el radichón para la ensalada y desde la cocina la Yolanda preparaba la picadita para el vermut. A primera vista todo estaba igual, pero yo, desde mi taburete, sin hablar, había visto algo en los ojos de la Zule. Pero todavía no dije cómo es la Zule. La Zule tiene unos

ojos moros así y es muy callada, nunca habla, salvo, eso sí, y entonces hay que oírlos, cuando el Chochi al pinchar los chorizos para ver si ya están, se salpica la camiseta con el juguito de la portuguesa o los pantaloncitos cortos. Pese a que la Zule es muy callada, es muy romántica, ya van a ver. Ahora quiero decirles cómo era ese algo que yo vi en los ojos de la Zule. Primero fue una mirada de los ojos así, corta y rápida. Los que hayan jugado alguna vez al fútbol saben lo que es un pase corto. Saben cómo se pide cuando uno está marcado de cerca. Como era antes, cuando la pared era la pared en serio, cuando se jugaba en la calle. Como se ve todas las cosas se iban adaptando perfectamente. Dije que la Zule es muy romántica y es cierto. Colecciona en el dormitorio pósters y tarjetas con frases y las tiene pinchadas con chinchas en la pared adaptadas encima del tuallet. Pero volvamos a esa comparación que se adapta mejor que nada: mirada corta, de arriba a abajo, nada más. Entonces me levanté del taburete. Entre los gritos animales del Chochi y del Beto sobre cuál de los dos había tardado menos en llegar a Mar del Plata con el coche y aprovechando el humo que venía para mi lado, me amuré a la pared de ladrillos a la vista y me deslicé. ¿Cómo me deslicé? ¿Cómo lo podría explicar? Como si fuera un comando en una película. Como si fuera el ladrón de Bagdad. Pero ante todo olvidaba decir lo principal. A todo esto y ante que yo, con mucho disimulo, ya la Zule se había deslizado. Con mucho disimulo, antes que yo, la Zule ya estaba en el dormitorio. De manera que yo aparté la cortina de juncos y me metí adentro. Desde la parte más lejana del humo llegaba hasta mí la voz de animal de Tito el millonario: "¡Qué tres horas ni tres horas, en dos horas y media llegamos, contale vieja!" Miré hacia adelante. No sé si dije que en el dormitorio de la Zule y el Chochi, cuando uno miraba hacia adelante se divisaban pósters y tarjetas con frases. "Háblame con besos y caricias. Gracias porque me distes una razón para vivir y ¿Podrías decirme de qué color es el amor?" De manera que yo corrí la cortina de juncos y me metí en el dormitorio. La temperatura ambiente del dormitorio estaba bastante fresquita en relación al patio terrado. Estaba más oscuro que el patio, costaba acostumbrarse y los ojos se achicaban para divisar. La Zule estaba allí, de espaldas. Contemplaba (o se hacía la que contemplaba) dos tarjetas con frases encima del tuallet. Yo me le fui acercando despacio. Primero se sorprendió (o se hizo la que se sorprendió). Después me señaló la cama con la mandíbula. Entonces yo tomé ubicación en la cama y me senté al lado de ella. Desde arriba y mirando para abajo yo veía la medallita que se le movía con la respiración encima del nacimiento del busto. "Que ésta te ilumine" estaba inscripto en la medallita de oro, que era una estrella de cinco puntas con una cola de cometa como las propagandas de año nuevo. Entonces con los dedos en U tomé la mandíbula de la Zule, la hice girar sobre su propio eje y entonces la besé. Ayudada por el silencio que reinaba en el dormitorio, la Zule se estremeció toda. Estaba toda

agitada. Yo la volví a hacer girar y la besé bastante en la parte posterior del lóbulo del oído. La Zule cayó sobre la colcha como atravesada por un rayo. Después, como si le hubiera agarrado la electricidad, se volvió a quedar sentada y dura, temblando, mirando con la mirada perdida, leyendo las tarjetas con chinchas en la pared. Ahora que estoy recordando pienso que a esa distancia no podía leer. O se sabía las frases de memoria, o la verdad que las frases llegaban como me llegaron a mí. Ahora van a ver. Con los ojos moros abiertos al máximo la Zule me dijo con voz de loca, ronca y atravesada: "Háblame, háblame con besos y caricias". Bueno. Acá llegamos al punto principal. Porque fue suficiente que la Zule dijera "háblame" para que a mí me viniese como una cerrazón en la garganta y no me saliese ni una sola palabra. "Háblame", volvió a pronunciar la Zule y su voz se adaptaba en totalidad. Entonces, cuando la Zule volvió a pronunciar "háblame, háblame con besos y caricias", sucedió algo incruento, sucedió lo más importante. Yo no sé si fue la voz de animal de Tito el millonario que gritaba desde el almácigo de las lechugas: "Decile, Pitusa, decile al coso este cuánto le pusimos desde Mar del Plata" o las uñas de la Zule que se me incrustaban en la camiseta, la cuestión es que sentí renacer la fe como si yo fuera un prócer. Dije que las tarjetas llegaban y ahora van a ver por qué. La cama estaba a la distancia de un penal. O sea, de doce pasos.

Sin embargo, yo leí. Leí y en una voz de locura, fuerte, de director técnico. Ahora, que el contenido de la tarjeta se adaptaba como por un tubo a la situación que estaba sucediendo. "Gracias", le dije yo leyendo la tarjeta, "gracias porque me distes una razón para vivir". "Más fuerte", prorrumpió la Zule colgada de la camiseta y tirando para abajo como si fuera una desequilibrada. "Gracias", prorrumpí yo a todo lo que me daba la garganta, "gracias porque me distes una razón para vivir". "Más fuerte", volvió a intemperar la Zule y sus uñas de gata tenían un brillo rojo a la luz que se filtraba a través de las hendiduras de la cortina de juncos mientras se clavaban en mis costillas a través del entretejido de la camiseta.

Entonces yo grité. Grité con todo, desde el alma. Grité tanto que creo que desde que tengo uso de razón, por primera vez en mi vida en el patio terrado de mi primo el Chochi se produjo un silencio. Además no me dolía para nada la garganta y sin que la Zule me lo pidiese grité otra vez. Estaba por mandarme otro cuando la Zule me tapó la boca con la mano y yo sentí sobre mis labios el contacto del anillo de compromiso. Ahora bien: quiero dejar bien sentado de expreso que lo que vino después no lo voy a contar. No es de hombre andar bocineando ciertas cosas. Lo que sí diré y nada más que a título informativo es que la sensación de peligro, que de pronto entrase alguno de mis tres primos con la camiseta ensangrentada y la mano chorreando sangre porque se cortó con el cuchillo al probar las achuras y a

buscar agua oxigenada en el baño (que estaba contiguo al dormitorio de la Zule) o simplemente alguna de las nenas ya sea la Carla Selene, la Romina Lorena o la Cynthia Roxana que al alejarse gateando del almácigo de las lechugas asomasen su cabecita a través de la cortina de juncos y vieses el espectáculo, era como un desafío. Quienes hayan jugado al fútbol, los que saben lo que es un potrero, me comprenderán. Es como cuando a uno le mojan la oreja antes del picado.

Bueno. Así las cosas llega el domingo que viene, es decir el otro domingo. Como todos los domingos los dos coches de Tito el millonario con la Pitusa y la Carla Selene son los últimos en llegar. No sé si dije que Tito el millonario tiene dos coches: un Bosch Tornell doble árbol de levas a la cabeza importado de Barcelona y un Meopta 2 AM checoslovaco que utiliza la Pitusa importado de Checoslovaquia. Entre otras cosas la Pitusa lo utiliza para traer los dos postres helados todos los domingos. Todos los domingos estamos ya todos en pantaloncitos en la puerta esperando a Tito el millonario con los dos coches. Tito el millonario llega en el Bosch con la Carla Selene sentada en las rodillas y la sandía monumental en el asiento de atrás. La Pitusa llega en el Meopta 2 AM pegada al paragolpes de Tito el millonario con los dos postres helados. Apenas los avistamos y apenas Tito el millonario saluda sacando toda la mano por la ventanilla, corremos hasta el coche de la Pitusa para ayudarla con los postres helados. Todos menos el Chochi que ya está preparado para abrir la puerta del Bosch, sacar a la Caria Selene y ayudar a Tito el millonario con la sandía monumental que apenas sacada del coche es dejada detrás de la puerta de calle.

Ese domingo, como todos los domingos, mientras el Chochi y el Beto apantallaban el fuego con las pantallas de junco (regalo de Tito el millonario) y ni bien el fueguito empezaba a agarrar, producto del pan de ayer sumergido en querosén, cuando la Caria Selene se encontraba saltando a caballito sobre el abdomen de Tito el millonario, previo a haber enterrado en un pocito con yelo y sal la sandía monumental dado que en la heladera del Chochi no entraba nunca, en ese momento yo vi algo en los ojos de la Pitusa. Quizás ese algo haya estado siempre. Tampoco me pregunten cómo lo vi, pero yo lo vi. Aparentemente nada había cambiado. Como todos los domingos el Chochi y el Beto apantallaban el fuego mientras se peleaban por el árbol de levas, el doble árbol de levas, la compresión; las cilindradas y el motor de siete bancadas, mientras Tito el millonario desde el almácigo de las lechugas, con la Carla Selene en el abdomen, se reía y decía: "Hico. hico vamos caballito, no, Carla Selene, no, te digo que no, los faros de iodo, pelandrún, los faros de iodo hay que usar" y mientras el Beto lagrimeando porque el humo le entraba en los ojos gritaba: "Ma qué faros de iodo

ni faros de iodo", hacía suponer que nada había cambiado. Y sí, aparentemente nada había cambiado. Pero yo vi algo en los ojos de la Pitusa. ¿Qué lo que vi? Difícil expresarlo con palabras. Vi algo corto y rápido, algo sentimental. Mientras la Pitusa cortaba el radichón para la ensalada y los reflejos del sol a través de los agujeros de la parra daban sobre el caballete y Tito el millonario seguía gritando: "Basta, Carla Selene, basta dije, qué estéreo car ni estéreo car, que le den con un ñoca que le den", me miró. La Pitusa me miró. Corto y rápido como se miran los espías en las películas cuando pasan uno al lado del otro haciéndose los que leen el diario. Entonces me levanté ipso facto del taburete y la Pitusa se limpió las manos en el delantal. Entonces yo me deslicé hacia el dormitorio con el humo del asado a favor. Una vez traspuesta la cortina de juncos me senté en la banqueta del tuallet a esperar. Esperé. Había una diferencia de luz muy grande. Del sol a plomo del patio de tierra a esa oscuridad fresquita. Cuando ya me había acostumbrado entró la Pitusa. Tenía puesta la blusa sobre el solero. Me erguí de la butaca y quise gritar como con la Zule. No seré yo quien diga por qué la Pitusa no me dio tiempo. No señor. Lo que pasó es de terreno privado. Algo que un hombre debe callar. Y callo. Y aquí viene el domingo siguiente. Al domingo siguiente la Yolanda me miró esquinado. Un tiro corto, de elevación. No sé si dije que la Yolanda es la esposa del Beto, sí, y la madre de Romina Lorena también. Ese domingo el fueguito del asado había prendido enseguida (habían usado pan de ayer en lugar del pan fresco para empapararlo en querosén), el Chochi ya estaba poniendo los ajises partidos al medio encima de los chorizos a la portuguesa y la Yolanda, agachada, estaba cuidando a la Romina Lorena para que no se metiese un ají entero a la boca de la planta. Fue en ese momento en que, al levantar los ojos, la Yolanda me miró. Me miró como si se estuviese pintando las uñas y de repente levantase la mirada. Así me miró. Nada más. Entonces yo me levanté del taburete y enfilé hacia el dormitorio. Deslizándome por la pared de ladrillos a la vista miré para atrás. Nadie había notado mi presencia. El esmalte sintético rojo del taburete brillaba al sol como el caballito de una calesita parada. Levanté la cortina de juncos y agazapado me introduje en el aposento. Tardó mi vista en adactarse al frescor de la oscuridad. La Yolanda tardaba pero yo sabía que iba a venir. Entonces un poco para controlar los nervios y otro poco para distraerme fui leyendo las frases en las tarjetas. Me leí íntegras: "¿Sabes de qué color es el amor?, Lovers Go Home. Estar enamorado, Soneto de tu ausencia y Las palabras no alcanzan", pero la Yolanda no venía. Con la moral baja empecé a dudar. A lo mejor el Beto la había llamado para que le sostuviese la asadera, a lo mejor la Romina Lorena se había metido el ají entero a la boca nomás y la Yolanda desesperada estaba tratando de hacerla gomitarse sobre el almácigo de las lechugas. Puras suposiciones nomás. Porque cuando ya estaba desatinando que la Yolanda entrase, la Yolanda entró. La agarré

de la tiritita del solero ni bien vi asomar su brazo a través de la cortina de juncos y la atraje junto a mí. Entonces la Yolanda me explicó que su tardanza se había debido al hecho de que el Beto estaba dictando cátedra y al Beto le gusta que ella lo mire cuando dicta cátedra a los giles o sea cuando el Beto habla de motores porque si no se siente desprotegido y me mordió. La Yolanda me mordió. Pero no voy a ser yo quien diga dónde me mordió. Tampoco lo que vino después y cómo se adaptaron las cosas. He jugado lo suficiente al fútbol en mi vida (el fútbol de antes) para saber lo que es una escuela de conducta. Sólo quiero decir esto porque aparte de su adaptación tiene sentido: horas después de lo que pasó y cuando ya andábamos por el postre helado y el Chochi, Tito el millonario y el Beto, medio entre San Juan y Mendoza, sentados en los perezosos con los ojos colorados seguían discutiendo la relación de compresión y cilindrada, la Zule, la Pitusa y la Yolanda se miraron rápido entre sí. Se miraron rápido como si hicieran tres pases cortos con los ojos. Se miraron con respeto. Después volvieron a bajar la vista. Fue entonces que Tito el millonario se levantó del perezoso. Agarrándose de la tabla del caballete hizo presión para arriba y se levantó. Estaba extrañamente callado. Medio tambaleándose, con el cuchillo de probar las achuras en la mano, fue hasta cerca del almácigo de las lechugas y desenterró del pocito la sandía monumental. Después le fue limpiando los cachitos de sal gruesa y barro que se le habían quedado pegados con el barro que hacía el yelo. Después le clavó el cuchillo y la trajo hacia la mesa.

Mientras cortaba las tajadas dijo que con los coches importados iba a haber problemas. El Beto contestó que eso era para los giles que no entienden nada de mecánica y el Chochi dijo que los mecánicos se iban a aprovechar de lo lindo: "vas a ver que por cualquier rulemán te van a arrancar la cabeza", dijo, y entonces Tito el millonario empezó a gritar golpeando con el mango del cuchillo sobre las tablas del caballete "que le den con un ñoca, que le den".

Sentado en mi taburete rojo yo callaba. Algo flotaba en el ambiente. El silencio de la Zule, la Pitusa y la Yolanda me pareció más silencio que nunca. De pronto el Beto lo miró al Chochi, el Chochi lo miró a Tito el millonario y Tito el millonario me miró a mí.

Los ojos de Tito el millonario estaban colorados como la sandía. Masticaba la sandía sin apuro, separando los carozos en la boca, tenía el cuchillo en la mano, dirigido hacia mí. Nadie hablaba. Respiré hondo y a través de la parra miré hacia el sol. Tuve que cerrar los ojos enseguida. El sol picaba como nunca. Entonces Tito el millonario escupió despacito los carozos de la sandía y sentado en el perezoso los

fue desparramando con el pie sobre la tierra manchada de vino. Cosa rara: por primera vez me di cuenta que Tito el millonario usaba zapatillas de básquet. Entonces Tito el millonario, haciendo palanca con el mango del cuchillo contra la tabla del caballete, se levantó del perezoso. La tabla se inclinó un poco y las cosas tintinearón sobre la mesa. A través de los agujeros de la parra un medallón de sol le daba en la rodilla. Desde el banquito, a contraluz, se le veían los pelitos del vello de las piernas y Tito el millonario se me fue acercando. El cuchillo de probar las achuras refulgía. Nunca pensé que pudiera refulgir tanto. En la mano de Tito el millonario el cuchillo se movía. Yo vi estrellitas que salían del contrafilo y me acordé de la medallita de la Zule y me acordé cuando me dieron la patada en la cabeza en el partido de casados contra solteros hace diecisiete años. Dio otro paso y ahora el cuchillo lo tenía frente a mí, grande y entre los ojos, como en el cine. Yo miraba el cuchillo que se movía cuando Tito el millonario dijo: "¿Y vos? ¿Nunca decís nada vos?"

Donde mueren los valientes (Hernán Rivera Letelier)

...Y de pronto yo, el verdugo por excelencia, el ejecutor más despiadado de estos fusilamientos, el que no perdonaba a nadie, el capaz de rematar sin asco a su víctima en el suelo, el prócer indiscutido de estas encarnizadas batallas de suburbios, había pasado, de golpe y porrazo, de ejecutor a ejecutado. Y mientras asistía a los preparativos de mi ajusticiamiento -ceremonial de una liturgia que conocía al dedillo, pero del otro lado del que me hallaba ahora- no podía dejar de pensar en ese cabrón arranque de sentimentalismo barato -inédito en mí- que me llevó a sustituir en el puesto al compañero caído, y a tratar de llevar a feliz término su peliaguda misión en la batalla. Y, precisamente -pensaba emputecido en tanto aguardaba la orden de fuego-, venir a ocurrirme esto justo en la contienda con uno de los bandos más duros de esta inclemente guerra periférica; el mismo al que en el primer choque simplemente hicimos papilla. Jornada memorable aquella en que, justamente este servidor, se llevó todos los honores al hacer morder el polvo al mama ese que los capitaneaba y que estaba haciendo demorar la derrota de sus huestes prácticamente él solo. De la despiadada como impecable ejecución que me mandé aquella vez, clave para la victoria final, todavía hoy se habla en las trincheras de por estos lados. Y ahí estaba, ahora, a punto de morir en mi propia ley. Totalmente indefenso frente a ese mastodonte -expresivo como un bloque de hielo- elegido como mi verdugo. Una bestia que el enemigo había reclutado estrictamente (decían) pensando en esta segunda batalla; un ejecutor (decían) tanto o más brutal que yo; un carnicero sin un solo miligramo de sentimiento, un

mercenario que en sus ejecuciones (decían medrosos) utilizaba como arma de tiro un mortero de esos de la Segunda Guerra Mundial; un asesino que a la primera ojeada me hizo entender que con él no corrían trucos; que todas esas artimañas a que recurren las víctimas buscando desconcentrar al fusilero, hacerlo perder puntería -artimañas que a mí alguna vez me hicieron vacilar levemente-, no harían ninguna mella en su impavidez de sicario analfabeto; no influirían para nada en esa frialdad terrible con que, ya terminado el ceremonial previo, aprestó su mortífero cañón de ajusticiamiento, mientras yo me persignaba, me agazapaba, me encogía como un batracio sin dejar de mirar el proyectil que, a la orden de ¡Fuego!, me dejaría tirado en el suelo como un perro sarnoso, o me elevaría a la gloria de ese cielo de domingo en una volada que ningún locutor radial iba a relatar eufórico, que ningún canal de televisión iba a repetir en cámara lenta, que ningún piojoso reportero gráfico captaría para la portada de ninguna de esas cabronas revistas especializadas. Porque en estos reductos poblacionales, compadre, en estos perdidos potreros pedregosos, en estas bravas canchas a medio cerro, los tiros penales de último minuto sólo se comentan con las patitas debajo de mesas como ésta: tapadas de botellas espumeantes; sólo se analizan, compadre -entre pausas de chistes genitales y boleros de venas abiertas-, en estos pringosos boliches de esquina en donde, impajaritadamente, llegamos a morir los valientes. ¡Salud!

El arco de Noé (Rodolfo Braceli)

Hay indicios, fuertes y acreditados indicios, de que fue así la cosa:

1 En el principio creó el Supremo los cielos y la tierra.

2 Y la tierra resultó poblada de ausencias y desordenados presentimientos.

3 Y entonces dijo el Supremo: sea el Sol para que sea la luz; y fue la luz.

4 Y vio el Supremo que la luz se enredaba y se embadurnaba con las tinieblas, y sin más separó la luz de las tinieblas.

5 Y el Supremo llamó día a la luz y noche a las tinieblas.

6 Y siguió su faena juntando todos los cielos en el Cielo y todas las aguas en el agua.

7 Y el Supremo llamó a lo seco Tierra y a las aguas Mar. (Omitió decir que el

mar más propiamente debía llamarse la mar.)

8 Después el Supremo dijo: produzca la tierra hierba verde.

No vamos a abundar en más detalles acerca de la gestión hacedora del Supremo. El inventario, más que arduo sería extenuante. Pero conviene no dejar pasar por alto ni por bajo que una de las primeras medidas del Supremo fue ésa: *Produzca la tierra hierba verde*. Es por demás curioso que ese mandato, anterior a la creación de pájaros, peces, bestias, de todo tipo de animales, anterior incluso a la creación del hombre y, costilla mediante, de la mujer, no nos haya llamado la atención. ¿Por qué tal urgencia, tal prioridad en esa decisión del Supremo cuando rotundo mandó: *Produzca la tierra hierba verde*? ¿No hay en esto, acaso, un fuerte presentimiento de lo que vendría a ser luego el verde lecho de una cancha de fútbol? En otras palabras, que el Supremo prefirió hacer primero el teatro, el escenario y después los actores. ¿Por qué procedió así? Él, que dicen todo lo sabe, lo sabrá.

Avancemos hacia el nudo de nuestra historia. Hay noticia bíblica de que Adán, el pionero de los pioneros, vivió novecientos treinta años. Después lo descendieron Set, Enós, Cainán, Mahalaleel, Jared, Enoc -Enoc murió jovencito, a los 365 años-, Matusalén, Lamec y Noé. Por fin llegamos a nuestro hombre. Siendo Noé, nieto de Matusalén, a los 500 años engendró a Sem, a Cam y Jafet. A esta altura del suceder es que el Supremo mira para abajo y advierte en el mundo una corrupción galopante, de aquellas.

1 Y miró el Supremo la tierra y dijo a Noé: he decidido el fin de todo ser porque la tierra está llena de violencia y la violencia de frivolidad. Lavaré arrasando, arrasaré lavando con todas las aguas habidas y por haber. Todo es inmundo. Lo inmundo para siempre será lavado.

2 Hazte, Noé, un arca de madera; harás aposentos en el arca y la revestirás con brea por dentro y por fuera y le harás piso bajo, segundo y tercero.

3 Y del dicho al hecho para mí no hay ningún trecho, dijo el Supremo: he aquí que yo traigo un diluvio de aguas sobre la tierra. Lo dicho: todo lo que hay en la tierra morirá.

4 Mas sellaré un pacto contigo, Noé, y entrarás en el arca tú, tus hijos, tu mujer, y las mujeres de tus hijos.

5 Y de todo lo que vive y respira, de toda carne, dos de cada especie (macho y hembra serán) meterás en el arca, para que vivan contigo.

6 Y toma contigo de todo alimento que se come, y almacénalo, y servirá de sustento para ti y para ellos.

7 Y lo hizo así Noé; procedió tal cual el Supremo le ordenó.

8 Y pasados siete días las aguas del diluvio vinieron a cabalgar sobre la tierra entera.

9 Y hubo lluvias sobre la tierra entera cuarenta días y cuarenta noches, y las aguas crecieron y alzaron el arca, y se elevó sobre la tierra, y las aguas subieron más y tanto más; y todos los montes altos que había debajo de todos los cielos, fueron cubiertos, y todo lo que había en la tierra dejó de ser.

10 Y prevalecieron las aguas sobre la tierra ciento cincuenta días.

11 Y se acordó el Supremo de Noé y de todos los que estaban con él.

12 Y desembolsó un viento sobre la tierra y disminuyeron y se retiraron las aguas y asomaron, nuevas, las viejas cimas de los montes.

13 Y mandó Noé una paloma a que viera si en verdad el agua se había retirado. Y (empujada por el presentimiento de Picasso) volvió la paloma con una rama de olivo en el pico. Y Noé entendió que podían bajar a la tierra.

14 Y habló el Supremo a Noé y a sus hijos con él: Mi arco he puesto en las nubes: ésta es la señal del pacto que yo establezco entre Mí y vosotros: no habrá más diluvio de aguas para destruir toda carne y toda esperanza sobre la faz de la tierra.

15 Y díjole nuevamente el Supremo a Noé: Mi arco en las nubes es la señal del pacto. Fructificad y multiplicaos.

16 Y al tiempo comenzó Noé a labrar la tierra, y plantó una viña y bebió del vino en demasía, y se embriagó, y se desnudó en la celebración, y los hijos caminando hacia atrás cubrieron la desnudez de su padre teniendo vueltos los rostros, y así no vieron la desnudez, como si la desnudez no debiera verse.

17 Y vivió Noé después del diluvio otros trescientos cincuenta años.

18 *Y fueron todos los días de Noé 950 años; y murió por fin diciendo joder, cómo se pasa la vida.*

19 *Y manso murió Noé, repitiendo a su heredad, lo que el Supremo había con él pactado: no habrá más diluvio sobre la tierra.*

20 *No más diluvio, díjoles siete veces Noé a sus hijos. Pero cuidado, porque en llegado el caso el Supremo suplantaré el diluvio con la globalización.*

21 *Y Noé no dijo más. Ni más respiró.*

22 *Y los hijos de Noé, naturalmente, desoyeron al viejo.*

Algo tarambanas, los Noé no atendieron la advertencia postrera del anciano padre. No se les dio por sospechar que la globalización es una flor de diluvio que prescinde del agua.

Pero volvamos al arca y a su muy selecta tripulación. Dicho lo siguiente con el mayor respeto, en honor a la imprescindible verdad es tiempo ya de señalar algunas omisiones en los textos bíblicos. Noé transgredió, no cumplió estrictamente las indicaciones del Supremo: hizo una excepción en cuanto a su comitiva: además de su mujer (bastante silenciada en los relatos sagrados), de sus hijos y las mujeres de sus hijos, Noé embarcó a un pibe. Tal cual: a un pibe. En realidad el pibe se embarcó sin permiso y a Noé no le dio el cuero ni el corazón para tirarlo por la borda. *Dónde comen ocho comen nueve*, pensó. Pero más que eso, el pibe le cayó simpático porque era atrevido hasta la insolencia, porque pedía las cosas sacando pecho.

Ya el arca alzada por las aguas, el pibe, siguiendo la recomendación de Noé, no asomó hasta pasados varios días. Cuando se dejó, ver los hijos y nueras de Noé lo miraron con celo y recelo. Noé, por así decir, los puso en vereda: *Este pibe es sagrado; no se toca. Me lo recomendó el Supremo -mintió para ser expeditivo.*

Por aquellos días y noches el mundo era nada más que mar. Para el Arca de Noé y sus tripulantes la brújula estaba de vicio: daba lo mismo el norte que el sur que el este que el oeste. Llovía con sol y llovía sin sol, siempre llovía. La monotonía los iba ganando a todos. En eso estaban, olvidados, a la buena del Supremo, cuando falleció inesperadamente un cordero sin que mediara intención de sacrificarlo. Sus carnes fueron deshojadas, y sus entrañas. El pibe, que andaba por allí, alzó la vejiga y se la llevó a su rincón. Al día siguiente apareció con la vejiga

inflada, y en sus pies. La levantó con la punta del pie izquierdo y después empezó a darle dulces toquitos, hacía arriba. La vejiga subía y bajada, iba de un sitio de su cuerpo al otro, jamás tocaba el piso. Noé empezó a ver esa delicia y pronto llamó a toda su familia para compartir el asombro. Enseguida todos miraban, deslumbrados, al pibe dándole y dándole a la vejiga. Empeine, empeine, empeine, empeine, empeine, rodilla, empeine, empeine, rodilla, empeine, rodilla, cabeza, cabeza, cabeza, empeine, empeine...

Noé (cada día más parecido a Walt Whitman) no pudo contenerse. Fue y lo abrazó; más, lo escondió entre sus brazos. Ni la afectuosa efusividad le hizo perder de vista la vejiga al pibe.

Ese día trajo su noche. La noche lo encontró a Noé desvelado, pero no se disgustó por el insomnio. Resolvió caminar, atravesó de punta a punta los 300 codos que medía el Arca. Eso lo estaba haciendo al compás de su pipa. En la penumbra adivinó una sombra pequeña y enseguida se dio cuenta de que era la del pibe. No quiso asustarlo; por eso a media voz, como para compartir un secreto, le dijo:

- ¿Se puede saber qué buscas en ese arcón?
- Una ele.
- ¿Una ele?
- Sí, don Noé, una letra ele.
- ¿Para qué la ele?
- Para agregársela a mi nombre. Mi nombre necesita al final una ele.
- A todo esto, granuja: ¿cómo dices que te llamas?
- Diego.
- Je, ¡argentino!
- ¿Cómo se dio cuenta, don Noé?
- Di... *ego*. Pero no te enojés, pibe. Es una chanza de abuelo.

- ¿Y, don Noé?

- ¿Y qué?

- ¿Me va a regalar una ele para agregarle a mi nombre?

- No te hace falta la ele. La ele sucederá en tu cuerpo, la ele brotará del pie de la pierna que tienes del lado del corazón.

- Don Noé, no sea así: consígame una ele para mi nombre.

- No te hará falta, mi querido.

- Pero es que yo tengo mucha sed de ele.

- Ya veo que eres insaciable, un cornisa de alma y de índole.

- Deme la ele, don...

- Que no. Te digo que no. Con la sed que tienes darás alegría, y cuánta. Pero ni una miga de alegría dejarás para el cofre de tus días.

- ¿No me dará la ele?

- Ve a dormir.

A la mañana siguiente Noé fue el primero en alzarse de su cobertizo. Por supuesto que llovía. El pibe ya lo estaba esperando con el machacante pedido de la ele. Noé resueltamente le dijo:

- No te daré la ele porque no te hace falta: la tienes escondida adentro de tu cuerpo. Te daré un arco.

- ¿Un arco?

- El Supremo tiene un arco entre las nubes, tú tendrás un arco aquí en el Arca. Lo haremos enseguida con tres maderos y una red de pescar. Lo pondremos allí ¿ves? adelante, unos metros antes del vértice de la proa. Podrás darle con tu pie del lado del corazón a la vejiga inflada; te hartarás de meterla en ese arco.

El hijo mayor de Noé, también madrugador, se acercó a la conversación y

dijo para prevenir:

- Con el arco allí la vejiga pronto irá a parar al agua, ¿y después qué? ¿Vamos a acaso a sacrificar al único cordero que nos queda?

- A que no -dijo el pibe. Y sacó pecho.

Y alzado el arco fue; el arco de Noé.

Y el pibe empezó a darle viaje a la vejiga. Y la vejiga iba siempre, como un pájaro certero y obediente, adentro de ese rectángulo nido: *el arco*.

Siete veces acertó en el arco con la vejiga el pibe. Y setenta veces siete. Y siete veces setenta veces siete. Y setenta veces siete veces setenta veces siete... Siempre adentro. Jamás afuera. Así por días y semanas y meses.

En el Arca de Noé todos se daban al ocio, un ocio concelebrado, porque no hacían otra cosa que mirar, en estado de renovado éxtasis, al pibe. Miraba la mujer de Noé y miraban los hijos de Noé y miraban las mujeres de los hijos de Noé, y miraban dos animalitos de cada especie, y miraba sólo un cordero (porque el otro, recordemos, había fallecido sin sacrificio, y de su cuerpo fue que salió la sacra vejiga).

Y miraba Noé con goce deslumbrado.

Y mientras Noé y los suyos y los animalitos miraban, no se dieron cuenta de que por fin la interminable lluvia había cesado, y que las aguas ya bajaban, y que la tierra empezaba a asomar en las puntas de algunos cerros.

¿Y el pibe? En lo suyo: seguía dándole y dándole. Decía *ángulo derecho* y allí ponía la vejiga. Decía *ángulo izquierdo* y allí también ponía la vejiga. Era su pie una mano, una mano con ojos.

En viendo lo que veía, Noé, relamiendo goce debajo de su barba, dijo profético y algo triste, para sus adentros:

- Querido infeliz, estás condenado. Estás condenado a dar felicidad a los demás, Diegool.

El hincha (Mempo Giardinelli)

El 29 de diciembre de 1968, el Club Atlético Vélez Sarsfield derrotó al Racing Club por cuatro tantos a dos. A los noventa minutos de juego, el puntero Omar Webbe marcó el cuarto gol para el equipo vencedor que, se clasificaba Campeón Nacional de fútbol por primera vez en su historia.

- ¡Goooooooool de Velesárfiiiiiiiiiiiiiiiiiiii! -gritaba Fioravanti.-¡Goooooooool de Velesárfiiiiiiiiiiiiiiiiiiii! -gritaba Fioravanti.

- ¡Gol! ¡Golazo, carajo -saltó-saltó Amaro Fuentes, golpeándose las rodillas frente al radiorreceptor.

Había soñado con ese triunfo toda su vida. A los sesenta y cinco años, reciente jubilado de correos y todavía soltero, su existencia era lo suficientemente regular y despojada de excitaciones como para que sólo ese gol lo conmoviera, porque lo había esperado innumerables domingos, lo había imaginado y palpitado de mil modos diferentes. Nacido en Ramos Mejía, cuando todo Ramos era adicto al entonces Club Argentinos de Vélez Sarsfield, Amaro estaba seguro de haber aprendido pronunciar ese nombre casi simultáneamente con la palabra "papá", del mismo modo que recordaba que sus primeros pasos los había dado con una pequeña pelota de trapo entre los pies, en el patio de la casona paterna, a cuatro cuadras de la estación del ferrocarril, cuando todavía existían potreros y los chicos se reunían a jugar al fútbol hasta que poco a poco, a medida que se destacaban, iban acercándose al club para alistarse en la novena división.

Ya desde entonces, su vida quedó ligada a la de Vélez Sarsfield (de un modo tan definitivo que él ignoró por bastante tiempo), quizá porque todos quienes lo conocieron le auguraron un promisorio futuro futbolístico sobre todo cuando llegó a la tercera, a los diecisiete años, y era goleador del equipo; pero acaso su ligazón fue mayor al morir su padre, un mes después de que le prometieron el debut en Primera, porque tuvo que empezar a trabajar y se enroló como grumete en los barcos de la flota Mihanovich y dejó de jugar, con ese dolor en el alma que nunca se le fue, aunque siempre conservó en su valija la camiseta con el número nueve en la espalda, viajara donde viajara, por muchos años, y aún la tenía cuando ascendió a Primer Comisario de abordaje, en los buques que hacían la línea Buenos Aires-Asunción-Buenos Aires, y también aquel día de mayo de 1931, cuando el "Ciudad de Asunción" se descompuso en Puerto Barranqueras y debieron quedarse cinco

días, y él, sin saber muy bien por qué, miró largamente esa camiseta, como despidiéndose de un muerto querido y decidió no seguir viaje, de modo que desertó y gastó sus pocos pesos en el Hotel Chanta Cuatro; después vendió billetes de lotería, creyó enamorarse de una prostituta brasileña que se llamaba Mara y que murió tuberculosa, trabajó como mozo en el bar La Estrella y se ganó la vida haciendo changas hasta que consiguió ese puestito en el correo, como repartidor de cartas en la bicicleta que le prestaba su jefe.

Desde entonces, cada domingo implicó, para él, la obligación de seguir la campaña velezana, lo que le costó no pocos disgustos: durante casi cuarenta años debió soportar las bromas de sus amigos, de sus compañeros del correo; de la barra de La Estrella, porque en Resistencia todos eran de Boca o de River; y cada lunes la polémica lo excluía porque los jugadores de Vélez no estaban en el seleccionado, nunca encabezaban las tablas de goleadores, jamás sus arqueros eran los menos vencidos, y Cosso, goleador en el '34 y en el '35, Conde en el '54, Rugilo, guardavallas de la Selección (quien se había erigido como héroe mereciendo el apodo de "El León de Wembley"), eran sólo excepciones. La regla era la mediocridad de Vélez y lo más que podía ocurrir era que se destacara algún jugador, el que, al año siguiente, sería comprado, seguramente, por algún club grande. Y así sus ídolos pasaban a ser de Boca o de River. Y de sus amigos, de sus compañeros de barra.

Claro que había retenido algunas satisfacciones: en 1953, por ejemplo, el glorioso año del subcampeonato, cuando el equipo terminó encaramado al tope de la tabla, solo detrás de River. O aquellas ¿temporadas en que Zubeldía, Ferraro, Marrapodi en el arco, Avio, Conde formaban equipos más o menos exitosos. Todos ellos pasaron por la Selección Nacional: Ludovico Avio estuvo en el Mundial de Suecia, en 1958, y hasta marcó un gol contra Irlanda del Norte. Amaro había escuchado muy bien a Fioravanti, cuando relató ese partido desde el otro lado del mundo, y se imaginó a Avio vistiendo la celeste y blanca, admirado por miles y miles de rubios todos igualitos, como los chinos, pero al revés, y por eso no le importó que a Carrizo los checoslovacos le hicieran seis goles, total Carrizo era de River.

Amaro podía acordarse de cada domingo de los últimos treinta y siete años porque todos habían sido iguales, sentado frente a la vieja y enorme radio, durante casi tres horas, en calzoncillos, abanicándose y tomando mate mientras se arreglaba las uñas de los pies. Entonces, no se transmitían los partidos que jugaba Vélez, sólo se mencionaba la formación del equipo, se interrumpía a Fioravanti

cada vez que se convertía un gol o se iba a tirar un penal, y al final se informaba la recaudación y el resultado. Pero era suficiente.

Todos los lunes a las seis menos cuarto, cuando iba hacia el correo, compraba El Territorio en la esquina de la Catedral y caminaba leyendo la tabla de posiciones, haciendo especulaciones sobre la ubicación de Vélez, dispuesto a soportar las bromas de sus compañeros, a escuchar los comentarios sobre las campañas de Boca o de River.

Genaro Benítez, aquel cadetito que murió ahogado en el río Negro, frente al Regatas, siempre lo provocaba:

- Che, Amaro, ¿por qué no te hacés hincha de Boca, eh?

- Calláte, pendejo -respondía él, sin mirarlo, estoico, mientras preparaba su valija de reparto, distribuyendo las cartas calle por calle, con una mueca de resignación y tratando de pensar en que algún día Vélez obtendría el campeonato. Se imaginaba la envidia de todos, las felicitaciones, y se decía que esa sería la revancha de su vida.

No le importaba que Vélez tuviera siempre más posibilidades de ir al descenso que de salir campeón. Cada año que el equipo empezaba una buena campaña, Amaro era optimista, y se esforzaba por evitar que lo invadiera esa detestable sensación de que inexorablemente un domingo cualquiera comenzaría la debacle, la que, por supuesto, se producía y le acarrea esas profundas depresiones, durante las cuales se sentía frustrado, se ensimismaba y dejaba de ir a La Estrella hasta que algún buen resultado lo ayudaba a reponerse.

Un empate, por ejemplo, sobre todo si se lograba frente a Boca o a River, le servía de excusa para volver a la vereda de La Estrella y saludar, sonriente, como superando las miradas sobradoras, a los integrantes de la barra: Julio Candia, el Boina Blanca, el Barato Smith, Puchito Aguilar, Diosmelibre Giovanotro y tantos otros más, la mayoría bancarios o empleados públicos, solterones, viudos algunos, jubilados los menos (sólo los viejitos Angel Festa, el que se quejaba de que en su vida nunca había ganado a la lotería, aunque jamás había comprado un billete; y Lindor Dell'Orto, el tano mujeriego que fue padre a los cincuenta y siete años y no encontró mejor nombre para su hija que Dolores, con ese apellido), pero todos solitarios, mordaces y crueles, provistos de ese humor acre que dan los años perdidos.

En ese ambiente, Amaro no desperdiciaba oportunidad de recordar la historia de Vélez. Podía hablar durante horas de la fundación del club, aquel primero de mayo de 1910, o evocar el viejo nombre, que se usó hasta el '23, y ponerse nostálgico al recordar la antigua camiseta verde, blanca y roja, a rayas verticales, que usaron hasta el '40 y que todavía guardaba en su ropero.

No le importaban las pullas, el fastidio ni los flatos orales con que todos, en La Estrella, acogían sus remembranzas. Como sucedió en el '41, cuando Vélez descendió de categoría y Diosmelibre sentenció "Amaro, no hables más de ese cuadrado de Primera B", y él se mantuvo en silencio durante dos años, mortificado y echándole íntimamente la culpa al cambio de camiseta, esa blanca con la ve azul, a la que odió hasta el '43, una época en la que las malas actuaciones lo sumieron en tan completa desolación que hasta dejó de ir a La Estrella los lunes, para no escuchar a sus amigos, para no verles las caras burlonas.

Pero lo que más le dolía era sentirse avergonzado de Vélez. Tan deprimido estuvo esos años, que en el correo sus superiores le llamaron la atención reiteradamente, hasta que el señor Rodríguez, su jefe, comprendió la causa de su desconsuelo. Rodríguez, hincha de Boca y hombre acostumbrado a saborear triunfos, se conolió de Amaro y le concedió una semana de vacaciones para que viajara a Buenos Aires a ver la final del campeonato de Primera B.

Era un noviembre caluroso y húmedo. Amaro no bajaba a la Capital desde aquella mañana en la que abordó el "Ciudad de Asunción", rumbo al Paraguay, para su último viaje. La encontró casi desconocida, ensanchada, más alta, más cosmopolita que nunca y casi perdida aquella forma de vida provinciana de los años veinte. No se preocupó por saludar al par de tías a quienes no veía desde hacía tanto tiempo, y durante cinco días deambuló por el barrio de Liniers, recordando su niñez, rondando la cancha de Villa Luro, y el viernes anterior al partido fue a ver el entrenamiento y se quedó con la cara pegada al alambrado, deseoso de hablar con alguno de los jugadores, pero sin atreverse. Le pareció, simplemente, que estaba en presencia de los mejores muchachos del mundo, imaginó las ilusiones de cada uno de ellos, los contempló como a buenos y tiernos jóvenes de vida sacrificada, tan enamorados de la casaca como él mismo, y supo que Vélez iba a volver a Primera A.

Aquel domingo, en el Fortín, las tribunas comenzaron a llenarse a partir de las dos de la tarde, pero Amaro estuvo en la platea desde las once de la mañana.

El sol le dio de frente hasta el mediodía y el partido empezó cuando le rebotaba en la nuca y él sentía que vivía uno de los momentos culminantes de su existencia. Se acordó de los muchachos del correo, de la barra de La Estrella, de todos los domingos que había pasado, tan iguales, en calzoncillos, pendiente de ese equipo que ahora estaba ante sus ojos.

Le pareció que todo Resistencia aguardaba la suerte que correría Vélez esa tarde. De ninguna manera podía admitir que alguno deseara una derrota. Lo cargaban, sí, pero sabía que todos querrían que Vélez volviera jugar en la A al año siguiente.

Miró el partido sin verlo, y lloró de emoción cuando el gol del chico ése, García, aseguró el triunfo y el ascenso de Vélez. Y cuando salió del estadio tenía el rostro radiante, los ojos brillosos y húmedos, las manos transpiradas y como una pelota en la garganta; pero la pucha Amaro, un tipo grande, se dijo a sí mismo, meneando la cabeza hacia los costados, y después pateó una piedra de la calle y siguió caminando rumbo a la estación, bajo el crepúsculo medio bermejo que escamoteaban los edificios, y esa misma noche tomó La Internacional hacia Resistencia.

Desde entonces, cada domingo, Amaro se transportaba imaginariamente a Buenos Aires, era un hombre más en la hinchada, revivía la tarde del triunfo, se acordaba del pibe García y lo veía dominar la pelota, hacer fintas y acercarse a la valla adversaria. Y todas las tardes, en La Estrella, cada vez que se discutía sobre fútbol, Amaro recordaba:

- Un buen jugador era el pibe García. Si lo hubiesen visto. Tenía una cinturita...

O bien:

- ¿Una defensa bien plantada? Cuando yo estuve en Buenos Aires...

Y cuando los demás reaccionaban:

- ¡Qué me hablan de Boca, de River, de tal o cual delantera, si ustedes nunca los vieron jugar!

A medida que fueron pasando los años, Amaro Fuentes se convirtió en un perfecto solitario, aferrado a una sola ilusión y como desprendido del mundo. La

vejez pareció caérsele encima con el creciente malhumor, la debilidad de su vista, la pérdida de los dientes y esa magra jubilación que le acarreó una odiosa, fatigante artritis y el reajuste de sus ya medidos gastos. Como nunca había ahorrado dinero, ni había sentido jamás sensualidad alguna que no fuera su amor por Vélez Sarsfield, su vida continuó plena de carencias y nadie sabía de él más que lo que mostraba: su cuerpo espigado y lleno de arrugas, su pasividad, su estoicismo, su mirada lánguida y esa pasión velezana que se manifestaba en el escudito siempre prendido en la solapa del saco, más con empecinamiento que con orgullo porque carajo, decía, alguna vez se tiene que dar el campeonato, ese único sobresalto que esperaba de la vida monótona, sedentaria que llevaba y que parecía que sólo se justificaría si Vélez salía campeón. Y quizás por eso aprendió a ver la esperanza en cada partido, confiado en que su constancia tendría un premio, como si alcanzar el título fuera una cuestión personal y él no estuviera dispuesto a morir sin haberse tomado una revancha contra la adversidad porque, como se decía a sí mismo, si llevé una vida de mierda por lo menos voy a morirme saboreando una pizca de gloria.

Casualidad o no, la campaña de Vélez Sarsfield en 1968 fue sorprendente. Tras las primeras confrontaciones, Amaro intuyó que ése sería el esperado gran año. Desde poco después de la sexta fecha, la escuadra de Liniers se convirtió en la sensación del torneo, y las radios porteñas comenzaron a transmitir algunos partidos que jugaba Vélez, en los clásicos con los equipos campeones, lo que para Amaro fue una doble satisfacción, puesto que también sus amigos tenían que escuchar los relatos y sólo se sabía de Boca o de River por el comentario previo o por la síntesis final de la jornada, como antes ocurría con Vélez, y éstas si son tardes memorables, gran siete, pensaba Amaro mientras tomaba un par de pavas de mate y hasta se cortaba los callos plantales, que eran los más difíciles, confiado en que sus muchachos no lo defraudarían.

Era el gran año, sin duda, y la barra de La Estrella pronto lo comprendió, de modo que todos debían recurrir al pasado para sus burlas. Pero a Amaro eso no le importaba porque le sobraban argumentos para contraatacar: los riverplatenses hacía diez años que salían subcampeones, los boquenses estaban desdibujados, y todos envidiaban a Wellington, a Wehbe, a Marín, a Gallo, a Luna y a todos esos muchachos que eran sus ídolos.

Gooooooooool de Velesárfiiiiiiiiiiiiiiii!

La voz de Fioravanti estiraba las vocales en el aparato y Amaro, llorando,

sintió que jamás nadie había interpretado tan maravillosamente la emoción de un gol. Vélez se clasificaba, por fin, campeón nacional de fútbol, tras cumplir una campaña significativa: además de encabezar las posiciones, tenía la delantera más positiva, la defensa menos batida, y Carone y Wehbe estaban al tope de la tabla de goleadores.

Pocos segundos después de ese cuarto gol, cuando Fioravanti anunció la finalización del partido, Amaro estaba de pie, lanzando trompadas al aire, dando saltitos y emitiendo discretos alaridos. Dio la tan jurada vuelta olímpica alrededor de la mesa, corrió hacia el ropero, eligió la corbata con los colores de Vélez y su mejor traje y salió a la calle, harto de ver todos los años, para esa época, las caravanas de hinchas de los cuadros grandes, que recorrían la ciudad en automóviles, cantando, tocando bocinas y agitando banderas.

Caminó resueltamente hacia la plaza, mientras el crepúsculo se insinuaba sobre los lapachos y las cigarras entonaban sus últimas canciones vespertinas, y frente a la iglesia se acercó a la parada de taxis, eligió el mejor coche, un Rambler nuevito, y subió a él con la suficiencia de un ejecutivo que acaba de firmar un importante contrato.

- Hola, Amaro -saludó el taxista, dejando el diario.

- A recorrer la ciudad, Juan, y tocando bocina -ordenó Amaro-. Vélez salió campeón.

Bajó los cristales de las ventanillas, extrajo el banderín del bolsillo del saco y empezó a agitarlo al viento, en silencio, con una sonrisa emocionada y el corazón galopándole en el pecho, sin importarle que la solitaria bocina desentonara, casi afónica, con el atardecer, y sin reparar siquiera en el reloj que marcaba la sucesión de fichas que le costaría el aguinaldo, pero carajo, se justificó, el campeonato me ha costado una espera de toda la vida y los muchachos de Vélez, en todo caso, se merecen este homenaje a mil kilómetros de distancia.

Cuando llegaron a la cuadra de La Estrella, Amaro vio que la barra estaba en la vereda, ya organizada la larga mesa de habitués que los domingos al anochecer se reunían para comentar la jornada. Y vio también que cuando descubrieron al Rambler en la esquina, con la solitaria banderita asomándose por la ventanilla se pusieron todos de pie y empezaron a aplaudir.

- Más despacio, Juan, pero sin detenernos -dijo Amaro mientras se esforzaba

por contener esas lágrimas que resbalaban por sus mejillas, libremente, como gotas de lluvia, y los aplausos de la barra de La Estrella se tornaban más vigorosos y sonoros, como si supieran que debían llenar la tarde de diciembre sólo para Amaro Fuentes, el amigo que había dedicado su vida a esperar un campeonato, y hasta alguno gritó viva Vélez carajo y Amaro ya no pudo contenerse y le pidió al chofer que lo llevara hasta su casa.

Dejó colgado el banderín en el picaporte del lado de afuera, y entró en silencio. Hacía unos minutos que su corazón se giraba desusadamente. Un cierto dolor parecía golpearle el pecho desde adentro. Amaro supo que necesitaba acostarse. Lo hizo, sin desvestirse, y encendió la radio a todo volumen. Un equipo de periodistas desde Buenos Aires, relataba las alternativas de los festejos en las calles de Liniers.

Amaro suspiró y enseguida sintió ese golpe seco en el pecho. Abrió los ojos, mientras intentaba aspirar el aire que se le acababa, pero sólo alcanzó a ver que los muebles se esfumaban, justo en el momento en que el mundo entero se llamaba Vélez Sarsfield.

Table of Contents

Alejandro Apo Y el fútbol contó un cuento

Prólogo (Alejandro Apo)

Al ángulo superior derecho (Carlos Abin)

Puntero izquierdo (Mario Benedetti)

La mejor de las historias (Pablo Ramos)

¡No te enloquesá, Lalita! (Roberto Fontanarrosa)

¿Vos lo viste jugar a Martino? (Sebastián Jorgi)

El último entrenador (Juan Sasturain)

¡Atajó Roma! (Aldo Riera)

Relatores (Alejandro Dolina)

Goles (Antonio Dal Masetto)

Del diario íntimo de un chico rubio (Walter Vargas)

Creo, vieja, que tu hijo la cagó (Jorge Valdano)

La promesa (Eduardo Sacheri)

A mí nunca me dejaban hablar (Isidoro Blaisten)

Donde mueren los valientes (Hernán Rivera Letelier)

El arco de Noé (Rodolfo Braceli)

El hincha (Mempo Giardinelli)